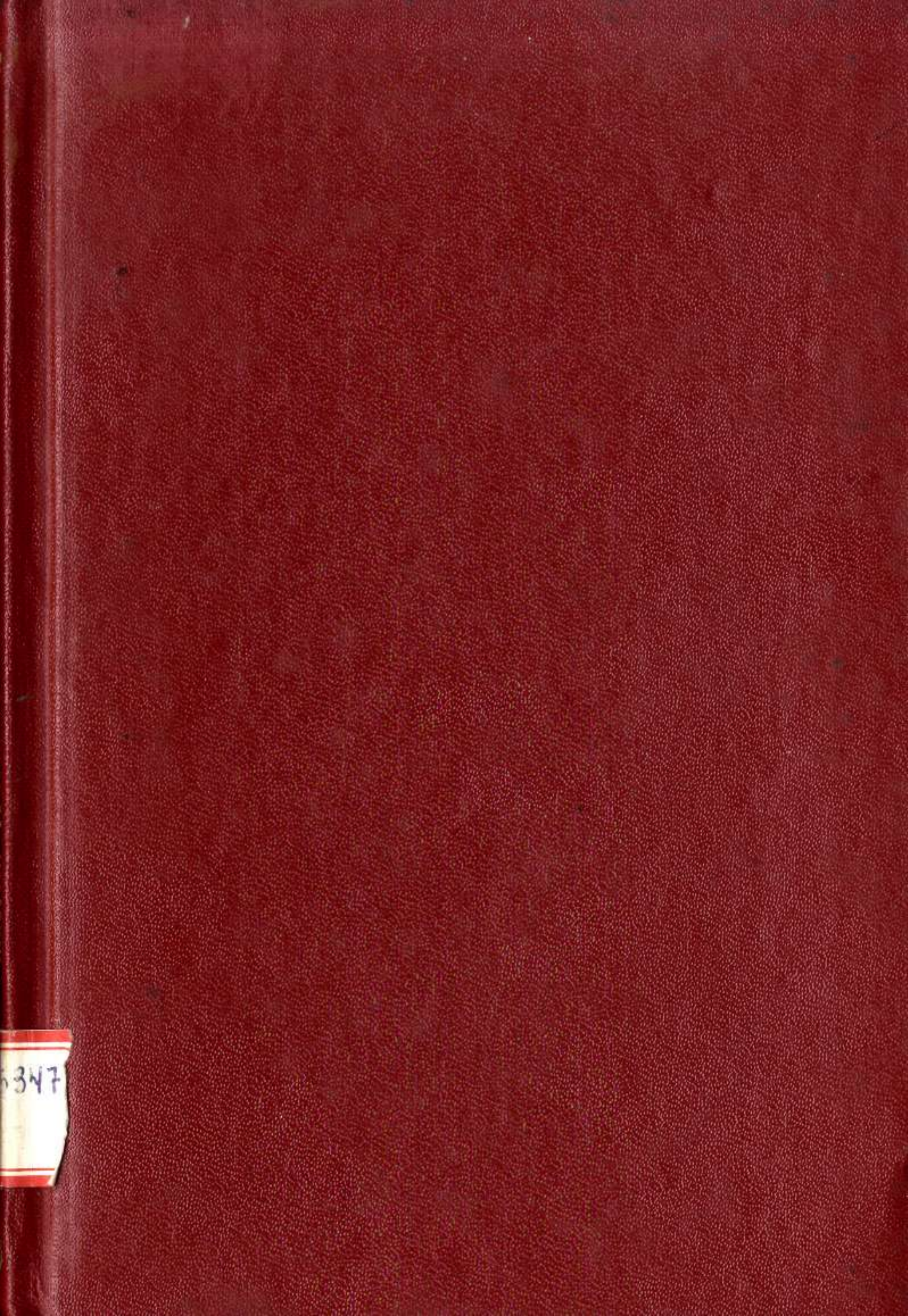

347

RMV

ENCICLOPEDIA POPULAR

VOLUMEN No. 10

I. NIKOLAEV - V. ISRAELIAN

I. NIKOLAEV - V. ISRAELIAN

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

1939 – 1945



EDITORIAL NACIONAL DE CUBA
CONSEJO NACIONAL DE CULTURA
LA HABANA - 1962
AÑO DE LA PLANIFICACION

Tirada de esta edición:
30,000 ejemplares

Impreso en Cuba
Printed in Cuba

Unidad 205-01 - "Osvaldo Sánchez"
Concepción No. 1, esq. a Falgueras
Cerro - La Habana

Este libro se debe a la pluma de dos autores: **Víctor Israelian** e **Igor Nikolaev.**

Víctor Israelian es especialista en cuestiones internacionales y doctor en Ciencias históricas. Miembro del Partido Comunista.

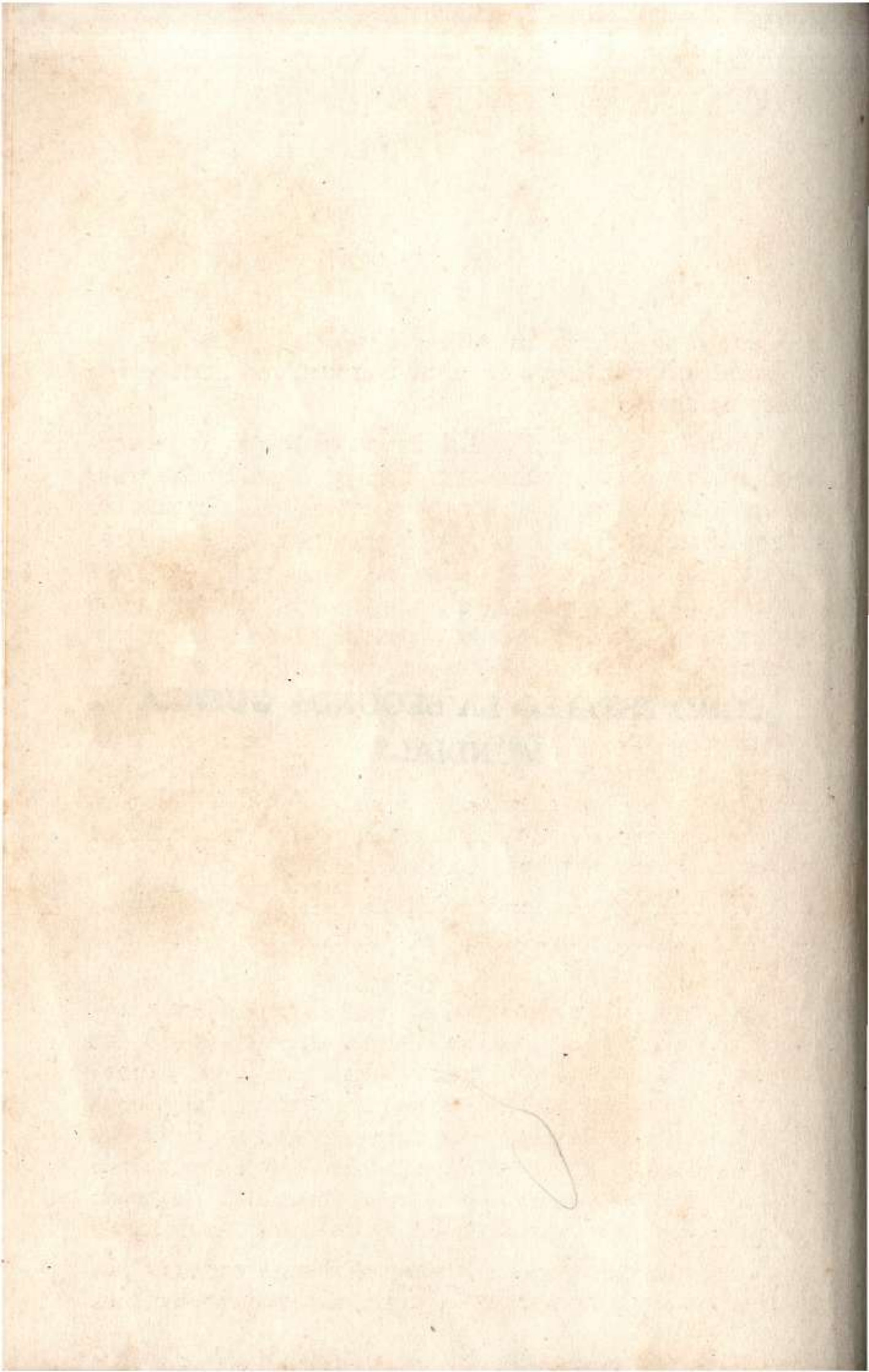
Nació en 1919 en la ciudad de Tbilisi (Georgia). Su padre era médico. **Israelian** participó en la Gran Guerra Patria (1941-1945). Se dedica exclusivamente a problemas de relaciones internacionales durante la segunda guerra mundial. Es autor del libro "Historia de la diplomacia en el curso de la Gran Guerra Patria" (1941-1945).

Igor Nicolaev es un historiador soviético candidato en Ciencias históricas. Es militante del Partido Comunista.

Nació en 1921 en Leningrado. Su padre era un empleado. Después de terminar sus estudios en un Instituto de Enseñanza Superior, trabajó en la especialidad adquirida en el curso de varios años. Más tarde se ha dedicado a la labor científica en la esfera de las relaciones internacionales contemporáneas y al periodismo. Ha escrito trabajos de contenido científico que fueron publicados en las ediciones soviéticas de literatura histórica.

I

¿COMO ESTALLO LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL?



LA segunda guerra mundial, desencadenada por los imperialistas, acarreó a la humanidad indescriptibles calamidades.

Treinta y cuatro millones de muertos y veintiocho millones de mutilados: he ahí el saldo terrible de esa contienda. ¡Pensemos bien en el alcance de estas cifras! ¡Treinta y cuatro millones de muertos! ¡Cuántos jóvenes entre ellos hubieran podido llegar a ser técnicos, agricultores, ingenieros, científicos o poetas de renombre, contribuyendo con su talento y su trabajo al desarrollo de sus respectivos países!

¿Quién que haya vivido aquella catástrofe no podría relatar, no importa en qué forma lo hiciera, el desgarramiento y las lágrimas de millones de madres y esposas que perdieron a sus hijos y a sus maridos, o describir la desesperación por la que pasaron millones de niños al quedar huérfanos?

¡Miles de ciudades y pueblos fueron convertidos en ruinas! ¡Cientos de miles de familias quedaron sin techo ni bienes!

Setenta y dos Estados, en una u otra forma, directa o indirectamente, se vieron envueltos en las llamas de la guerra. No todos sufrieron igual número de pérdidas humanas, pero por doquier la guerra exigió de la población enormes sacrificios. Sólo los gastos relacionados exclusivamente con la actividad bélica durante esa conflagración mundial llegaron a la astronómica cifra de 935,000 millones de dólares.

La gente sencilla de los territorios afectados pagó con un mar de sangre y lágrimas, con indecibles

sufrimientos y privaciones, la culpa de la política criminal de las potencias imperialistas, que engendró la segunda guerra mundial. Y para que no se desate una nueva guerra, más terrible y devastadora aún, hay que analizar bien las causas del pasado con-



¿En aras de qué causa perecieron 10.000,000 de personas? Las víctimas de la primera guerra mundial no fueron óbice para que los imperialistas fraguaran una nueva contienda. (Paneles de propaganda. 1939).

flicto para que esa lección no sea olvidada, sino que se estudie con el fin de sacar las correspondientes conclusiones para el futuro.

Tanto la segunda guerra mundial como la primera, no se desencadenaron merced a circunstancias casuales, sino que fueron el resultado lógico de la exacerbación de las contradicciones inherentes al sistema capitalista.

En agosto de 1918, Lenin, al explicar las causas de la inevitabilidad de la primera guerra mundial, dijo: "... el capitalismo concentró las riquezas de la tierra en manos de algunos Estados, dividiéndola hasta el último pedazo; el reparto posterior, el enriquecimiento posterior, puede realizarse a costa de otros, de un Estado a costa de otro. Este problema puede resolverse exclusivamente por la fuerza, y, por esto, la guerra entre los rapaces mundiales es inevitable".

Estas palabras de Lenin son justas también para aclarar las causas de la segunda guerra mundial.

Se sabe que la primera guerra mundial y el triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia, provocaron la crisis general del sistema capitalista, que agravó todas las contradicciones internas propias del capitalismo. De singular modo se recrudecieron las divergencias entre los países vencedores en la primera guerra mundial —Inglaterra, Francia y los EE. UU.— y Alemania, vencida conjuntamente con su aliado, el imperio austro-húngaro. Al mismo tiempo, la transformación de Rusia en el primer país socialista del mundo cohesionó en la lucha antisoviética a las esferas gobernantes de los Estados capitalistas, plenos de odio de clase. Así, conjuntamente con las contradicciones existentes entre los diferentes grupos de Estados imperialistas,

nacieron las divergencias entre el sistema capitalista y el socialista. Los Estados Unidos de Norteamérica trataban, ante todo, de desplegar la lucha contra el joven Estado Soviético, calculando aniquilarlo o, por lo menos, debilitarlo, y a su costa satisfacer las pretensiones imperialistas de los enemigos de éste.

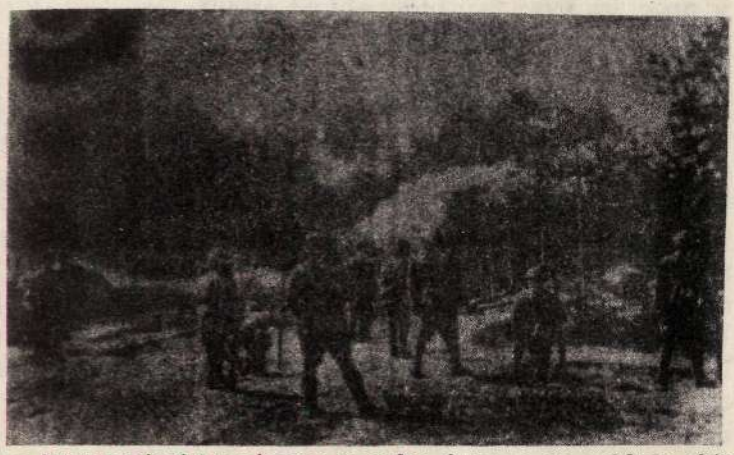
Los imperialistas y los gobiernos de los EE. UU., Inglaterra y Francia, consideraban a Alemania, reciente enemigo suyo, como la fuerza de choque en su lucha contra la Rusia Soviética. Por esta razón, al poco tiempo de terminada la primera conflagración mundial, emprendieron el restablecimiento de la potencia militar-industrial de Alemania y el renacimiento del militarismo alemán. En este sentido, los Estados Unidos jugaron el papel principal y, junto con Inglaterra y Francia, adoptaron una serie de medidas políticas y económicas encaminadas a restaurar la industria pesada de Alemania, en cuya economía se invirtieron miles de millones de dólares, lo que desarrolló rápidamente una potente industria militar.

Los imperialistas de los EE. UU., de Inglaterra y de Francia, con el fin de asegurar las condiciones políticas internacionales que propiciaran la agresión germana, ejercieron la política de "pacificación" para con los agresores alemanes, nipones e italianos, política de complicidad en los actos de pillaje internacional llevado a cabo por ellos.

La segunda guerra mundial no tomó de inmediato carácter general, sino que se propagó paulatinamente a medida que surgían nuevos focos de lucha en diferentes puntos de la tierra.

El primer foco de la segunda guerra mundial apareció en el Lejano Oriente como consecuencia de intentar el Japón militarista imponer por la fuerza su

poderío en China y en los vastos territorios de aquella parte del mundo. En septiembre de 1931, China fue atacada y los nipones ocuparon Manchuria, provincia situada al noreste del país. Los propios japoneses recurrieron a la provocación buscando un pretexto para la agresión, haciendo volar los raíles de la línea del ferrocarril de Manchuria meridional, que era de su propiedad, imputándoles a los chinos haber cometido ese acto. La acometida bandidesca del Japón a China no encontró, en la realidad, ninguna



Los intervencionistas nipones prenden fuego a un poblado chino. 1932.

oposición por parte de las potencias occidentales, lo cual estimuló al agresor a prepararse para ulteriores acciones de ese tipo. La Liga de las Naciones —organismo internacional instituído después de la primera guerra mundial, llamado a mantener la paz en el mundo— no hizo nada eficaz para poner coto a la invasión nipona. Inglaterra y Francia tenían la supremacía en aquel organismo, pero el gobierno del primero de los citados países adoptó una actitud benevolente, de no intervención en el problema creado

por el invasor asiático. Más aún, aprovechando la tímida actitud de la Liga de las Naciones, que no pasó de proponer "investigar" los hechos ocurridos en Manchuria, así como el nombramiento de una llamada "comisión Litton" que trataría sobre la internalización de aquella parte de China, o sea, su entrega a un control internacional, el Japón se retiró de la Liga en marzo de 1933, comenzando abiertamente a preparar nuevas aventuras militares con el fin de imponer su predominio mundial.

En 1933, en Alemania, los nazis llegaron al poder y proclamaron también abiertamente que su objetivo era el dominio mundial por medios violentos, guerreristas. El triunfo del fascismo en Alemania originó un foco de guerra en Europa, con el consiguiente inicio de acelerados preparativos de guerra en aquel país. Miopes o cegados por el odio de clase, los gobernantes de Inglaterra, Francia y EE. UU. y de otros Estados capitalistas coadyuvaban al rearme alemán y a su preparación para la guerra, en tanto que Hitler propagaba ampliamente el espantajo del "peligro rojo", presentando al régimen nazista como "baluarte del Occidente contra el comunismo". Calculaban que la Alemania nazifiscista sería una amenaza sólo para la Unión Soviética.

En octubre de 1933, Alemania abandonó la Liga de las Naciones porque le era necesario tener libertad de acción a fin de ejercer una franca política de agresión.

En marzo de 1935, los nazis implantaron el servicio militar obligatorio —prohibido por el Tratado de Versalles (1919) firmado después de la primera guerra mundial—, comenzando entonces a crear un potente ejército. Al año siguiente, en 1936, con violación también del Tratado de Versalles, Hitler ordena ocupar la Renania, región limítrofe de Francia, a pe-

sar de haber sido declarada zona desmilitarizada; por ello no debía tener tropas ni fortificaciones alemanas.

En junio de 1935, Inglaterra concertó con Alemania un acuerdo naval, según el cual y pasando por encima una vez más del Tratado de Versalles, se le concedía el derecho a poseer un tonelaje de barcos de superficie a su Marina de Guerra que correspondiera al 35% del "tonelaje total de la potencia naval del Imperio británico". En realidad se le concedían posibilidades ilimitadas para la construcción, incluso, de una flota submarina. Este acuerdo infringía el Tratado de Versalles, no sólo por parte de Alemania, sino también por la de Inglaterra, uno de los países garantes del referido documento.

En octubre de 1935, la Italia fascista, respaldada por el gobierno francés de Pedro Laval y, con el consentimiento de Inglaterra, agredió a Etiopía. A pesar de la heroica resistencia del pueblo etíope, el país fue conquistado, sin recibir ninguna ayuda de la Liga de las Naciones, a pesar de sus reiteradas demandas de auxilio antes y después de la agresión.

Durante la guerra ítalo-etíope, el congreso de los EE. UU. aprobó la "ley sobre la neutralidad", que prohibía el envío de armamento norteamericano a cualquier país beligerante. Realmente esta no era una ley de neutralidad, sino de complicidad con los agresores; en este caso concreto, con la Italia fascista, que no necesitaba armas pues las había preparado con suficiente antelación. Sólo los patriotas etíopes, víctimas del brutal ataque, necesitaban armas para defenderse, pero esa ley les privaba de la posibilidad de adquirirlas en los Estados Unidos.

Unicamente la Unión Soviética adoptó una actitud firme en la guerra ítalo-etíope, declarando en

aquellos momentos que no podía apoyar ninguna actividad de la Liga de las Naciones o de otros países capitalistas, encaminada a violar la independencia y los derechos de Etiopía. La URSS se pronunciaba como defensora de la soberanía de aquel pueblo agredido.

En julio de 1936 estalló en España un motín fascista capitaneado por el general Franco, que fue aprovechado por la Alemania hitleriana y por la Italia fascista para intervenir militarmente en el país con el propósito de derrocar el régimen republicano e imponer la dictadura fascista de Franco.

La Liga de las Naciones tampoco tomó en este caso ninguna medida capaz de poner coto a la agresión fascista, y el Comité de no Intervención, fundado por ella, resultó un mero biombo que servía tan sólo para ocultar las maniobras ingerencistas alemanas e italianas, mientras el general Franco daba rienda suelta a sus sangrientos crímenes. El Comité de no Intervención creó, además, limitaciones para que el Gobierno legal de la República española no pudiera comprar armas.

Los EE. UU. hicieron asimismo todo lo posible para reforzar la ley de "neutralidad", aprobada en 1935, que dio como resultado que el Gobierno legal de la República española no pudiera adquirir ninguna clase de armamento en los Estados Unidos, mientras que los rebeldes franquistas lo recibían abundantemente de Alemania y de Italia.

En julio de 1937, las tropas niponas atacaron inopinadamente a las unidades chinas que guarnecían la región septentrional del país, comenzando de inmediato la ofensiva japonesa contra Peiping. De esta forma la camarilla militarista nipona desataba una nueva agresión contra China, pero los cálculos

de una rápida conquista fracasaron. El gran pueblo chino se alzó en lucha por la libertad e independencia de su Patria, imprimiéndole a la guerra un carácter prolongado, a pesar de que el enemigo había conseguido apoderarse de una serie de ciudades y regiones de importancia estratégica. El ejército chino ofrecía a los invasores una resistencia cada vez más tenaz. El Partido Comunista jugaba un rol preeminente en aquella lucha contra el agresor.

De ese modo, la agresión imperialista de Alemania, Japón e Italia conquistaba de año en año nuevas zonas del mundo, no sólo sin hallar resistencia por parte de las grandes potencias occidentales, sino por el contrario, respaldadas por éstas. Todo ello ocurría a pesar de que la conquista de Manchuria, Etiopía y España, representaba una seria amenaza para Inglaterra y Francia. Los círculos gobernantes de estos países así como también los más influyentes de los Estados Unidos, traicionando los intereses nacionales, ignorando el derecho de soberanía de otras naciones, pisoteando las normas elementales del derecho internacional y de la justicia, continuaban su nefasta política de complicidad con los agresores, de no ingerencia en sus tenebrosas maniobras, calculando que al fin y al cabo los imperialistas alemanes y nipones, con sus aliados, atacarían a la Unión Soviética.

En lo que respecta a la URSS, en esta intrincada situación, continuaba como siempre velando por la paz, velando por los intereses de los pueblos.

Ya en febrero de 1933, el Gobierno Soviético, previendo el posible desarrollo de los acontecimientos, propuso adoptar una declaración sobre la definición de la agresión y la de la parte atacante, para advertir acerca de cualquier justificación de los agresores en caso de ataque a otros países; pero las po-

tencias occidentales, fieles a su política de componenda y de estímulo a los provocadores, declinaron considerar la proposición soviética.

Desde finales del año 1933, el Gobierno de la URSS adoptó una serie de prevenciones encaminadas a crear en Europa un sistema eficiente de seguridad colectiva, partiendo del hecho de que la agresión de la Alemania hitleriana representaba un peligro para casi todos los Estados europeos, que debían de unirse al objeto de estar preparados a ofrecer resistencia efectiva a todo intento de agresión, a no permitir a los nazis apoderarse por separado de cada uno de esos países. Los hechos evidenciaron la perspicacia de tal punto de vista, que, de aceptarse, hubiera establecido en Europa un sistema de seguridad colectiva, con un desarrollo de los acontecimientos bien distintos a como lo fueron.

Por desgracia, los gobiernos de Inglaterra, Francia y otros Estados europeos dependientes de los primeros, no hicieron el menor caso a esa advertencia, desoyendo lo que concretamente proponía la Unión Soviética. Y bien caro que lo pagaron los pueblos de esos países.

Los EE. UU. practicaban, de hecho, en escala internacional, la misma política e inspiraban directamente al gobierno inglés y al francés a confabularse con Hitler en una maquinación antisoviética.

La URSS, por su parte, trataba de concertar acuerdos de ayuda mutua con otros Estados; intentaba unir en bloques determinados a una serie de Estados europeos, con el único fin de defender la soberanía nacional de los atentados y de la agresión fascista.

Al finalizar 1933 y a principios de 1934, el Gobierno soviético y el francés, encabezado este último

por el sagaz estadista Luis Barthou, a la sazón Ministro de Asuntos Extranjeros, trataron de concertar el llamado Pacto Oriental, que suponía la conclusión de un acuerdo de ayuda mutua entre la URSS, Checoslovaquia, Polonia, Finlandia, Letonia, Estonia y Lituania, así como un tratado por separado entre Francia y la Unión Soviética, por el cual Francia garantizaba el Pacto Oriental como si fuera uno de los países signatarios, lo mismo que la URSS garantizaba el Tratado de Locarno (1925), que preveía la inviolabilidad de las fronteras de Francia y de Bélgica con Alemania. Sin embargo, fue imposible llevar a cabo este proyecto, ante todo, por la política inglesa que en esencia lo saboteaba, como también por la actitud de Alemania y de la Polonia señorial. La diplomacia norteamericana ocupó una posición negativa en este mismo asunto. Más tarde, por intermedio de los nacionalistas yugoslavos, los hitlerianos organizaron el asesinato de Luis Barthou, inspirador del referido Pacto Oriental.

En 1934, la Unión Soviética ingresó en la Liga de las Naciones considerando que esta organización, a pesar de sus innumerables deficiencias, podría ser utilizada en cierto modo para impedir la guerra. La URSS desarrolló en la Liga de las Naciones y en sus organismos colaterales una lucha constante por la paz, proponiendo reiteradamente la formación de un sistema de seguridad colectiva, defendiendo así los intereses de los primeros países que fueron objeto de la agresión fascista: China, Etiopía, España y otros Estados.

En 1935, la Unión Soviética concluyó un Tratado de ayuda mutua con Francia y Checoslovaquia, en el cual, con referencia a este último país, por iniciativa del gobierno burgués de Praga, se incluyó una cláusula que determinaba que la URSS ayudaría a

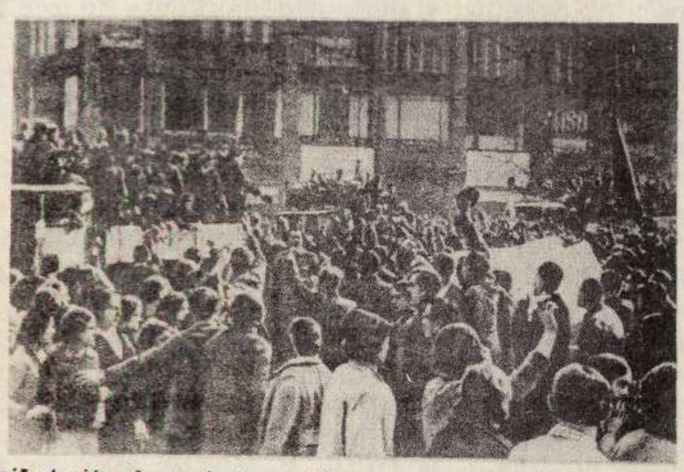
Checoslovaquia sólo en el caso de que lo hiciese también Francia. Esos acuerdos hubieran podido servir de barrera en el camino de la expansión agresiva hitleriana, pero esto no ocurrió, ya que el gobierno de Francia, a la postre, se negó a cumplir con el espíritu y el contenido del mencionado tratado del que hablaremos más adelante. Posteriormente Francia, junto con el gobierno inglés, quebrantó y anuló el tratado soviético-checoslovaco.

En agosto de 1936, el Gobierno Soviético envió con carácter oficial al Secretario General de la Liga de las Naciones, nuevas propuestas para consolidar la seguridad colectiva, las que tampoco fueron apoyadas por Inglaterra, Francia, ni por otros Estados de Europa occidental miembros de la Liga.

Los EE. UU., Inglaterra y Francia continuaron su nefasta política de incitar al agresor. Más aún, intentaban por medio de concesiones a costa de otros Estados europeos, indicar a la Alemania de Hitler por qué camino y hacia dónde debía desenvolver su agresión. En noviembre de 1937, el Ministro inglés, Lord Halifax, se entrevistó con Hitler para luego hacer alarde de los méritos de éste en la lucha contra el comunismo, prometiéndole sin tapujos la ciudad libre de Danzig (Gdynia), Austria, y Checoslovaquia. Esto lo denominó "cambios en el orden europeo que, seguramente, tarde o temprano deberían acaecer". Halifax únicamente pedía que "estos cambios se realizaran mediante una evolución pacífica". El ministro inglés hizo también una oferta a Hitler que significaba de hecho que Inglaterra estaba dispuesta a adherirse y adherir a Francia al famoso eje fascista "Berlín-Roma", alianza agresiva, militar y política de Alemania e Italia, oficialmente constituída en octubre de 1936. Halifax proponía organizar tal acercamiento de forma "que ni una de las Cuatro Po-

tencias (es decir, Alemania, Italia, Inglaterra y Francia), quedara de ninguna forma al margen de esta colaboración".

A comienzos de marzo de 1938, Neville Henderson, embajador de Inglaterra en Alemania, intentó de nuevo llegar a un entendimiento con Hitler, declarándole que el gobierno inglés tendía a establecer "una verdadera y cordial amistad con Alemania", y que "Lord Halifax ya está conforme conque los cambios en Europa son posibles...".



Manifestación de protesta en Viena contra la anexión de Austria a la Alemania fascista.

Hitler sacó las correspondientes deducciones sobre la impunidad de su agresión en Europa. Alemania realizó entonces un nuevo acto de franca agresión, conquistando y anexionándose Austria. En la noche del 11 al 12 del citado mes y año, las tropas alemanas irrumpieron en Austria, y el día 13 el gobierno hitleriano promulgaba la ley sobre la integración del país al Estado alemán.

Los gobiernos de Inglaterra y de Francia, lejos de impedir la anexión de Austria, bien pronto la re-

conocieron, en tanto que los Estados Unidos, le daban su beneplácito.

Unicamente la Unión Soviética intervino contra este acto de saqueo internacional en Europa.

El 17 de marzo, el Gobierno Soviético envió a los gobiernos de otros Estados una nota especial proponiendo la convocatoria a una Conferencia Internacional para discutir la situación creada a consecuencia de la agresión germana y tomar, de forma colectiva, las medidas inmediatas para atajar la agresión y no permitir el desencadenamiento de una nueva guerra mundial. El Gobierno de la URSS estaba dispuesto a "discutir de inmediato, con otras Potencias, en la Liga de las Naciones o fuera de la misma, las medidas prácticas encaminadas a frenar el desarrollo posterior de la agresión y eliminar el creciente peligro de una nueva masacre mundial". La nota del Gobierno Soviético postulaba: "Mañana pudiera ser ya tarde y hoy todavía puede hacerse, si todos los Estados, especialmente las Grandes Potencias, adoptan una posición sin ambigüedades en el problema de la salvación colectiva de la paz". Tampoco en esos momentos las Grandes Potencias occidentales ni los gobiernos de otros países europeos quisieron escuchar a la Unión Soviética.

Hitler, confortado por aquella actitud después de la agresión a Austria, comenzó a preparar nuevos actos de agresión. A Checoslovaquia le había llegado su hora. Los nazis iniciaron un plan de provocaciones buscando pretexto para apoderarse de este país de gran desarrollo industrial y de posiciones claves estratégicas en Europa.

Los hitlerianos especulaban con la supuesta discriminación de la minoría alemana de los Sudetes. Los agentes nazis en Checoslovaquia que formaban

el llamado "Partido de los Alemanes Sudetes", dirigido por el fascista Geinlein, organizaban por orden de Berlín no sólo provocaciones de toda índole, sino que preparaban activamente la sublevación armada.

En mayo, Hitler suscitó en Checoslovaquia una crisis política ligada de nuevo con la imaginaria desigualdad de derechos de la minoría alemana, intentando aprovechar la ocasión para conquistar el país. Frente a tales maquinaciones de los agentes hitlerianos, el pueblo checoslovaco se manifestó resuelto a defender su Patria contra cualquier acometida de la Alemania nazifascista, determinación de las masas populares en la que desempeñó un rol decisivo el Partido Comunista de Checoslovaquia.

La Unión Soviética estaba dispuesta a cumplir las obligaciones contraídas en el Tratado Soviético-Checoslovaco de 1935. Por su parte, los gobiernos de Inglaterra y Francia que también habían contraído compromisos en igual sentido, no se arriesgaron en aquellos momentos a incumplirlos por temor a la indignación de la opinión pública mundial, suscitada con motivo de los preparativos de Alemania para invadir a Checoslovaquia, aunque en el fondo lo que buscaban era recibir anticipadamente de Hitler la promesa clara de que en el futuro, a cambio de cederle Checoslovaquia, Alemania dirigiría su agresión contra la Unión Soviética.

Por este motivo Hitler tuvo que renunciar a la realización inmediata de sus planes respecto a Checoslovaquia. Este ejemplo evidencia, que una mínima demostración de firmeza por parte de las Potencias Occidentales en conjunción con la actitud resuelta de la URSS, hubiera podido detener la agresión hitleriana. Pero, como ya hemos señalado, la actitud por parte de las Potencias Occidentales era forzada por el miedo de Inglaterra y de Francia a trai-

cionar abiertamente a Checoslovaquia y a los intereses de la paz europea, en tanto no se crearan las condiciones psicológicas en la opinión pública de sus respectivos países. En los meses siguientes, dichos gobiernos se ocuparon de amañar los hechos por medio de la prensa meretriz burguesa, que ensalzaba a más no poder la potencia bélica alemana, disminuyendo intencionalmente la combatividad de Inglaterra y Francia, al destacar una supuesta falta de preparación para la guerra. Algunos periódicos llegaron hasta el punto de escribir que los franceses e ingleses no tenían por qué morir por la lejana e innecesaria Checoslovaquia. Al mismo tiempo, la diplomacia inglesa y francesa presionaban sobre el gobierno checoslovaco con el fin de inducirlo a capitular ante Hitler. Simultáneamente, la política exterior de esos países era la de concertar con Alemania una alianza concreta, que los salvaguardara a ellos y a sus dominios en otras partes del mundo, del peligro de la expansión fascista. En una palabra: querían recibir de Hitler la promesa de que el plan de invasión del imperialismo alemán se extendería hacia el Este contra la URSS y los países de Europa Oriental.

En el verano de 1938, el gobierno inglés envió a Checoslovaquia la misión de Lord Runciman, conocido por sus concepciones nazis, con el fin de "mediar" entre aquel gobierno y el Partido alemán-fascista de Geinlein. De ese modo, el gobierno inglés convertía artificialmente aquella cuestión, que no podía ser considerada de otro modo que competencia interna del Gobierno checoslovaco, en un problema internacional. Este era un acto de ingerencia en los asuntos internos del pueblo checoslovaco que tenía por consecuencia entregar a Hitler aquel país. Las deducciones hechas por la misión de Runciman

fueron las que se necesitaban para tal objetivo: entregar a los alemanes las regiones checoslavacas con una mayoría de población alemana y anular los acuerdos de ayuda mutua concertados por Checoslovaquia con la Unión Soviética y con Francia.

El 15 de septiembre de 1938, Neville Chamberlain, Presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra, partió para una entrevista con Hitler en Berchstesgaden, decidiéndose allí la desmembración de Checoslovaquia. El 19 del propio mes los gobiernos inglés y francés, después de haber discutido el resultado de las conversaciones de Berchtesgaden, exigieron por medio de un ultimátum al Gobierno checoslovaco la entrega a los alemanes de todas las regiones donde la población germana alcanzara a más del 50%. El gobierno de los EE. UU. también respaldó esa demanda. En vista de que el Gobierno de Checoslovaquia vacilaba, el 21 de septiembre se le envió un nuevo ultimátum, más conminatorio aún.

El pueblo checoslovaco, como se sabe, estaba plenamente decidido a luchar por el honor y la soberanía de su Patria; la Unión Soviética igualmente dispuesta a prestarle fraternal ayuda, no sólo cumpliendo el acuerdo de 1935, sino inclusive en el caso de que Francia no interviniese en defensa de aquel país. En las fronteras occidentales de la URSS fueron concentradas 30 divisiones. Las unidades de aviación y de tanques del Ejército Soviético se encontraban en pie de guerra. Empero, el gobierno burgués de Checoslovaquia no pidió ayuda a la URSS. Temiendo más a su pueblo que al fascismo, traicionó los intereses nacionales y el 21 de septiembre capituló ante el ultimátum anglo-francés. A las potencias occidentales les quedaba sólo legalizar esta traición. El 22 de septiembre, Chamberlain se entrevistó de nuevo con Hitler y le comunicó que los Sudetes

podían ser transferidos a Alemania. Sin embargo, a Hitler le pareció poco y exigió que se realizara un plebiscito en las zonas de Checoslovaquia donde la población alemana representaba una minoría, y demandó concretamente que aquel gobierno satisfaciera las pretensiones territoriales de la Polonia señorial y las de la Hungría de Horthy.



Ribbentrop indica a Daladier donde debe estampar su firma en el Tratado de Munich.

El 29 y 30 de septiembre, en Munich (Alemania), se convocó una Conferencia de Primeros Ministros de Alemania, Italia, Inglaterra y Francia —Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier— donde quedaron satisfechas todas las demandas nazistas. Los participantes del Pacto de Munich exigieron de Checoslovaquia que renegase de su alianza con Francia y con la URSS, pues únicamente con esa condición se dignaban "garantizarle" las nuevas fronteras al mutilado país.

Allí mismo, en Munich, el día 30, Chamberlain y Hitler firmaban la declaración anglo-germana de

no agresión mutua, por medio de la cual el gobierno inglés contaba con desviar del Imperio Británico la amenaza de agresión fascista, dirigiéndola contra la URSS.

El 6 de diciembre de 1938, Jorge Bonnet, Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, y Ribbentrop, Ministro hitleriano de Negocios Extranjeros, firmaron a su vez la correspondiente declaración franco-germana de no agresión. Consideraban los gobiernos de ambos Estados que la seguridad de sus respectivos países estaba completamente garantizada.

Los munichistas ingleses y franceses se regocijaban y recibían felicitaciones de conocidos estadistas yanquis, cosa que no debe causar asombro si se tiene en cuenta que el 15 de octubre de ese año, 1938, el periódico "New York Times" publicaba que Munich "era una criatura norteamericana". Toda la reacción mundial estaba segura de que la agresión de Alemania a la URSS era cosa resuelta.

En medio de esta compleja situación internacional, en marzo de 1939, se convocó en Moscú el XVIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, que prestó particular atención a los problemas de orden mundial y discutió la política exterior de la URSS. El Comité Central, en su informe, desenmascaró ante la opinión pública del mundo la política de no intervención llevada a cabo por las potencias occidentales frente a la agresión nazifascista y puso al descubierto sus verdaderas causas. El Comité Central indicó que las potencias imperialistas realizaban "un franco reparto del mundo y de las esferas de influencia", que "a los alemanes se les entregó Checoslovaquia como remuneración por la guerra contra la Unión Soviética". En el propio informe se subrayó que "la política de no intervención

significa tolerancia a la agresión, el desencadenamiento de la guerra y, por ende, su transformación en una guerra mundial. En la política de no intervención —continuaba diciendo el informe del Comité Central— se trasluce el deseo de no estorbar a los agresores en sus fechorías; no impedir, digamos, al Japón, desatar una guerra contra China o, por mejor decir, contra la Unión Soviética; no molestar a Alemania en sus propósitos de expansión en Europa, induciéndola a enfrascarse en una guerra con la URSS; permitir a todos los contrincantes enfangarse en la ciénaga de la guerra y, alentándolos bajo cuerda; darles la posibilidad de un desgaste y debilitamiento recíproco, para luego, aparecer en la escena con fuerzas frescas, intervenir entonces en "interés de la paz" y dictar sus condiciones a los desgastados beligerantes".

Se veía a las claras que las potencias occidentales intentaban no sólo que los Estados fascistas desataran la guerra contra la Unión Soviética, sino que se crearan también las condiciones para que la URSS se encontrara aislada en escala internacional, que careciera de aliados en esta guerra. El Congreso, apreciando en forma correcta la situación planteada, definió las tareas del Partido, en lo que atañe a la política exterior, en los siguientes términos:

1. Continuar en el futuro la política de paz y de fortalecimiento de las vinculaciones prácticas con todos los países.

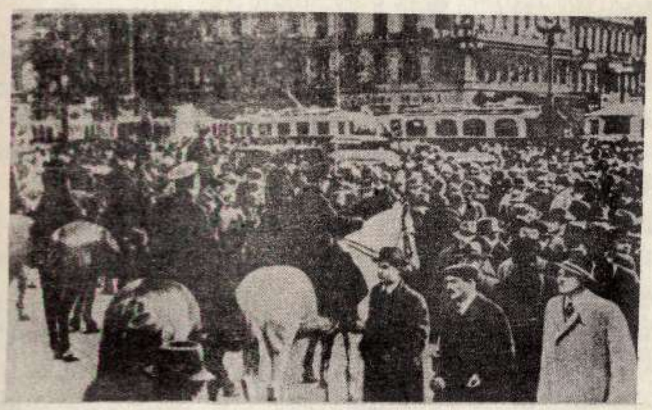
2. Tener cuidado y no permitir a los provocadores de la guerra, acostumbrados a que otros les saquen las castañas del fuego, arrastrar a nuestro país a un conflicto.

3. Fortalecer por todos los medios la capacidad combativa de nuestro Ejército Rojo y de la Marina de Guerra Roja.

4. Afianzar las relaciones internacionales de amistad con los trabajadores de todos los países, interesados en la paz y en la amistad entre los pueblos.

Los acontecimientos de los meses posteriores demostraron que el Congreso había considerado justamente el alcance de la situación internacional y dentro de ella la posición de la URSS, trazando a ese efecto la política exterior adecuada.

Las resoluciones del Congreso tuvieron una enorme importancia internacional, pues en las mismas se advertía a los pueblos de la amenaza fascista que se cernía sobre ellos. Desenmascaraba la inconsistencia, y al mismo tiempo advertía el peligro que para la causa de la paz significaba la política de "no intervención".



Los trabajadores de Praga se manifiestan contra la ocupación de Checoslovaquia por la Alemania nazi-fascista.

Como resultado de la política de los EE. UU., Inglaterra y Francia, la agresión fascista continuaba. Inmediatamente después de Munich, la Alemania hitleriana comenzó a preparar su ataque a Polonia

y para viabilizar ese camino, en octubre de 1938, el gobierno nazi exigió que se le transfiriera Danzig y el llamado "corredor" de Danzig, que unía a Polonia con el Báltico.

El 15 de marzo del año siguiente, Alemania se apoderó de los restos de Checoslovaquia, disgregándola: Bohemia y Moravia pasaron a ser protectorado alemán, Eslovaquia fue declarada Estado "independiente", con un gobierno profascista.

El Gobierno Soviético se negó a reconocer esta anexión, estimándola como arbitrariedad, violencia y agresión por parte del gobierno nazi.

Pocos días después, Hitler reclamó de Lituania la faja costera de dicho país, Klaipeda, que el gobierno burgués profascista lituano se apresuró a entregar. Las tropas ítalo-fascistas irrumpieron en Albania en abril de 1939.

Estas acciones de la Alemania hitleriana y de la Italia fascista confirmaban el hecho de que a Hitler y a Mussolini, pese al pacto de Munich, no les interesaba para nada contar con los planes ni la opinión de los gobiernos de Inglaterra y Francia, y mucho menos coordinar con ellos su política.

En marzo de 1939, Hitler entregó a Hungría la Ucrania subcarpática, arrancada a Checoslovaquia.

Más tarde, los cabecillas del "tercer imperio" hitleriano, como llamaban los nazifascistas a Alemania, comenzaron nuevamente sus arengas, en esta ocasión para reclamar las colonias que Inglaterra y Francia habían ocupado después de la derrota de Alemania en la primera guerra mundial.

En los círculos gubernamentales de esos países se temió que Hitler pudiera violar sus compromisos y abarcar la expansión ulterior del imperialismo germano la esfera de los propios intereses imperialis-

tas. Entonces, las Potencias occidentales decidieron que había llegado el momento de ejercer sobre Hitler cierta presión diplomática.

En vista de las demandas territoriales de Alemania a Polonia, el gobierno inglés declaró que ofrecía a este país sus garantías, aunque sin concretarlas, con seguridades semejantes a Rumania y Grecia.

Con el fin de crear las apariencias de que se intentaba impedir la posterior agresión de Alemania, en marzo de 1939, Inglaterra y Francia comenzaron negociaciones con la Unión Soviética, buscando al mismo tiempo apaciguar la opinión pública de sus respectivos países. El curso de las conversaciones, que duraron cuatro meses, puso de relieve que esos gobiernos no pensaron por ningún concepto en llegar a un acuerdo con la URSS. No les hacía falta un acuerdo, sino las charlas que habrían de tener efecto. Por un lado, querían asustar a Hitler con un posible tratado con la Unión Soviética y, por otro, demostrarle que si Alemania atacaba a la URSS, ésta se quedaría sin aliados.

La Unión Soviética, durante las negociaciones, insistía en firmar un tratado de ayuda mutua contra los agresores a base de igualdad, para lo cual proponía un tratado político y una alianza militar, que estableciera la cantidad, formas y plazos de ayuda. Inglaterra y Francia, por el contrario, aspiraban a maniatar a la URSS con obligaciones cuyo cumplimiento debiera automáticamente arrastrarla a una guerra con Alemania. Procurando recibir de la URSS obligaciones de auxilio en caso de ataque alemán, Inglaterra y Francia se negaban en cambio a concederle garantías firmes de asistencia en caso de agresión nazifascista a su territorio. Para caracterizar esa conducta insólita, baste decir que cuando la Unión Soviética declaró que estaba dispuesta a enviar al

frente contra el agresor 136 divisiones, 5,000 piezas de artillería medias y pesadas, cerca de 10,000 tanques ligeros y medios y más de 5,000 aviones de combate, los ingleses manifestaron que ellos podían facilitar. . . 5 divisiones de infantería y una mecanizada.

La hipocresía de la política inglesa y francesa durante las negociaciones con la URSS en el año 1939 se confirma con el hecho de que ambos gobiernos, al mismo tiempo, trataban secretamente con la Alemania hitleriana sobre el reparto de las esferas de influencia a que hemos hecho referencia. Estas cuestiones fueron abordadas en Londres con la participación de von Dirchsen, embajador alemán en Inglaterra, y Woltaht, apoderado de Hitler en el llamado "plan de cuatro años"; el ministro inglés Hadson y el consejero del Primer Ministro, Chamberlain, Wilson. Durante las conversaciones, el gobierno inglés propuso a los nazis concertar un amplio acuerdo en el que se incluyeran cláusulas sobre el reparto de las esferas de influencia y la liquidación de la concurrencia a los mercados comunes. Según el plan inglés, a Alemania se le concedía como esfera de influencia toda la Europa sureste. En lo concerniente a la Unión Soviética y China, los ingleses las definieron diplomáticamente como "zonas en las que Alemania e Inglaterra podrían encontrar amplias posibilidades para aplicar sus fuerzas". Tal era la forma en que hacían el reparto de estos dos grandes Estados, en tanto que Inglaterra, hipócritamente negociaba con la Unión Soviética. Se tenía en cuenta completar aquellas negociaciones anglo-germanas con un pacto de no agresión, prometiéndose inclusive entregar a Hitler, Polonia, país al cual acababan de conceder garantías.

Sin embargo, el plan inglés no le convenía a los nazis que tendían, no al reparto del mundo con In-

glaterra, sino a instaurar su pleno dominio sobre el mundo. Por esta razón, las negociaciones secretas entre ambos gobiernos en 1939, no respondieron a las aspiraciones de la Gran Bretaña.

A pesar de que desde el comienzo de las negociaciones era evidente que Hitler eludía asumir cualquier clase de obligación, los gobiernos de Inglaterra y Francia no querían abandonar sus proyectos antisoviéticos y continuaban saboteando los acuerdos con la URSS.

La Polonia señorial, a pesar de encontrarse bajo la amenaza de una agresión nazifascista, también metió su cuchara para hacer fracasar las negociaciones. El espíritu antisoviético del gobierno polaco de Beck era más fuerte que la preocupación por la seguridad de Polonia.

Por aquella época, la situación internacional era extremadamente dura para la Unión Soviética. En Occidente, estaba la Alemania hitleriana incitada por los círculos gubernamentales de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos a atacarla. En Oriente, el Japón militarista, que igualmente preparaba la ofensiva y emprendía por ese entonces sus provocaciones armadas. Las tropas niponas habían intentado en 1938, en la región del lago Jasán, irrumpir en territorio soviético, pero fueron derrotadas por el Ejército Rojo. En 1939, los japoneses invadieron la República Popular de Mongolia, aliada de la URSS, y a pesar de que fueron nuevamente aniquilados por el Ejército Rojo en el río Jalin-gol, el gobierno del Japón, alentado por la propia Inglaterra, se disponía a realizar una ofensiva en un amplio frente contra la Unión Soviética.

Al mismo tiempo que se desarrollaban esos acontecimientos, Alemania propuso a la Unión Soviéti-

ca, en agosto de 1939, la concertación de un pacto de no agresión. Tal propuesta, como se comprenderá, no era sincera, sino dictada por el temor de Hitler a entablar una guerra con el Estado Soviético. Una guerra contra la URSS se la representaban los nazis como muy peligrosa, ya que por ese tiempo Alemania no disponía aún de los riquísimos recursos industriales que posteriormente llegó a tener como consecuencia de la capitulación de los Estados occidentales de Europa.

Si la Unión Soviética hubiera renunciado a concertar ese pacto de no agresión, se habría visto envuelta en las llamas de la guerra con Alemania y el Japón en condiciones completamente desfavorables, en circunstancias de aislamiento internacional, mientras que sus enemigos eran apoyados plenamente por Inglaterra, Francia, Estados Unidos y otros Estados capitalistas.

El Gobierno Soviético concertó con Alemania un pacto de no agresión que, como se demostró por el desarrollo posterior de los acontecimientos, fue conveniente para la defensa propia de la URSS y para todos los pueblos amantes de la paz, al predeterminar en gran medida el fin favorable de la segunda guerra mundial.

Los círculos gubernamentales de Inglaterra, Francia y EE. UU., partidarios de la política de confabulación con los Estados fascistas, no pudieron ver coronados sus pérfidos planes de desencadenar la guerra de Alemania y el Japón contra la Unión Soviética en aquellas condiciones de aislamiento internacional.

Y al fin la guerra comenzó, pero entre los propios imperialistas. Sus cálculos habían sido edificados en la arena.

II

COMIENZA LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

EL 1 de septiembre de 1939 la Alemania hitleriana invadía Polonia. La camarilla nazifascista había tomado la decisión de agredirla teniendo en cuenta que los acontecimientos acaecidos en China, Etiopía, España, Austria, Checoslovaquia y Albania, debilitaron de un modo esencial las posiciones de Inglaterra y Francia, a la par que robustecieron, tanto las posiciones estratégicas, como el potencial militar e industrial de Alemania. Los hitlerianos llegaron a la conclusión de que era menos peligroso comenzar la guerra por el predominio mundial, mediante la derrota de la agrupación rival de los Estados capitalistas, que con un ataque a la Unión Soviética.

La falta de perspicacia de los forjadores de la política de Munich de no intervención y de complicidad con las maquinaciones tenebrosas de los agresores, comenzó a dar resultados inversos.

Alemania, para justificar su agresión a Polonia, provocó un abominable "incidente": un destacamento de tropas de asalto y de criminales, vestidos de uniforme polaco, llevaron a cabo un "ataque" a la emisora radial en Gleiwitz, localidad alemana cerca de la frontera. Los nazis presentaron aquella agresión como un supuesto ataque armado por parte de Polonia.

Desde los primeros momentos de la invasión, los nazifascistas, como lo hacían en otros países, comenzaron por aniquilar implacablemente a la población pacífica, a mujeres, ancianos y niños; a destruir ciudades y pueblos.

Después de haber sido acometida Polonia por Alemania, el gobierno inglés, ligado con el primero de esos Estados por ciertos compromisos, exigió que



Los invasores alemanes en Polonia no dejan trás de sí más que ruinas. 1939.

Alemania cesara la guerra. Francia siguió el ejemplo de Inglaterra. Al presentar esta demanda, los citados gobiernos trataban de dar a entender a los nazis que lo hacían sólo como una advertencia. Esos

círculos gubernamentales aún no habían perdido la esperanza de arreglarlo todo con un nuevo Munich, ahora a costa de Polonia. Pero la Alemania hitleriana no estaba interesada ni en nuevas negociaciones ni en nuevos acuerdos, a pesar de que éstos pudieran representarle determinadas concesiones territoriales: había resuelto desencadenar una guerra mundial para establecer su dominio en el mundo entero, sin repartirlo con nadie.

El 3 de septiembre Inglaterra y Francia se vieron obligadas a declarar formalmente la guerra al Reich, aunque en la realidad esos países no combatían, comenzando así la llamada "extraña guerra", porque continuaban aferrados a la idea de que se podría concertar algún convenio con Hitler que les permitiera realizar su antiguo sueño: desencadenar la guerra soviético-germana.

Mientras, el ejército alemán ocupaba rápidamente el territorio de Polonia sembrando la muerte y la desolación. El gobierno polaco y el Mando Supremo del Ejército, abandonando al pueblo y a las tropas a su suerte, huyeron al extranjero con el oro depositado en el banco nacional. Las tropas polacas, mal pertrechadas y carentes de mando, a pesar del heroísmo de muchos soldados, no pudieron contrarrestar el empuje del bien armado ejército alemán. Muchas unidades aisladas y gente del pueblo lucharon abnegadamente por su libertad e independencia. En la ciudad de Chel, la pequeña guarnición de soldados, junto con los obreros, campesinos, y los mejores representantes de la intelectualidad, se mantuvieron combatiendo hasta el 2 de octubre. La Brigada Obrera, organizada por los comunistas y los socialistas de izquierda, defendieron con arrojo Varsovia. Todo esto, sin embargo, no pudo cambiar el curso de la guerra.

En tanto que los patriotas polacos caían, Inglaterra y Francia continuaban su "extraña guerra". Parecía como si le dijeran a Hitler: si Alemania se encamina al Occidente encontrará la resistencia de nosotros y de los Estados Unidos, pero si conduce su agresión al Oriente, entonces nada le amenaza.

El Gobierno Soviético, en vista de la aproximación de las tropas alemanas a sus fronteras occidentales, se percataba de que tarde o temprano Hitler atacaría. De ahí la apremiante necesidad de crear una barrera para detener el avance ininterrumpido de los nazifascistas al Este. Ya que la Polonia señorial se había desmoronado bajo los golpes de la máquina militar alemana, el Ejército rojo se vio precisado a entrar en Bielorrusia Occidental y en Ucrania Occidental (anexionadas en 1920 por Polonia durante la intervención organizada contra la joven República Soviética) adquiriendo así esos territorios la tan ansiada posibilidad de reincorporarse a la Ucrania y a la Bielorrusia soviéticas. El Gobierno de la URSS cumplió por un lado su deber ante los pueblos ucraniano y bieloruso, no permitiendo que cayeran en la esclavitud fascista. Por otro lado adoptó medidas adecuadas para mejorar la situación estratégica del Estado soviético.

Ante el progreso de la agresión hitleriana, la URSS se planteó urgentemente la necesidad de crear el llamado "Frente Oriental".

El peligro de ocupación nazifascista se cernió, ante todo, sobre los países del Báltico: Letonia, Lituania y Estonia. Ya en 1918 fue establecido por los trabajadores el Poder soviético en estas Repúblicas, que hasta octubre de 1917 formaban parte integrante de Rusia. Mas tarde, los intervencionistas extranjeros y los guardias blancos aplastaron por la fuerza de las armas el Poder soviético, instaurando gobier-

nos burgueses títeres. Desde entonces, los pueblos de estos países, que en 1919 fueron violentamente separados del Estado soviético con la ayuda de los imperialistas ingleses, franceses y yanquis, continuaban añorando su reincorporación a la Unión Soviética. En el verano de 1940, las masas populares de Letonia, Lituana y Estonia, derrocaron a sus gobiernos profascistas y, en agosto del mismo año, a petición de sus respectivos órganos legislativos, volvieron al seno de la URSS.

En este mismo verano, Bucovina y Moldavia, desgajados por los imperialistas después de la Revolución de octubre, fueron también restituídos a la Unión Soviética.

El Gobierno soviético no podía tampoco permanecer impasible ante los intentos de las potencias imperialistas de convertir a Finlandia, país limítrofe, en una cabeza de puente para la guerra contra la URSS. Las esferas reaccionarias gobernantes proyectaban crear una "gran Finlandia" a costa del territorio soviético. Para realizar sus desequilibrados planes comenzaron a ponerse de acuerdo con los nazifascistas, al mismo tiempo que a prestar su territorio y sus fuerzas armadas a otras potencias imperialistas.

La frontera soviético-finlandesa se encontraba tan sólo a 32 kilómetros de Leningrado y la salida del golfo de Finlandia estaba prácticamente abierta a cualquier flota enemiga. Por eso la URSS propuso la concertación de un pacto de ayuda mutua y a trasladar a unos veinte o treinta kilómetros la frontera que pasaba cerca de Leningrado. Se otorgaba a Finlandia, como compensación, una doble cantidad de territorio en la Carelia soviética. Sin embargo, todas estas propuestas amistosas del Gobierno soviético, que emanaban del deseo comprensible de proteger su seguridad, fueron rechazadas por el gobier-

no finlandés que comenzó a organizar provocaciones fronterizas, acabando en noviembre de 1939 por desatar la guerra contra la URSS.

Los gobiernos de Inglaterra y Francia, aprovechando las circunstancias, en lugar de luchar contra el imperialismo alemán, empezaron a preparar urgentemente sus cuerpos expedicionarios para enviarlos a Finlandia, con miras a una intervención armada contra la Unión Soviética. Los círculos gobernantes de los referidos países querían comenzar abiertamente la agresión a la URSS, pero esos pérfidos planes fueron desbaratados por el tratado de paz firmado con Finlandia a principios de marzo de 1940, que aseguraba la frontera noreste de la Unión Soviética.

La Unión Soviética, al derrotar al ejército finlandés, tuvo la posibilidad de ocupar todo aquel país, pero al firmar el tratado de paz se limitó a que Finlandia satisficiera únicamente las demandas que habrían de resguardar la seguridad de la URSS. La frontera soviético-finlandesa del istmo de Carela, cerca de Leningrado, fue trasladada; parte de las penínsulas de Rybachi y Sredni pasaron a la Unión Soviética, y la península de Hanko, arrendada por 30 años.

Así culminó la creación del "Frente Oriental" ante la inminencia de un ataque hitleriano, frente que constituyó factor importantísimo en el futuro desarrollo de las acciones militares. Es evidente que las medidas tomadas por el Gobierno soviético disminuyeron considerablemente la prolongación de la segunda guerra mundial y que coadyuvaron a la derrota de los nazifascistas.

Al prevenir la conquista de la Ucrania y la Bielorrusia occidentales, de Letonia, Lituania y Estonia, la URSS estableció condiciones más favorables para los pueblos amantes de la libertad en su lucha con-

tra la agresión germana. Opuesta era, sin embargo, la actitud de los círculos oficiales norteamericanos, ingleses y franceses. Al igual que antes, no sólo no pensaban combatir contra los nazis, sino que continuaban en búsqueda de nuevas posibilidades de llegar a un arreglo con Hitler. En la primavera de 1940 arribó a Europa el subsecretario de Estado de los EE. UU., Welles, con la misión de aclarar las perspectivas de una paz con Alemania, pero su misión resultó infructuosa porque los hitlerianos no pensaban repartir el botín con nadie.

Alemania e Italia, aprovechando la favorable política de los gobiernos inglés y francés, como también la de los Estados Unidos, en un breve plazo terminaron los preparativos para atacar a otros países europeos. Primeramente, a comienzos de abril de 1940, las tropas alemanas irrumpieron en Dinamarca y Noruega, intentando establecer una cabeza de puente estratégica, necesaria para preparar la invasión a Inglaterra y, posteriormente, atacar a la Unión Soviética. Las esferas gubernamentales dinamarquesas y noruegas capitularon ante Hitler. La resistencia de los patriotas de estos dos países no pudo impedir la conquista.

El 10 de mayo de ese mismo año, Alemania ocupó Francia, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. Para invadir estos tres últimos Estados, neutrales durante la guerra, los nazis provocaron un "incidente" monstruoso por su cinismo: la aviación germana bombardeó la ciudad alemana de Freiburg, acusándose de ello a la aviación holandesa y belga.

Francia pudo haber ofrecido una seria resistencia a la invasión, pero los círculos estatales del país decidieron entregarla a Hitler, proponiendo cesar las hostilidades. El 22 de junio el gobierno de Petain firmaba el vergonzoso acto de capitulación. Esto no



Prisioneros franceses son llevados por la fuerza a Alemania.

significó que el pueblo francés se sometiera a la ocupación nazifascista. Los patriotas de todos los rincones del país y en el extranjero comenzaron a unirse en la lucha frente a tan repudiables enemigos.

Hitler dividió Francia en dos zonas: la del Norte, con todo el litoral Atlántico, fue ocupada por el ejército alemán. En la otra zona, la no ocupada, se encontraba Petain en el poder, que no era otra cosa que un colaborador de Hitler en todos los asuntos, abasteciéndolo no sólo de materias primas sino también de mano de obra, de trabajadores deportados.

Ya el 10 de junio la Italia fascista había invadido por su cuenta las provincias del Sureste de Francia. El día 24 firmaba Petain el armisticio.

En julio, las tropas ítalo-fascistas comenzaron la ofensiva en Africa Oriental, conquistando la Somalia Británica. En septiembre irrumpían los italianos en Egipto.

Octubre marca el inicio de la guerra de Italia contra Grecia, donde a pesar de las tendencias capi-

tulacionistas del gobierno, el ejército ofreció fuerte resistencia.

Preparándose para el posterior ensanchamiento de la zona de operaciones y la invasión contra la Unión Soviética, los agresores resolvieron coordinar sus acciones en una forma más amplia. Por eso se firmó en Berlín, el 27 de septiembre de 1940, una alianza militar, el llamado Pacto tripartito, entre la Alemania hitleriana, la Italia fascista y el Japón militarista. Los signatarios llegaron a un acuerdo sobre el reparto del mundo en esferas de influencia: Europa y Africa se debían convertir, según el plan, en zonas de dominio alemán e italiano; Asia quedaba bajo el poder japonés.

Las potencias occidentales no tomaron ninguna medida en respuesta a esa alianza, lo cual convenció a Hitler, una vez más, de su impunidad.

En octubre de 1940, al mes de firmarse aquel acuerdo, las fuerzas hitlerianas penetraron en Rumania, cuyo gobierno, lo mismo que los de Hungría y Eslovaquia, se adhirieron al Pacto de Berlín en noviembre.

La segunda guerra mundial iba abarcando nuevas regiones. Cada vez era mayor la cantidad de gente que caía en las garras de la esclavitud fascista. En todos los países ocupados se establecía un "nuevo orden" que significaba el sojuzgamiento pleno, la explotación feroz y el exterminio físico de los pueblos. En los territorios avasallados se instalaron campos de muerte. Sólo en Polonia, a consecuencia de la guerra de invasión nazifascista, perecieron más de 6 millones de personas. Centenares, decenas de miles de seres inocentes fueron exterminados en Checoslovaquia, Yugoslavia, Francia y en otros países.



Los ocupantes nazi-fascistas en Yugoslavia. 1941.

Todos los recursos de materias primas e industriales de los territorios sometidos fueron aprovechados por Alemania y sus aliados para llevar adelante la guerra de rapiña y de pillaje.

Pero no era posible atemorizar a los pueblos que cayeron bajo el yugo fascista. Sus mejores hijos se levantaban valientemente en lucha contra el opresor, lo que tuvo singular importancia para el cambio del carácter de la segunda guerra mundial, que al igual que la primera se inició como imperialista, pero con la diferencia de que cambió en el curso de su desarrollo. Si esta última guerra tuvo por parte de Alemania, Japón e Italia y de sus aliados, un carácter imperialista desde su comienzo hasta el fin, en cambio, por parte de los países que se oponían a la coalición fascista la guerra cambió paulatinamente ese carácter convirtiéndose en antifascista, en liberadora.

Las masas populares, como se ha señalado ya, desempeñaron en esta transformación un papel importantísimo. Los pueblos de los países ocupados por

las tropas invasoras no querían aceptar el "nuevo orden" establecido en Europa y en Asia, y, dirigidos por los Partidos Comunistas y Obreros, desplegaban activa lucha contra la opresión. En igual sentido se manifestaban las masas de Inglaterra, EE. UU. y otros Estados, ante la creciente y desenfrenada acometida. Temían por su independencia y exigían cada vez más imperiosamente de sus gobiernos una lucha abierta contra el hitlerismo.

En los propios Estados agresores los Partidos Comunistas pudieron, no solamente apreciar con acierto la política y propósitos de esos gobiernos, sino que elaboraron también, en condiciones sumamente difíciles, una correcta acción.

El Partido Comunista de Alemania, a pesar del terror implantado por las autoridades, moviéndose en la clandestinidad, trabajaba sin descanso entre los obreros y en el ejército desplegando la consigna de la derrota del régimen de Hitler y luchaba por convertir la guerra imperialista en guerra civil. Organizaban actos de sabotaje en las fábricas de armamentos y desenvolvían una intensa propaganda antifascista.

En Italia, el Partido Comunista, en mayo de 1941, se dirigió al pueblo en un manifiesto para desenmascarar el régimen de Mussolini y el carácter imperialista de la segunda guerra mundial, luchando por convertir la contiende en una guerra liberadora. Aquella fue la chispa del movimiento antifascista italiano.

De la misma manera, el Partido Comunista del Japón combatía la política agresiva y se pronunciaba por el derrocamiento del militarismo.

Los mejores hijos del pueblo de los territorios ocupados, dirigidos por los Partidos Comunistas y

Obreros —los únicos que conservaron su integridad y que no se reconciliaron con la política traidora de los gobernantes burgueses— se alzaron en lucha contra el yugo fascista por la liberación y la renovación nacional en sus respectivos países.

El pueblo chino luchó heroicamente durante muchos años contra el invasor japonés. El Partido Comunista de China, desde la ocupación de Manchuria, organizó las primeras guerrillas que empezaron a desplegar sus actividades en esa provincia. En 1932, los obreros de Shanghai y los soldados del 19 Ejército chino de guarnición cerca de dicha ciudad, dirigidos por el Partido Comunista, se manifestaron contra los agresores nipones. En 1937, el Partido Comunista de China, en respuesta a la agresión japonesa, levantó al pueblo en guerra de liberación nacional. Los combatientes chinos, luchando abnegadamente por la libertad y la independencia de su Patria, hicieron un gran aporte a la causa general de los pueblos amantes de la paz, contra el peligro de esclavitud fascista que para entonces sobre ellos se cernía.

En Checoslovaquia, desde los primeros días de la invasión nazi, se comenzó a crear un amplio frente popular antifascista. El 15 de mayo de 1939, el Partido Comunista Checoslovaco exhortó al pueblo a la resistencia, a restablecer la libertad completa y la soberanía del Estado y de sus pueblos.

Ese mismo año, en muchas ciudades se organizaron manifestaciones masivas, y a partir del otoño se incrementaron los actos de sabotaje contra los hitlerianos, así como las huelgas.

En Polonia, el pueblo también se levantó contra los ocupantes, llevando a cabo una intensa campaña de sabotajes contra la producción de armas, en los ferrocarriles, organizándose además la guerra de guerrillas, desatada activamente contra los nazis.

Los patriotas albaneses ofrecían igualmente fuerte resistencia a los italianos opresores. En Grecia, el movimiento de resistencia adquirió gran amplitud. Aquellos patriotas, con las armas en la mano, luchaban contra los invasores alemanes e italianos.

En Yugoslavia, el movimiento de liberación nacional, encabezado por el Partido Comunista, adquirió en breve tiempo un amplio carácter. El 15 de abril de 1941, el Partido se dirigió al pueblo en un llamamiento para infundirle seguridad en la victoria final. El movimiento guerrillero, dirigido también por el Partido Comunista de Yugoslavia, atacaba con éxito a las tropas invasoras y a los destacamentos de traidores colaboracionistas.



El "nuevo orden" fascista implantado en el sureste de Europa. 1941.

En marzo de 1941, el Partido Comunista de Bulgaria organizó la actividad de los patriotas contra el fascismo. En Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega, se desplegó igualmente la lucha por la liberación nacional.

Con las armas en la mano combatían por la libertad y la independencia de su Patria los valientes

hijos del pueblo francés. En aquel movimiento de resistencia existían muchos grupos de diferente matiz político, pero que estaban unidos por el solo deseo de liberar a Francia de los invasores hitlerianos. El papel decisivo en la Resistencia lo desempeñaron los grupos de combate dirigidos por el Partido Comunista, que desde los primeros días de la invasión comenzó una lucha resuelta contra los agresores extranjeros y los colaboracionistas. Las formas de la Resistencia eran diversas: manifestaciones, huelgas, sabotaje, acciones de guerrillas. Así, bajo la dirección del glorioso Partido Comunista, la resistencia fue creciendo de día en día.

Gracias a la participación de las masas populares, el carácter de la segunda guerra mundial comenzó a cambiar poco a poco. La guerra injusta, de anexión, de pillaje imperialista, entre dos grupos de Estados capitalistas, adquirió el carácter de guerra liberadora antifascista.

El cambio progresivo del carácter de la guerra contra la coalición de los Estados fascistas, influenciado por la lucha del pueblo, atestiguaba que como consecuencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre, en el mundo tenían lugar serias modificaciones en la correlación de las fuerzas sociales a favor de los trabajadores.

III

LA AGRESION DE ALEMANIA CONTRA LA UNION SOVIETICA

EL 22 de junio de 1941 era un lindo domingo de verano en Moscú. En la víspera muchos trabajadores habían salido de la ciudad para pasarlo al aire libre. Los escolares, terminadas las clases, descansaban en los campamentos de pioneros. Los campesinos esperaban recoger en esa época del año abundantes cosechas en los inmensos sembrados de la Unión Soviética. Ese mismo día, muy de madrugada, sin presentar reclamación alguna al Gobierno Soviético, sin declaración de guerra, las huestes fascistas alemanas irrumpieron alevosamente en el territorio de la URSS a tiempo que su aviación bombardeaba inhumanamente ciudades y pueblos. Era un acto de perfidia inaudita sin precedentes, de parte de Alemania, puesto que ésta había concertado un pacto de no agresión con la Unión Soviética. La vida pacífica del pueblo se interrumpió...

Hacía tiempo ya que la Alemania nazifascista venía preparándose para la agresión. Movilizaba para este fin sus reservas militares, económicas y humanas, no sólo de su país, sino también de países europeos sojuzgados. Los hitlerianos engancharon en su cruzada de pillaje en el Este, a sus satélites, los gobiernos fascistas de Italia, Finlandia, Hungría, Rumania y otros.

¿Qué fines se proponían los invasores nazis al agredir a la URSS? La Unión Soviética era ya por entonces uno de los Estados más poderosos del mundo: disponía de enormes reservas de materias pri-

mas, de una industria altamente desarrollada, de una agricultura adelantada y de muchas otras riquezas.

Esas riquezas eran las que el invasor codiciaba. Quería saquear al pueblo soviético, despojarlo de su industria, de su agricultura, de sus materias primas: someterlo todo a sus designios imperalistas. Pero esto no era todo.

La Unión Soviética era el primer Estado socialista en el mundo, un Estado de obreros y campesinos; era el faro del movimiento revolucionario mundial. Los imperialistas alemanes y sus aliados trataban de aniquilar las grandes realizaciones del pueblo soviético, que demostró a los trabajadores de la tierra, cómo hay que luchar contra el yugo del imperialismo latifundista y capitalista, cómo hay que crear su propio Estado popular. Los nazifascistas soñaban, una vez liquidada la Unión Soviética, con apagar para siempre la luz del movimiento revolucionario mundial, luz que guía a todos los pueblos en su lucha por la liberación nacional contra la opresión y la injusticia.



Psicosis bélica de los fascistas: "Adelante, por la conquista del poderío mundial".

Los hitlerianos, para llevar a cabo sus pérfidos planes, lanzaron contra la URSS la selecta y mayor parte de todas sus fuerzas armadas. De las 214 divisiones y 7 brigadas que la Alemania nazifascista disponía al comenzar su alevosa acometida, el 70% fue destinado para aquella campaña militar. Si a esto se le suman las tropas de los aliados de Hitler, resulta que 190 divisiones iniciaron esas operaciones: una imponente fuerza bélica.

Los soviéticos comprendían perfectamente que estaba en juego la vida o la muerte de su Estado. La disyuntiva era: o defender las realizaciones de la Gran Revolución Socialista de Octubre de 1917, o pasar la URSS a ser colonia del imperialismo germano.

Una ola de mítines multitudinarios se extendió por todo el país. En las ciudades, pueblos, fábricas; en las minas y yacimientos petrolíferos; en las oficinas públicas y entidades de enseñanza; en los koljoses y sovjoses. Por doquier, los soviéticos manifestaban su ferviente patriotismo y su férrea decisión de salvaguardar las realizaciones del pueblo. Los obreros, los campesinos y los intelectuales, solicitaban en masa ser incorporados al ejército y a las milicias populares, como voluntarios.

En Moscú, Leningrado y en otras muchas ciudades del país, familias enteras se incorporaban a las milicias, en tanto que millones de obreros de las fábricas y empresas industriales se comprometían a incrementar la producción de municiones y armamentos destinados al Ejército. Era muy popular en aquel entonces la consigna: "Trabaja no sólo para ti, sino para tu compañero que está en el frente". Los campesinos, a su vez, respaldaron el compromiso patriótico de la clase obrera y prometieron abastecimientos mayores de trigo, carne, leche, mantequilla,

legumbres y otros productos agrícolas que el ejército en campaña y las ciudades necesitaban.

Todo el país se convirtió en un gran campamento militar. Esa lucha a muerte contra las hordas hitlerianas pasó a la historia con el título de Gran Guerra Patria, guerra justa, puesto que la razón estaba a favor de los soviéticos que peleaban por su independencia, por su libertad, por la existencia de su Patria. Ellos estaban convencidos de que su justa causa triunfaría y que el enemigo sería aplastado en definitiva.

El Partido Comunista de la URSS, inspirador y organizador de la lucha del pueblo soviético contra los invasores nazis, movilizó a todo el pueblo para allanar con abnegación las dificultades. Todos los esfuerzos estaban encaminados a un solo fin: derrotar al enemigo. El Partido Comunista envió a sus mejores cuadros al Ejército en campaña. A los pocos meses de desatarse la guerra, por mandato de la dirección del Partido Comunista, 48,000 dirigentes fueron enviados al frente para realizar tareas de índole militar.

¿Cuáles fueron las responsabilidades de los soviéticos durante la Gran Guerra Patria?

La principal responsabilidad consistía en expulsar del territorio a los invasores. El Ejército debía arrojar del país a los nazifascistas y sus aliados. Pero a esto no se limitaban todos los cometidos de la URSS en esa guerra. La Unión Soviética procuraba brindar la mayor ayuda posible a otros pueblos amantes de la libertad, en su lucha contra el fascismo mundial, porque no le era indiferente la suerte de los demás pueblos. Reiteradamente manifestó su completa solidaridad con los antifascistas de todo el mundo. Es decir, que en el curso de la Gran Guerra

Patria, como antes y después, los intereses de la URSS estaban inseparablemente unidos a los de los demás pueblos de la tierra.

La entrada de la Unión Soviética en la guerra adquirió un significado histórico universal y señaló un viraje radical en el carácter de la segunda conflagración. Había entrado en la lucha uno de los Estados más poderosos, de enormes recursos materiales y humanos, que determinó y corroboró íntegramente el carácter justo y liberador de aquella guerra. Esto coadyuvó a la considerable ampliación del frente de lucha de los pueblos contra los invasores. El pueblo soviético pasó a ser el verdadero abanderado en la gran batalla antifascista de los pueblos amantes de la libertad. Después del 22 de junio de 1941, el clima militar-político de la guerra cambió bruscamente. Las fáciles victorias de los conquistadores nazis quedaron relegadas al olvido, porque la lucha heroica del pueblo soviético determinó a partir de ese momento el carácter y el curso de la guerra, convirtiéndose el frente soviético en el punto decisivo de la segunda guerra mundial.

La guerra patria del pueblo soviético contra la agresión fascista le granjeó la más profunda simpatía y admiración de toda la humanidad progresista. Las masas populares en el mundo entero comprendían que la suerte no sólo de los pueblos de la URSS, sino también de los demás países, se decidiría precisamente en aquel frente de lucha. La entrada, en fin, de la Unión Soviética en la guerra, era una perspectiva real para sacudir las cadenas de la tiranía. Las gentes sencillas de todo el orbe no solamente expresaban esas simpatías, sino que exigían de sus gobiernos una alianza con la URSS, verdadera garantía de la lucha victoriosa contra el enemigo común. Así, en Inglaterra, inmediatamente después de

la infame acometida hitleriana, se celebraron mítines masivos en ayuda de la causa del pueblo soviético, constituyéndose en todo el país comités de apoyo anglo-soviético. Los obreros encabezaban esa campaña de cooperación rápida y eficaz. En julio de 1941, en la Conferencia anual de los mineros escoses, se aprobó una resolución que más tarde fue respaldada por los obreros de los demás sindicatos mineros, que postulaba como tarea principal "adoptar nuevas disposiciones para la cohesión de los esfuerzos de Inglaterra y la Unión Soviética en aras de la defensa de nuestros pueblos y de la victoria conjunta de los obreros sobre el enemigo común".

La Gran Guerra Patria gozaba asimismo de grandes simpatías entre los trabajadores norteamericanos. La totalidad de las organizaciones político-sociales y sindicales de los EE. UU., declararon de inmediato su pleno apoyo a la heroica lucha del pueblo soviético.

En América Latina, la noticia de la alevosa agresión contra la URSS tuvo amplia resonancia. En muchas ciudades del continente suramericano se efectuaron importantes manifestaciones de solidaridad. A fines de junio, en la ciudad de Buenos Aires, se llevó a cabo una formidable concentración de trabajadores. Cerca de 20,000 personas desfilaron ante un barco soviético anclado en el puerto. Las madres alzaban bien alto a sus pequeñuelos para que les quedara grabada la imagen del buque; los obreros lanzaban al aire sus boinas, sombreros y gorras; los jóvenes expresaban ardientemente su cariño por el país en el cual la juventud goza de plena libertad.

Numerosos sindicatos de diferentes países del Nuevo Continente se manifestaron en defensa de la Unión Soviética, demandando ampliar las relaciones políticas y comerciales con ella. El Congreso Cons-

tituyente de la Federación Argentina de Trabajadores de la Prensa, convocado a mediados de julio de 1941, reclamó que se establecieran relaciones diplomáticas y comerciales con la URSS.

El movimiento popular por la amistad y alianza con la Unión Soviética crecía de mes en mes en todos los países de la tierra. La colecta de dinero destinado al fondo de ayuda a la heroica nación, era una de las formas esenciales de dichas actividades. Miembros de fila de sindicatos ingleses recaudaron en los primeros diez meses de la guerra soviético-germana unas 300 libras esterlinas, para la adquisición de medicamentos y otros objetos. Otro ejemplo lo ofreció la Comisión Democrática argentina, que en el verano de 1941 organizó una recolecta para conseguir la mayor cantidad posible de ropa de lana, medias, leche condensada, azúcar, etc., así como el Comité de Ayuda Médica que recogió en una semana cerca de 8,000 dólares. Aquella solidaridad llegaba al punto de que en muchas empresas de Inglaterra y los Estados Unidos, los obreros se esforzaban en el trabajo para multiplicar la producción de artículos destinados a la URSS.

De gran popularidad fueron en muchos países las llamadas semanas de amistad con la URSS, encaminadas a mostrar al público la vida de aquel pueblo, organizándose proyecciones de películas soviéticas, conciertos y conferencias, que jugaron un papel positivo en hacer camprender lo que era aquel país, desenmascarando las columnias y mentiras de la propaganda burguesa. Se promovía de paso una más amplia consolidación de los Estados de la coalición antifascista.

La entrada de la Unión Soviética en la guerra impulsó el movimiento de resistencia en Francia, Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia y demás terri-

torios sojuzgados por los nazis, infundiendo seguridad en la victoria final del movimiento antifascista.

Como ejemplo de esas actividades puede citarse el trabajo desarrollado por un pequeño destacamento guerrillero francés dirigido por Charles Debarnse, héroe de su pueblo, que en el verano de 1941, por orden del mando guerrillero, emprendió acciones armadas contra el enemigo, consiguiendo, en un plazo relativamente corto, averiar un puente, un cable de alta tensión, cortar la línea férrea, inutilizar una central eléctrica, apoderarse de armamento y de 150 kilogramos de dinamita. A la par de las acciones subversivas, los patriotas del destacamento de Debarnse imprimían y difundían clandestinamente propaganda antifascista. Continuamente arriesgaban su vida. El 6 de agosto de 1941, Debarnse y sus compañeros de lucha —Delattre, Delfi y Lefevre— fueron aprehendidos y más tarde fusilados. Murieron de pie, con el grito de "¡Viva Francia!". Debarnse había sido anteriormente encarcelado, pero logró escapar de las garras de la policía para seguir luchando.

El hecho de haber entablado la URSS lucha a muerte con los invasores hitlerianos tuvo una gran repercusión en los países coloniales y dependientes, donde la clase obrera, dirigida por los mejores patriotas, estaba en la primera fila del movimiento de liberación.

¿Qué evidenciaban las actividades de los trababajadores de Europa, América y Asia en pro de la Unión Soviética? Primeramente, que los intereses de los trabajadores de todos los países coincidían. En segundo lugar, que los trabajadores comprendían que la batalla contra el fascismo podría ser eficaz sólo cuando los pueblos amantes de la paz unieran sus fuerzas. Este movimiento de los trabajado-

res fue premisa importantísima para formar la coalición antihitleriana.

Los gobiernos de Inglaterra y los EE. UU., dirigidos por Churchill y Roosevelt, respectivamente, declararon inmediatamente después de iniciarse la Gran Guerra Patria, que apoyarían a la Unión Soviética en la guerra contra Alemania.



Ruinas de Coventry, importante centro industrial de Inglaterra, destruido por los inhumanos bombardeos hitlerianos.

¿Cómo pudo ocurrir que estadistas burgueses de Inglaterra y Estados Unidos, así como de otros países capitalistas adversarios del primer Estado socialista, declararan su apoyo a la URSS? ¿Cómo pudo ocurrir que gobernantes burgueses de los principales países capitalistas no se unieran a la Alemania hitleriana contra la URSS, sino que pactaran con la Unión Soviética contra la Alemania nazifascista?

Estas circunstancias se explican por varias razones. La primordial, señalada más arriba, era el movimiento desplegado por los pueblos del mundo entero por un pacto con la URSS. La Alemania hitleriana, la Italia fascista y el Japón militarista amenazaban la propia existencia nacional de muchos Estados y pueblos. Por ese motivo, los hombres sencillos de todo el mundo se tendieron la mano para manco-

munar sus fuerzas en la lucha y extirpar el fascismo. Las potencias agresoras lesionaban, no solamente los intereses vitales de cada nación, sino que se proponían zaherir a la camarilla gobernante de Inglaterra, los EE. UU., Francia y otros muchos países, cuya burguesía se daba perfecta cuenta de que la victoria del bloque fascista la despojaría de sus colonias, mercados, empresas y capitales. Pese a que las esferas gobernantes de los mencionados Estados no habían cambiado su punto de vista con respecto al comunismo, al país socialista, trataban de entrar en alianza con la Unión Soviética por conveniencia, puesto que ésta era a su juicio el factor más importante en la lucha contra Hitler y sus cómplices. No obstante, al declarar su disposición de concertar alianza con la Unión Soviética, los gobiernos burgueses de los Estados Unidos e Inglaterra perseguían al mismo tiempo fines codiciosos, y sus relaciones con la URSS no eran sinceras. Soñaban con sacar provecho de la lucha entablada entre la Unión Soviética y Alemania. Acariciaban la esperanza de que la URSS resultaría agotada y desangrada y que a la postre se convertiría en un manejable instrumento del sistema político que los círculos gubernamentales ingleses y norteamericanos intentaban establecer en la postguerra. En una palabra, que la Unión Soviética les sacara las castañas del fuego.

Muchas destacadas personalidades burgueses de Inglaterra y de los EE. UU. ni siquiera ocultaban sus hipócritas planes. Harry Truman, entonces senador yanqui y más tarde presidente, afirmaba: "si vemos que gana Alemania —dijo el 24 de junio de 1941— debemos ayudar a Rusia, pero si vemos que gana Rusia, debemos ayudar a Alemania. Así, que se maten lo más que puedan". El conocido senador estadounidense, R. Taft, se expresó en forma semejante. El

expresidente de los EE. UU., Hoover, compartía la opinión de Truman y Taft, recomendando a su vez esperar el fin de la guerra, cuando las demás naciones ya desgastadas tuvieran que ceder ante la potencia militar y económica de los Estados Unidos.

Sin embargo, algunos personajes políticos de renombre, ingleses y norteamericanos, apreciaban sensatamente la importancia de una colaboración y alianza con la URSS y demandaban ponerse inmediatamente en contacto con este país para ofrecerle una amplia ayuda.

En la formación de esa alianza con otros Estados que combatían contra el bloque fascista, jugó gran papel la política exterior aplicada por la Unión Soviética, tanto en vísperas de la guerra como en los primeros años de la misma. Desde los primeros días de la Gran Guerra Patria el gobierno soviético se declaró ardiente partidario de la coalición antihitleriana, o sea, de la unión de todos los Estados contra el bloque fascista, sin distinción de regímenes sociales o políticos. A la URSS le pertenece, pues, la ini-



"La heroica defensa de la fortaleza de Brets". Oleo del pintor I. Krivonosova.

ciativa que llevó a fines de 1941 a la integración de la gran alianza con pueblos y Estados, cuyo objetivo era extirpar el fascismo, el más siniestro peligro que se cernía sobre la humanidad y la civilización.

El principio básico de esa alianza entre la URSS y los países capitalistas residía en la comunidad de intereses de las masas populares de todos ellos.

¿Cómo se desarrollaba la campaña militar del frente soviético-germano en el verano y el otoño de 1941? Después de violar la frontera soviética, las tropas hitlerianas desplegaron la ofensiva en tres direcciones principales con tres agrupaciones de ejércitos: en la dirección Noreste, el mando nazista ordenó a sus tropas ocupar las Repúblicas Soviéticas del Báltico —Lituania, Letonia y Estonia— y Leningrado, ciudad clave del país. En la dirección central, desenvolvieron la ofensiva con el propósito de tomar a Moscú, la capital. En la dirección Sur, los ataques de los ejércitos hitlerianos iban dirigidos contra Ucrania, una de las Repúblicas más ricas de la Unión Soviética.

El objetivo esencial de Alemania era derrumbar a la URSS en unas pocas semanas por medio de la llamada "guerra relámpago" (blitzkrieg).

Las tropas hitlerianas, pese a la heroica y tenaz resistencia de las unidades soviéticas, lograron tomar la iniciativa y ocuparon en las primeras semanas de la guerra importantes puntos estratégicos. En el verano y el otoño de 1941, las tropas nazifascistas se adentraron rápidamente en territorio soviético y a finales de septiembre, a costa de grandes pérdidas, alcanzaban la región de Moscú. En los lejanos accesos a la capital se entablaron cruentos combates. Simultáneamente con la ofensiva en dirección a Mos-



"La madre patria os llama". Pancarta del pintor I. Toidze.

cú, los alemanes atacaron en los sectores Sur y Norte del frente. La URSS vivió momentos muy difíciles. Un peligro mortal se cernía sobre Moscú.

¿Cómo se pueden explicar los motivos de las derrotas de las tropas soviéticas en los primeros meses de la Gran Guerra Patria? En primer término porque la Alemania nazifascista inició su ofensiva teniendo una serie de ventajas de carácter militar. Preparándose para la guerra de conquista y de rapiña, Alemania supeditó toda su economía, industria y agricultura, a las necesidades bélicas. En lo que atañe a la Unión Soviética, su economía nacional en la preguerra, antes de la pérfida agresión, se desarrollaba en condiciones normales. Alemania, con antelación a su acometida, disponía de un ejército de invasión en pie de guerra, que en el momento de su ataque contaba con más de 7.000,000 de soldados y oficiales, 20,000 aviones y 14,000 tanques. En cambio, la URSS, al empezar la invasión hitleriana, tenía un ejército de tiempo de paz.

No menos importante era el hecho de que los agresores habían adquirido gran experiencia en la conducción de la guerra en Europa, cosa de la que carecía la Unión Soviética. Y unido a ello el factor sorpresa en el ataque. No se puede pasar por alto, tampoco, que la Alemania hitleriana empezó su ofensiva conjuntamente con sus aliados, en tanto que la URSS de hecho se enfrentó a ellos sola, pues a decir verdad ninguno de los otros Estados desencadenaba verdaderos combates. Hubo otras causas que aclaran los reveses de las fuerzas armadas soviéticas en la primera etapa de la Gran Guerra Patria y una de ellas reside en el error de Stalin, jefe del Gobierno soviético, al apreciar la situación militar y estratégica que se había creado hacia el comienzo mismo de la guerra, todo lo cual facilitó al enemigo tomar y

mantener la iniciativa en los primeros tiempos de las operaciones.

El mando hitleriano estaba tan seguro de su victoria, que el 10 de octubre de 1941, el intendente general del ejército alemán giró la orden de cómo desplegar las tropas en Moscú y sus afueras. Se figuraban que una vez conquistada Moscú la guerra sería coronada victoriosamente. Todos los periódicos berlineses del 12 de octubre dejaron espacio libre para el comunicado extraordinario sobre la caída de la capital de la URSS.

Pero los gobernantes hitlerianos no eran los únicos que presagiaban la derrota del Estado soviético en un futuro próximo. Los medios imperialistas de Inglaterra y los EE. UU. ponían también en tela de juicio la capacidad de resistencia del pueblo soviético. No comprendiendo en qué consistía la naturaleza específica del Estado socialista soviético, donde el Poder pertenece al pueblo, no podían tampoco concebir de ninguna manera que todo soviético, costare lo que costare, estaba dispuesto a luchar contra el enemigo hasta la última gota de sangre. No pocos eran los "peritos" militares de las potencias occidentales que vaticinaban que "los rusos pronto serán derrotados y aniquilados". H. L. Stimson, Secretario del Departamento de la Guerra de los EE. UU., en una de sus cartas a F. D. Roosevelt, le comunicaba la opinión de los especialistas militares norteamericanos de que Alemania derrotaría a la Unión Soviética en no menos de un mes ni en más de tres, y le recomendaba atenerse a estos "datos" en sus planes estratégicos.

Mientras los profetas menores no veían más allá de sus narices al conjeturar la fecha de la supuesta rendición de Moscú, el pueblo soviético continuaba su abnegada resistencia al enemigo y se



La defensa de Moscú. La población cava fosas antitanques en los alrededores de la ciudad

levantó como un todo en defensa de la capital. Cerca de 500,000 moscovitas participaron en las obras de fortificación de los alrededores de Moscú y ciudades próximas. Gracias a estos sacrificios pudo rodearse la ciudad de líneas fortificadas, zanjas contra carros blindados, pilares y defensas que se extendían a centenares de kilómetros.

A despecho de algunos serios reveses sufridos por el Ejército soviético en el verano y el otoño de 1941, se hacía cada vez más evidente que los planes de los hitlerianos de terminar la guerra en unos pocos meses sufrirían el más rotundo fracaso. Los combates en el frente soviético eran cada vez más encarnizados, obligando a los nazifascistas a emplear nuevas reservas.

Las grandes batallas emprendidas en aquel frente empezaron a ejercer desde el principio influencia decisiva en el curso de los acontecimientos en otros teatros de operaciones de la segunda guerra mundial. Alemania y sus aliados, al concentrar el grueso de sus fuerzas en la campaña militar contra la Unión Soviética, no podían, claro está, iniciar grandes ofensivas en otros frentes. De este modo, apreciando la situación creada, el mando ítalo-germano aplazó las nuevas operaciones en el Africa septentrional hasta que no terminara "la guerra relámpago" contra la URSS. Hitler escribía por entonces a Mussolini, el "duce" de los fascistas italianos en carta de 21 de junio de 1941, que "había que excluir la posibilidad de una ofensiva en Egipto hasta el otoño".

La concentración de todas las fuerzas del eje fascista para la pronta culminación de la campaña contra la URSS, había creado circunstancias excepcionalmente propicias para organizar acciones militares contra los fascistas en otros frentes de lucha.

Pero estas oportunidades fueron aprovechadas relativamente poco. En pleno otoño de 1941, los ingleses emprendieron la ofensiva en el Africa septentrional con el objeto de liberar el puerto de Tobruk y ocupar Cirenaica. Esta ofensiva alcanzó cierto éxito, pero se estancó a fines de año. En enero de 1942, las tropas ítalo-germanas lograron iniciar una contraofensiva, derrotando a las unidades inglesas de primera línea, para avanzar luego en dirección Noreste. Las operaciones de los ingleses en Africa septentrional no ejercieron influencia alguna en el curso de la segunda guerra mundial.

Mientras las luchas en el frente soviético-alemán se hacían más cruentas, el Japón guerrerista, rapaz y fascista, preparó y desató una nueva agresión: el 7 de diciembre de 1941, la escuadra nipona abatió con furia de huracán a Pearl Habor, base naval norteamericana del Pacífico, en las islas Hawaii. Ese mismo día los nipones atacaron las bases de Wake, Midway y también las posesiones británicas de Singapur, Malaya y Hong-Kong, también en el Pacífico. Unicamente después de haber logrado considerable superioridad gracias al ataque por sorpresa, el Japón declaró oficialmente la guerra a los Estados Unidos e Inglaterra, el 8 de diciembre de 1941. La embestida contra aquellas principales bases en el Pacífico, enclavadas a unos 6,000 kilómetros de las islas japonesas, infligieron daños considerables a la flota yanqui.

El artero ataque del Japón contra los EE. UU. e Inglaterra era el castigo por la política de tolerancia que aplicaban los medios gobernantes de esas naciones durante la anteguerra. ¿Cómo se explica, entonces, que los militaristas nipones no atacaran a la Unión Soviética sino a los Estados Unidos?

Como se sabe, los imperialistas yanquis e ingleses desde hacía tiempo que colaboraban con los guerreristas japoneses en su política colonialista en el Extremo Oriente y en el Pacífico, apoyando la actitud antisoviética de aquéllos. ¿Significaba esto, acaso, que los imperialistas nipones, al atacar a Pearl Harbor renunciaban a su política tradicional contra la URSS y que se atendrían estrictamente al pacto soviético-japonés de neutralidad concluído en abril de 1941?

Claro está que no. Los imperialistas nipones continuaban siendo enemigos contumaces de la Unión Soviética como hasta entonces. Y, ¡cuán grande era su júbilo al ver de qué modo era invadida por Alemania! En secreto se preparaban para tomar parte en esa guerra. Algunos destacados políticos del Japón temían que su país "llegara tarde al tren", o sea, que no tuviera oportunidad de entrar en la guerra antes de que la URSS fuera vencida.

El Estado Mayor Central del ejército japonés había elaborado cuidadosamente diversos planes de operaciones contra las fuerzas armadas soviéticas en el Extremo Oriente. Según opinión de sus expertos "la manzana ya estaba madura" y a punto de caer, lista para "cogerla". Con ojos codiciosos seguían atentamente los éxitos hitlerianos en el frente oriental, cayéndoseles la baba al imaginarse el botín que recibirían de su agresión. Pero el tiempo pasaba sin llegar el tan ansiado derrumbe del adversario; al contrario, las tropas soviéticas continuaban combatiendo con creciente tenacidad.

Al darse cuenta de esa situación, los imperialistas comprendieron que no había llegado aún el instante para su acometida contra la URSS y que les era más conveniente atacar a sus competidores imperialistas: los EE. UU., Inglaterra y a otras poten-

cias coloniales que tenían posesiones en el Pacífico. Así, no obstante la estrecha colaboración que había existido entre los imperialistas yanquis, ingleses y nipones para empujar al Japón contra la Unión Soviética, las cosas tomaron un camino diferente.

El ataque contra los dominios de los EE. UU. e Inglaterra, que produjo la entrada en la guerra de aquella potencia, tuvo la importante consecuencia de demostrar a todo el pueblo norteamericano —obreros, granjeros e intelectuales— que la guerra amenazaba directamente a su país, que corría el peligro de una invasión nipona a pesar de su favorable situación geográfica. Todo esto aumentó la resistencia contra el fascismo, creando mejores condiciones para la cohesión de los Estados que lo combatían.

Las fuerzas armadas japonesas, después de atacar alevosamente las bases norteamericanas e inglesas del Pacífico, comenzaron a extender su agresión apoderándose de nuevos territorios en el continente asiático y en Oceanía. Pero las operaciones, pese a su envergadura, eran accesorias. La suerte de la segunda guerra mundial se decidiría en el frente soviético. Es decir, que la lucha del pueblo de la URSS y de sus Fuerzas Armadas contra la Alemania hitleriana era factor determinante en el curso de la campaña del Pacífico.

¿Cuál era la situación en el frente soviético-germano en el invierno de 1941 a 1942? Entrada esa estación del año, el Mando Supremo soviético, no obstante las condiciones meteorológicas desfavorables, pudo organizar una serie de acciones ofensivas en diferentes sectores. La contraofensiva más notable del Ejército Soviético fue la del 6 de diciembre, en las cercanías de Moscú, que se coronó con la derrota de las tropas nazifascistas. Representó una



Leningrado en los días del asedio. En Avtovo se alzan barricadas.

gran victoria. Aunque es verdad que no llevó a la expulsión de las tropas alemanas del territorio soviético y no significaba todavía el derrumbe del bloque fascista, tenía enorme valor ya que implicaba, ante todo, la primera gran derrota del ejército nazi en la segunda guerra mundial. Al mismo tiempo frustró para siempre los planes de una guerra relámpago y disipó la leyenda ideada por los hitlerianos de la invencibilidad de sus tropas. Los pueblos del mundo se convencieron a ojos vistas que a los nazifascistas no sólo se les debía batir, sino que se podía hacerlo. Como dice el refrán: no es tan fiero el león como lo pintan.

Las hordas invasoras, después de los golpes demoledores que recibieron en las cercanías de Moscú, se vieron obligadas a abandonar su tan poderoso armamento y, con la cola entre las piernas, poner los pies en polvorosa.

El triunfo soviético tuvo asimismo resonancia internacional porque fortaleció el amplio frente de los pueblos que luchaban contra la tiranía fascista. Paulatinamente, gracias a la energía y al heroísmo de los patriotas de los países ocupados por los invasores, empezaron a crearse y a consolidarse las fuerzas democráticas de la Resistencia, haciéndose cada vez más vigorosas. El movimiento antifascista en

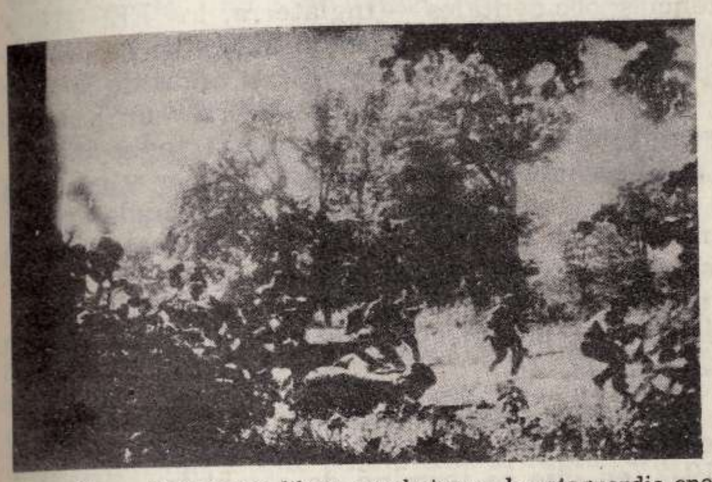
Checoslovaquia, en Bélgica y en Francia —donde se organizaron destacamentos de francotiradores— se intensificó mucho más. En el otoño de 1941, en la península balcánica, los intrépidos guerrilleros yugoslavos atacaron las comunicaciones alemanas y barrieron a los enemigos de casi todo Montenegro, parte occidental de Servia y gran parte de la zona oriental. A principios de 1942, en Bulgaria, bajo la dirección del Partido Comunista, comenzaron a actuar los primeros guerrilleros. En Grecia, en aquellos días, se constituyó el Frente Nacional Liberador (EAM) que en diciembre de 1942 fundió en un Ejército único Nacional Liberador a numerosos destacamentos guerrilleros. En Polonia, en el mes de enero de ese mismo año, en la más profunda cladestinidad, se creó el Partido Obrero Polaco, que se puso a la cabeza de la lucha. Los guerrilleros, audaces hijos del pueblo, hacían alarde de un valor sin precedentes en la lucha cada vez más fiera contra los alemanes.

Ejemplo de heroísmo lo ofreció Josef Tadzher, un obrero búlgaro, que arriesgando su vida prendió fuego a las reservas de combustibles de las tropas de ocupación. Empezó quemando un pequeño barril de gasolina; después, encaramándose por una escalera alcanzó la cisterna que contenía 1,200 litros de petróleo, la destapó e incendió los vapores que salían de la misma. En el acto todo el depósito se vio envuelto en llamas. Los nazis cogieron al patriota y lo fusilaron. Tadzher, en una carta hallada en su ropa, escribía que aunque fuera a costa de su vida quería vengarse del enemigo.

Los patriotas no se resignaban a vivir bajo el yugo del fascismo y al combatirlo cumplían, en primer término, el deber para con su patria, y luego un deber internacional de todos los trabajadores en la

lucha liberadora emprendida por toda la humanidad contra aquel sistema de opresión.

La victoria de las tropas soviéticas en las cercanías de Moscú tuvo además otro no menos importante efecto: consolidó el prestigio internacional de la URSS. A partir de ese momento era cada vez más persistente la exigencia de los pueblos de que se fortaleciera y se desarrollara una colaboración eficaz con la Unión Soviética. Por otra parte, la batalla de



Guerrilleros bielorrusos libran combates en la retaguardia enemiga

Moscú asestó un serio golpe al crédito militar de la Alemania hitleriana, que redujo su influencia entre sus propios satélites.

Así se crearon las premisas favorables para ampliar y consolidar la coalición antihitleriana.

¿Cómo y dónde se formó y qué representaba esa coalición?

La coalición antihitleriana era la alianza de naciones de diferentes regímenes sociales y políticos,

unidas para luchar contra el bloque fascista. Dicha alianza empezó a perfilarse en la segunda mitad de 1941, en plena guerra, cuando ya hacía mucho tiempo que existía el grupo de los países agresores.

¿Cuál fue la causa de que mientras los Estados fascistas se unían en bloque militar y político y se preparaban para la guerra, los gobiernos partidarios de la paz, a los que el propio fascismo amenazaba de muerte, resultaran desunidos?

Se explica, ante todo, por el hecho de que las Potencias occidentales —Inglaterra, los EE. UU. y Francia— como se ha indicado antes, se negaron a aceptar las proposiciones soviéticas antes de la guerra, proposiciones encaminadas a crear un sistema de seguridad colectiva, cohesionando a todos los países antifascistas en una coalición militar y política. Los medios gobernantes de EE. UU., Inglaterra y Francia fueron los responsables de que esa coalición no se constituyera cuando aún era tiempo de impedir que muchos pueblos se vieran sometidos al yugo nazifascista y millones de vidas sacrificadas en aras de la libertad.

Jurídica y diplomáticamente la coalición antihitleriana se llevó a cabo por partes hasta principios de 1942, en que se terminó de completar. Para entonces, los gobiernos de las tres Potencias integrantes declararon su firme decisión de luchar hasta la victoria completa sobre el adversario, determinando los objetivos de cada una en esa lucha. (Discurso de Stalin, Jefe del Gobierno soviético, de 3 de julio de 1941; la "Carta del Atlántico", acuerdo concertado entre Roosevelt y Churchill, en agosto de 1941; la Declaración del Gobierno soviético de 24 de septiembre de 1941, etc.).

Se concretó igualmente el compromiso de ayuda mutua, asegurándose en forma solemne no con-

certar el armisticio o la paz por separado con el enemigo.

Aunque existía una serie de acuerdos internacionales, los gobiernos de Inglaterra y los EE. UU. no sólo sabotearon en el transcurso de poco tiempo el cumplimiento de sus compromisos como aliados con la URSS, sino que trataban de aplicar una política separatista en todos los problemas internacionales vitales. Los medios gobernantes monopolistas de los países indicados, no eran honrados en sus relaciones con la Unión Soviética, lo que se corrobora entre otras cosas con el problema del segundo frente, uno de los asuntos primordiales en la coordinación de los planes aliados.

¿Qué era el segundo frente y por qué se le atribuía tanta importancia? ¿Era sólo materia particular de la esfera táctico-militar o algo mucho más trascendente?

El problema del segundo frente rebasaba los marcos de la táctica militar. Era cuestión, sí, de gran estrategia: se trataba de la forma de lograr la victoria sobre la Alemania hitleriana y sus aliados, bien por medio de un ataque enérgico de todos los Estados de la coalición, lo que conllevaba el rápido fin de la segunda guerra, o bien mediante operaciones prolongadas, agotadoras, contra las potencias fascistas, que alargaría la contienda por muchos años ocasionando nuevas víctimas.

La guerra en dos frentes fue siempre un peligro mortal para el militarismo germano. Numerosos estadistas y estrategas alemanes del pasado, ante esa perspectiva, sentían pavor. Es conocido que mucho antes de la agresión hitleriana contra la URSS, un oficial del Ministerio de Guerra alemán recalcó lo arriesgado que sería para Alemania una guerra en

tales condiciones. En consecuencia, de la capacidad de Inglaterra y de los Estados Unidos para abrir un nuevo frente, el segundo, dependía el poder imponérsele a los nazis la guerra que tanto temían.

Pero no se podía llamar segundo frente a cualquier operación de guerra. Si se hubiera abierto un segundo frente lejos de los centros vitales alemanes, que no dividiera seriamente sus fuerzas, ¿hubiera representado alguna amenaza? Desde luego que no. Unicamente una operación recia, ejecutada cerca de los centros vitales de Alemania, de sus bases militares e industriales, que hubiera obligado al mando hitleriano a trasladar con urgencia del frente soviético de 60 a 70 divisiones, digamos, hubiera constituído para los hitlerianos un peligro mortal. En concreto: sólo un desembarco en el Noroeste de Francia habría respondido a las circunstancias indicadas. Hubiera sido el verdadero segundo frente.

Pese a todo, los gobiernos de Inglaterra y los EE. UU. no respaldaron a la Unión Soviética. Churchill se negó rotundamente a organizar el segundo frente en Europa, alegando la falta de preparación de las fuerzas armadas inglesas. Pero es sabido que en el otoño de 1941, en las islas británicas estaban acantonadas 33 divisiones con sus unidades de refuerzo, según plantilla de guerra. Baste recordar que en 1944, el mando anglo-americano desembarcó 35 divisiones, resultando por ello infundados los argumentos del Primer Ministro inglés.

También las potencias occidentales renunciaron a otra posibilidad de ayudar a la URSS al no enviar sus tropas al frente soviético-germano.

¿Por qué las esferas gubernamentales de estos países rehusaron hacerlo? Como se sabe, en los años de la primera conflagración mundial y en el período

inicial de la segunda, las tropas inglesas fueron trasladadas al continente europeo para combatir contra las fuerzas armadas alemanas en territorio francés, holandés y belga. ¿Se puede sostener, acaso, que Inglaterra estaba mejor preparada para la guerra, en septiembre de 1939 que en el verano y el otoño de 1941? Las razones en que se basaban los gobiernos de Inglaterra y los Estados Unidos no eran de carácter militar, sino político. Estos gobiernos no se apresuraban a prestar ayuda a la Unión Soviética porque preferían quedarse al margen de los acontecimientos y observar el curso de los mismos en el frente oriental.

Al renunciar a la estrategia militar coordinada contra el bloque fascista, los gobiernos de Churchill y Roosevelt comenzaron a emplear la táctica militar separatista. En la entrevista entre ambos, celebrada en Washington a finales de 1941 y principios del 42, se elaboraron los principios de esa estrategia.

Las operaciones ofensivas emprendidas por las tropas soviéticas en los accesos a Moscú, evidenciaron ante todo el mundo que era posible lograr en tiempo relativamente corto la victoria sobre la Alemania nazifascista, en el caso de que todos los miembros de la coalición antihitleriana cumplieran sus obligaciones como aliados. Sin embargo, en la Conferencia de Washington se trazó, de hecho, un plan de operaciones defensivas: el proyecto de desembarco en el Africa Septentrional, en lugar de la apertura del segundo frente en Europa. Así se organizó la llamada "estrategia de las acciones pequeñas".

Esta estrategia claro está que convenía a los imperialistas, a los monopolistas que se enriquecían con la guerra, interesados en que se prolongase lo más posible. Pero tal estrategia pugnaba con los intereses vitales de los pueblos, que pagaban con su san-

gre las aventuras guerreras de los imperialistas. Por ese motivo, los pueblos de todo el mundo, entre ellos el inglés y el francés, se manifestaron partidarios de la rápida apertura del segundo frente, que a principios de 1942 apremiaba aún más, dado que continuaba siendo difícil la situación de los Estados antihitlerianos.

Como consecuencia de la derrota de los nazis en las cercanías de Moscú y de los éxitos logrados por el Ejército soviético durante la ofensiva de invierno de 1941-42, muchas regiones fueron liberadas. No obstante, la situación en que estaba la Unión Soviética era realmente ardua. El enemigo consiguió apoderarse y ocupar temporalmente Ucrania, Biolorrusia, Letonia, Lituania y Estonia, así como otras regiones del Oeste y Suroeste de la URSS. En el territorio ocupado por los invasores vivían antes de la guerra 88.000,000 de habitantes, se obtenía el 33% de la producción industrial del país, tenía el 47% de la tierra laborable y casi la mitad del ganado de la Unión Soviética.

Por donde pisoteaba la bota del invasor alemán todo quedaba arrasado. Los nazifascistas se dieron el nombre de "raza superior" y exigían la sumisión de esclavos a los pueblos soviéticos amantes de la libertad. En el territorio ocupado reinaba no sólo la desolación, el hambre, el escarnio y la vejación de la dignidad humana y del orgullo nacional, sino que se habían implantado los trabajos forzados. Las innumerables infamias, maltratos, violación de mujeres y masacres de ciudadanos soviéticos llevados a cabo por los hitlerianos, provocaron una cólera e indignación inauditas en todo el pueblo.

He aquí algunos de los repugnantes crímenes: el 30 de junio de 1941, los hitlerianos irrumpieron en la ciudad de Lvov y al día siguiente organizaron una

matanza bajo la consigna de "muerte a judíos y polacos". Después de haber asesinado a centenares de personas, los bandidos nazis hicieron una "exposición" de muertos. En primer lugar de esta horripilante "exposición" presentaban el cadáver de una mujer al que con una bayoneta le habían clavado su criatura.

En uno de los pueblos de la provincia de Moscú, soldados alemanes borrachos, escogieron como blanco para sus armas de fuego automáticas a un niño de 12 años, que murió acribillado a balazos.

En 1941, en Kiev, capital de Ucrania, los fascistas efectuaron una espeluznante masacre (pogrom). En el transcurso de unos días mataron y fusilaron a 52,000 personas: hombres, mujeres, ancianos y niños. Asesinaron despiadadamente a aquellos ucranianos, rusos y hebreos que demostraron su lealtad al Estado soviético. En uno de los cementerios de Kiev, los criminales reunieron a un gran número de hombres, mujeres y niños hebreos, de las más variadas edades. Antes de fusilarlos los desnudaron y apalearon. Al primer grupo, destinado al fusilamiento, le obligaron a acostarse boca abajo en el fondo de una zanja, luego abrieron fuego y les echaron tierra, para colocar en fila al siguiente grupo y repetir el monstruoso acto. Esa era la "civilización" que llevaba a la Unión Soviética la "raza superior" hitleriana.

En la primavera de 1942, los nazis empezaron febrilmente los preparativos para una nueva ofensiva en el frente soviético. Después de haberse malogrado la iniciativa de las operaciones de invierno de 1941-42, trataban de asestar un golpe demoledor al Ejército soviético en el verano de 1942, hasta conseguir la victoria contra la URSS. En este momento era sumamente valiosa la apertura del segundo fren-

te y la consolidación ulterior de la colaboración soviético-anglo-americana. Por esta razón, el Gobierno de Moscú envió a su Ministro de Relaciones Exteriores a Londres y a Washington para entablar negociaciones con aquellos gobiernos, gestión que culminó en la alianza anglo-soviética (26 de mayo de 1942) y el acuerdo soviético-norteamericano (11 de junio de 1942). El comunicado conjunto emitido, expresaba entre otras cosas lo siguiente: "se ha alcanzado un completo acuerdo en lo que respecta al problema impostergable de la apertura del segundo frente en Europa". Esta declaración fue acogida con gran satisfacción por la Unión Soviética y por otros países de la coalición antihitleriana. Para los pueblos de la URSS, Inglaterra y los EE. UU., era una garantía de que el gobierno inglés y el francés emprenderían, en el más breve plazo, serias operaciones en el continente europeo, contribuyendo a la lucha contra el bloque fascista.

Los pueblos inglés y norteamericano eran fervientes y sinceros partidarios de la más rápida apertura del segundo frente, lo que se confirma por numerosísimos hechos. Cuando en mayo de 1942, el Instituto Británico de Opinión Pública llevó a cabo una encuesta sobre: "¿Cuál, es, según su opinión, el problema más candente que el Gobierno inglés debe resolver en los meses próximos?", de los 17 problemas enunciados por el Instituto la mayoría votó por: "Preparar operaciones ofensivas triunfantes, la irrupción en Europa, la apertura del segundo frente". Semejantes fueron las contestaciones de otras investigaciones realizadas en Inglaterra y en los EE. UU. Tal era el estado de ánimo de las gentes sencillas de todo el mundo, que en más de tres años que corrían de guerra su espíritu combativo no flaqueó. Al contrario, los pueblos estaban dispuestos a desencadenar

batallas decisivas, ya que comprendían perfectamente que los intereses nacionales de sus respectivos países obligaban a una conducción activa de la guerra.

A pesar de ello, los medios gobernantes de los Estados Unidos e Inglaterra adoptaron una actitud distinta. Tenían una opinión completamente opuesta. No obstante el acuerdo concertado con relación al segundo frente en Europa en 1942, el Gobierno inglés y el americano convinieron en secreto no abrirlo en el año prometido. Y esto, cuando en los campos de batalla de la URSS se libraban nuevos y extraordinarios combates.

En aquel verano, el mando nazi en el sector Suroeste del frente soviético logró alcanzar otra vez superioridad en equipos y material humano, desatando una potente ofensiva. Si para el 1 de enero de 1942 se fue concentrando el 70% de las tropas alemanas, ya para el 1 de julio las unidades representaban el 76,3% de todas las fuerzas. A costa de grandes pérdidas los hitlerianos consiguieron avanzar al Este y alcanzar Stalingrado, donde se entabló la batalla que habría de pasar a los anales de la segunda guerra mundial como acontecimiento de enorme trascendencia. Las tropas alemanas trataban también de llegar al Cáucaso, para apoderarse de esos importantes yacimientos petrolíferos.

En tales circunstancias la apertura del segundo frente en Europa hubiera tenido un valor inapreciable. Mejor momento para llevar a cabo esa operación no podía buscarse. Nunca, ni antes ni después, fue tan intensa la concentración de las fuerzas armadas alemanas en el frente soviético-germano. Pero los gobernantes ingleses y norteamericanos no quisieron aprovechar tan propicia situación.

En agosto de 1942 llegó a Moscú el Primer Ministro inglés, Churchill, comunicándole a Stalin que los americanos e ingleses se negaban a iniciar las operaciones acordadas en mayo y junio. ¿Qué argumentaba Churchill? Decía que no disponían de los medios necesarios para ejecutar dicha operación; que las tropas aliadas carecían de experiencia combativa y cosas por el estilo, sin embargo, los hechos evidenciaban lo contrario. En Europa existían ya ese año las premisas indispensables para el desembarco de las tropas anglo-americanas, pero lo único que no se tenía era el deseo de los dirigentes de los círculos oficiales de organizar esta operación militar. Tal actitud lógicamente pugnaba con los intereses del pueblo inglés y del francés, con los intereses de los hombres y mujeres sencillos de la tierra.

En aquel entonces, las fuerzas armadas inglesas y francesas tampoco emprendían combates ofensivos en otros teatros de operaciones. La situación de las tropas aliadas en el Pacífico continuaba empeorando, en tanto que los nipones proseguían su avance en todas direcciones. A mediados de enero de 1942 cruzaron la frontera birmano-tailandesa y, sin encontrar resistencia organizada, progresaron en Birmania. En menos de cinco meses de combate, todo aquel territorio cayó en manos de las fuerzas niponas que bien pronto alcanzaron la frontera de la India. A finales de enero, habían logrado ocupar toda la península de Malaca e iniciaron la conquista de Singapur, importante base naval inglesa. El 14 de febrero Singapur fue asediada y su guarnición, con efectivos de 70,000 soldados, se rindió. En manos de los japoneses cayó, no solamente la base naval y el puerto, sino también el estrecho de Singapur, una de las vías marítimas internacionales más importantes del Sureste de Asia. Simultáneamente con los combates

en Malaya, los nipones consiguieron apoderarse de las islas indonesias de Borneo, Célebes, Bali, Timor y Sumatra. A fines de febrero se empeñó una recia batalla naval que terminó con el completo aniquilamiento de las flotas americanas y holandesa estacionadas en bases navales de Asia.

Las tropas japonesas, valiéndose del éxito alcanzado, desembarcaron en la isla de Java y a principios de marzo remataron en rasgos generales su ocupación. De tal manera, las principales islas de Indonesia, ricas en reservas de materias primas estratégas, pasaron a manos de los conquistadores.

La ofensiva en el Suroeste del Pacífico resultó en un triunfo para el Japón. En enero de 1942 sus tropas conquistaron la parte occidental y central de la isla de Nueva Guinea, las del Almirantazgo, Nueva Bretaña, Nueva Irlanda, Gilbert y gran parte de las Salomón. Como consecuencia de esos desembarcos en el Pacífico, se creó la amenaza real de que las fuerzas niponas invadieran Australia, interceptando las principales comunicaciones marítimas entre la costa occidental de los Estados Unidos y aquella isla.

En esos momentos, la ofensiva de las tropas inglesas en Africa septentrional, en la que los británicos habían cifrado tantas esperanzas, estaba prácticamente paralizada. El 10 de enero de 1942, las tropas ítalo-germanas se replegaron a la línea situada al Sur de El Agheila, pero el 21 del mismo mes emprendieron la contraofensiva, aplastando con suma facilidad las avanzadillas inglesas, continuando en dirección Noroeste. A fines de enero y a principios de febrero, los fascistas ocuparon Bengasí (Libia) y alcanzaban la línea de El Hazala. Hasta fines de mayo la línea del frente quedó estable, puesto que las tropas hitlerianas necesitaban reabastecerse de municiones, víveres y combustible. El 26 de mayo,

por la noche, las tropas ítalo-germanas reanudaron su ofensiva contra los ingleses, cuyo mando no supo organizar la defensa y se vio obligado a retirar sus tropas en dirección Este, en condiciones dificilísimas.

La tentativa de los ingleses de conservar Tobruk resultó infructuosa. El 20 de junio las tropas nazifascistas se posesionaron de dicha ciudad, capturando a más de 30,000 prisioneros y, pisándole los talones a los británicos que retrocedían precipitadamente, invadieron el territorio egipcio llegando al Sur de El Alamein, a principios de julio.

Posteriormente se interrumpió el avance de esas tropas al decidir el Estado Mayor hitleriano, en el verano de 1942, emprender una ofensiva en el frente soviético-germano. Con este fin, el comando nazifascista emprendió el traslado de gran parte de su aviación de la cuenca del Mediterráneo al frente soviético, dejando a las tropas italianas y alemanas en Africa, sin suficiente protección aérea. El escritor militar alemán, K. Tippelskirch, refiriéndose a este asunto dice en su libro: "Cediendo a las necesidades crecientes de las tropas que operaban en Rusia, a Africa se envió poco material bélico".

En esas circunstancias, las incursiones de la aviación inglesa sobre las principales líneas de comunicación del Mediterráneo resultaron eficaces porque dificultaban la situación estratégica del enemigo en aquel teatro de operaciones, que en el otoño de ese año llegó a ser favorable para las fuerzas aliadas, lo que permitió al octavo ejército inglés empezar el 22 de octubre, por la noche, la ofensiva en el frente egipcio. Durante diez días, en el sector de El Alamein se entablaron cruentos combates contra las divisiones germano-italianas. Se rompió el frente enemigo y las tropas fascistas empezaron a retroceder

en dirección Oeste. Era la primera victoria considerable de Inglaterra sobre las tropas hitlerianas. El 8 de noviembre, las tropas americanas y seguidamente las británicas desembarcaron en Argel, Orán y Casablanca. Los jefes militares estadounidenses e ingleses pudieron así desarrollar una ofensiva eficaz en el Norte africano.

Parte de la prensa inglesa y yanqui trataba de interpretar el desembarco en el Africa Austral como segundo frente. Algunos personajes políticos también pretendían exagerar el significado de la campaña militar de los aliados en el Norte de Africa, a la par que disminuían la influencia que la batalla de Stalingrado ejercía en el curso de la guerra. Así, Marshall, jefe del Estado Mayor del ejército norteamericano, en su informe a Roosevelt sobre las operaciones de las tropas americanas desarrolladas en Europa y en el Pacífico, afirmaba que el combate entablado en El Alamein desempeñó el mismo papel en la segunda guerra mundial, que la batalla de Stalingrado. Churchill, Montgomery y otros, expresaron luego en sus memorias la misma opinión.

El empeño por igualar las batallas de Stalingrado con las del Africa del Norte es una evidente tergiversación de la realidad histórica. Mientras en El Alamein a los ingleses se enfrentaron solamente 12 divisiones fascistas (el grueso de las fuerzas alemanas y parte de las italianas había logrado retroceder, evitando de tal forma ser copadas), en Stalingrado, durante la contraofensiva de las tropas soviéticas fueron totalmente aniquiladas 32 divisiones y 3 brigadas, más 16 divisiones que quedaron fuera de combate. Los amplios círculos de la opinión pública y los participantes en los acontecimientos históricos de 1942, apreciaron correctamente el significado de la batalla de Stalingrado. Los pueblos se daban perfec-

ta cuenta de que las operaciones de guerra del continente africano no podían ser factor decisivo para el curso de la guerra y mucho menos para el término de la misma. Comprendían, además, que los héroes de Stalingrado luchaban no solamente por Rusia, sino por toda Europa y por toda la humanidad.

"¡Africa no es el segundo frente!", escribían muchos periódicos norteamericanos e ingleses reflejando el criterio de la opinión pública. En la URSS, Inglaterra y Estados Unidos así como en otros países, se manifestaba abiertamente desilusión y descontento porque el nuevo frente contra el fascismo se encontrara tan lejos de los centros vitales de las potencias del Eje. Se expresaba verdadera duda sobre si las operaciones militares en el Africa del Norte infuirían en el desarrollo de los combates en el frente soviético.

Sin sobreestimar la trascendencia de la campaña anglo-americana de Africa, hay que señalar al mismo tiempo, que el desembarco afortunado de los aliados y la bien preparada y complicada operación demostraron una vez más que aquel mando era capaz de llevar a cabo una campaña efectiva, ya que disponía para el caso de todo lo indispensable, y que los soldados y oficiales podían combatir victoriosamente contra las tropas fascistas. Todo ello destruía los argumentos de que Inglaterra y los EE. UU. eran incapaces de realizar una gran operación. Después del eficaz desembarco en el Africa septentrional, acosaron durante unas semanas a los alemanes e italianos

Mientras tanto, los combates en el frente soviético se hacían cada vez más encarnizados. La defensa de Stalingrado se convertía en batalla decisiva para la segunda guerra mundial. A mediados de octubre de 1942, las acciones de Stalingrado alcanza-



Cadáveres de ciudadanos soviéticos después de un fusilamiento masivo cerca de la ciudad de Zolochev. Fotografía tomada por los propios hitlerianos antes de arrojar los cadáveres a la fosa.

ron el punto culminante en tenacidad y porfía. Las tropas hitlerianas emprendían un ataque tras otro; más de un millar de aviones bombardeaban diariamente la ciudad. Los nazis anunciaban de nuevo a voces que se aproximaba la derrota de la URSS y que se proponían aniquilarla como Estado y terminar con toda su fuerza militar. El pueblo soviético se vio ante la apremiante necesidad de realizar un extraordinario esfuerzo para aplastar al ejército nazifascista, eliminar al Estado hitleriano y aniquilar también a sus jefes e inspiradores, acabando para siempre con el abominable "nuevo orden" de Europa. Era evidente que la suerte del Estado soviético, de toda la humanidad, de la democracia y de la civilización dependía del desenlace de la batalla de Stalingrado. Por ello, el pueblo soviético movilizó todas sus reservas para defender la ciudad y para destruir al enemigo dentro de la misma. Bajo la dirección del Partido Comunista y del Gobierno Soviético, se preparó el demoledor ataque contra el ejército nazifascista. El 19 de noviembre de 1942, las tropas soviéticas iniciaron la contraofensiva que marcó el comienzo del viraje radical, el nuevo período de la segunda guerra mundial, cuyos tiempos más lúgubres y penosos tocaban a su fin. En el horizonte centelleó un brillante rayo de esperanza que infundía seguridad a los pueblos de que se aproximaba la hora de su alegría; de que los fascistas tendrían que huir de los países ocupados recibiendo su merecido castigo.

IV

VIRAJE RADICAL

EL año 1943 ha entrado en los anales de la segunda guerra mundial como el del viraje radical. En los primeros años del conflicto, las gentes sencillas de la tierra tuvieron que padecer sufrimientos indecibles. Especialmente penosa era la suerte de la población de los países ocupados, donde los hampones fascistas saqueaban y destruían viviendas, monumentos históricos, riquezas naturales, torturaban y mataban. Centenares de miles de hombres y mujeres eran deportados a los Estados fascistas para sumirlos en la esclavitud.

Por doquier donde dominaba la garra alemana se imponía un régimen insufrible de sangriento terror. Por no acatar la orden de entregar víveres hasta la última migaja, o ropa hasta la última camisa, los invasores atormentaban y ahorcaban a mujeres, niños y ancianos. En los trabajos forzados, por incumplimiento de las normas establecidas, se apaleaba y fusilaba.

Los hitlerianos establecieron lugares secretos especiales para el exterminio en masa de personas condenadas a muerte. La existencia de tales sitios se mantenía en absoluta reserva. Las gentes que allí eran enviadas para su aniquilamiento por motivos de raza o políticos, hasta el último minuto confiaban en que serían trasladadas a otro lugar. Y sólo cuando caían en la cámara de gases o en el "carro de la muerte" comprendían que habían sido víctimas de un terrible engaño. A Oswiecim, Maidanek, Treblinko y muchos otros, con razón se les llamaba fábricas de

muerte. ¡Más de dos millones de personas fueron asesinadas en Treblinko! Saksenhausen, campamento de exterminio, era palabra conocida en cualquier idioma por haberse escrito allí uno de los capítulos más tenebrosos de la historia del imperialismo alemán, historia saturada de horrendos crímenes. Por este campamento pasaron más de 200,000 personas; cada segundo una de ellas era fusilada, apaleada hasta su muerte o asesinada en la cámara de gases. En Saksenhausen había horcas fijas y trasportables, aparatos especiales para fusilamiento en masa, cámara de gases y crematorios para cadáveres. Los prisioneros eran objeto de espantosos experimentos: en personas vivas se probaban diferentes substancias químicas, nuevos gases, balas envenenadas y reacciones de nuevos medicamentos. A los prisioneros se les obligaba a trabajar de 12 a 14 horas en la industria de guerra sin recibir siquiera un mínimo de alimentación. Aprovechando estas circunstancias, los consorcios de guerra de la Alemania nazifascista recibieron en los años de la segunda contienda mundial grandes utilidades. Parte de estos consorcios existen hoy día en la República Federal Alemana y producen en la actualidad lo mismo: armas y mortíferos productos químicos.

En las fábricas de muerte, los hitlerianos hacían pantallas de la piel de personas asesinadas, de cabezas humanas disecadas, figurillas, y rellenaban colchones con los cabellos de las mujeres. Los "científicos" hitlerianos practicaban, además, experimentos de esterilización humana.

Pero, en los días más difíciles de aquella etapa, las masas populares, los patriotas, tenían fe en que la causa de la justicia triunfaría y que los fascistas serían expulsados y derrotados. Esperaban que sobrevendría un viraje. Y, al fin, el viraje llegó.

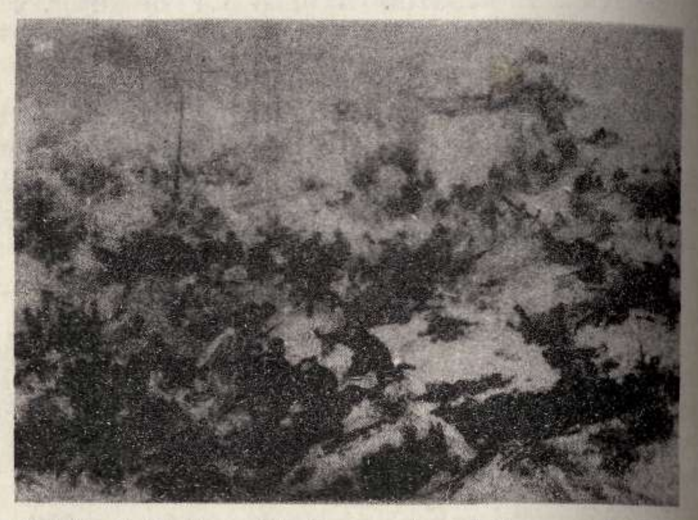
Las operaciones de guerra de las Fuerzas Armadas soviéticas tuvieron una importancia decisiva en el curso de los acontecimientos. Los combates en el período inicial de la Guerra Patria minaron considerablemente el potencial de las fuerzas nazifascistas. Las tropas soviéticas infligieron incalculable daño al material bélico del adversario, que lanzó enorme cantidad de soldados y oficiales al aniquilamiento más completo en el absurdo intento por derrotar a la URSS.

El ejército hitleriano perdió definitivamente la ventaja que poseía en la primera fase de la guerra. Perdió, en particular, su superioridad de otros tiempos en lo que respecta al material, uno de los factores de mayor consideración en el éxito de los invasores en los primeros días de la guerra. Los obreros, técnicos, ingenieros y diseñadores, pertrecharon al Ejército soviético de armamento de primer orden y en las cantidades necesarias. Hasta entonces los nazis combatían contra tropas inexpertas, ahora tenían que enfrentarse a un ejército enriquecido por la experiencia, que había demostrado valentía, heroísmo e intrepidez sorprendentes.

El 19 de noviembre de 1942, las tropas soviéticas, de acuerdo con el plan del Mando Supremo de las Fuerzas Armadas, emprendieron la contraofensiva en el sector de Stalingrado. Esa ofensiva, inesperada e impetuosa de las tropas soviéticas, bien pronto culminó en el cerco completo de las unidades enemigas y la derrota de las que cubrían sus flancos. El 23 de noviembre, en la zona de Kalach, quedó cerrado el anillo alrededor de las huestes alemanas copadas, compuestas de 22 divisiones, con efectivos de más de 300,000 hombres.

La noticia de la ofensiva del Ejército soviético fue acogida con indescriptible regocijo por los so-

viéticos. Uno de los periódicos editados en el frente, escribía: "Aún ayer, apretando los dientes, nos decíamos ¡Ni un paso atrás! Hoy, la Patria nos ordena: ¡Adelante! ¡Al ataque! ¡Qué podría proporcionar más alegría a los que han conocido el sabor de la defensa!"



"La Batalla de Stalingrado". Fragmento del diagrama de los pintores A. Gorpenko, P. Shiguimonto y N. Andriyaka.

Todas las tentativas de los hitlerianos por salvar a las tropas cercadas fracasaron. Después del 10 de enero, cuando se negaron a rendirse, comenzó el aniquilamiento definitivo de los nazifascistas en Stalingrado.

El 26 de enero el enemigo fue dividido en dos partes. Al cabo de unos días, liquidado el grupo Sur, la embestida se dirigió hacia el grupo Norte, terminando el 2 de febrero la histórica batalla de Stalingrado con el aplastamiento total de las fuerzas nazifascis-

tas. Durante esta operación, el Ejército soviético aniquiló y capturó cuatro Cuerpos de Ejército, dos Cuerpor de Tanques y otras unidades. En el campo de batalla quedaron 147,200 soldados y oficiales alemanes muertos, y 91,000 prisioneros, entre los cuales, 2,500 oficiales y 24 generales, con el mariscal von Paulus, a la cabeza.

Fue el mayor desastre experimentado por el ejército nazi, jamás visto en la historia de la guerra. En los combates por Stalingrado los alemanes perdieron 66 divisiones, o sea, la cuarta parte de las fuerzas que actuaban entonces en el frente soviético. "Stalingrado —dijo Stalin— fue el ocaso del ejército nazifascista. Después del sangriento combate, como se sabe, los alemanes no pudieron ya rehacerse".

La historia de las guerras conoce muchas grandes batallas y combates, pero una semejante no se había visto jamás. La batalla de Stalingrado es una de las páginas más brillantes en la historia del arte militar.

Se convirtió en el símbolo de la victoria. Creó una base sólida para los éxitos posteriores del Ejército soviético. Vanas fueron las esperanzas que cifraban los enemigos al suponer que las tropas soviéticas, inmovilizadas en los combates por Stalingrado, no podrían emprender ataques en otros sectores del frente. En el invierno de 1942, las fuerzas armadas soviéticas tomaron la iniciativa hasta la terminación de la guerra. En febrero y marzo de 1943, desarrollando con éxito la ofensiva iniciada en Stalingrado, se obtuvieron otros resonantes triunfos. El enemigo, durante la campaña de invierno, sufrió la más vergonzosa derrota en Stalingrado, pero también fue abatido en el Cáucaso Septentrional, en el Kubán, en el río Don y en la ciudad de Voronez. Durante cuatro meses y veinte días de la ofensiva de invierno, el

Ejército soviético, en dificilísimas condiciones meteorológicas, progresó en dirección Oeste, en algunos sectores hasta 600 y 700 kilómetros, siendo liberado un enorme territorio de 48,000 kilómetros cuadrados.



Filas de soldados prisioneros del Ejército nazi-facista en una de las calles de Moscú.

Millones de personas en los más alejados rincones del globo recibieron con gran entusiasmo la noticia del triunfo en Stalingrado y felicitaban al pueblo soviético y a su ejército por tan extraordinaria victoria. Las consecuencias de esa batalla rebasaron los límites del frente soviético-germano y modificaron toda la marcha ulterior de la guerra. El triunfo en Stalingrado influyó sobremanera en el escenario de las relaciones internacionales. Inclinó decididamente el fiel de la balanza a favor de la coalición antihitleriana, provocando una crisis profunda en el bloque fascista. Los cómplices de la pandilla de Hitler comenzaron a mirar con espanto en derredor, buscando salvación.

La batalla de Stalingrado minó la autoridad de la Alemania nazi también en los llamados países neutrales (Suecia, Suiza, etc.) debilitando las relaciones políticas y comerciales de ellos con las del bloque fascista.

Una de las consecuencias importantes de carácter internacional de esa victoria fue el ascenso de la lucha nacional liberadora de los pueblos contra la tiranía fascista. Influenciado por la histórica batalla, el movimiento de Resistencia en los países ocupados acusó igualmente un viraje. Los patriotas de la Resistencia respondieron ampliando y reforzando la lucha contra el agresor. El movimiento liberador antifascista se convertía paulatinamente en un movimiento de masas. A la par que aumentaba el número de los participantes en la Resistencia, las formas de oposición al enemigo se hacían más variadas. Si, anteriormente, la Resistencia concentraba sus fuerzas; en el período del viraje radical se caracterizó por las intervenciones organizadas del frente antifascista. En Francia, en 1943, los patriotas llevaron a cabo unos 2,000 actos de sabotaje en los ferrocarriles. El Ejército Popular de Liberación yugoslavo asestó al enemigo en 1943 una serie de recios golpes. Los patriotas polacos, albaneses y griegos, escribieron proezas admirables. En 1943, la Resistencia en los países ocupados por los japoneses obtuvieron también grandes éxitos. Ese año, el octavo y el nuevo cuarto Ejército y las guerrillas antiniponas, dirigidos todos por el Partido Comunista de China, inspirados en el triunfo de las Fuerzas Armadas de la URSS, entablaron en amplio frente una enconada lucha contra el enemigo. Al mismo tiempo, los ejércitos de liberación nacional de Malaya, Vietnam, Birmania, Indonesia y Tailandia, desenvolvieron una gran actividad.

Pero la cosa no se limitaba únicamente al aumento del movimiento de liberación nacional en los países sojuzgados por la bota alemana o nipona. Los indicios de descontento con la política fascista se revelaban con mayor evidencia en los propios territorios del bloque hitleriano, incluso en la propia Alemania.

En los años del viraje radical, la organización y las tareas programáticas del movimiento de la Resistencia cambiaron esencialmente. Ya, en los primeros años de la guerra, era indudable que la lucha de los pueblos contra los intervencionistas extranjeros se fusionaría con la lucha por las libertades democráticas, es decir, contra todos los explotadores.

¿Qué finalidad perseguían los combatientes de la Resistencia? Su principal objetivo era liquidar el yugo de los imperialistas Alemán, Italiano y Japonés. Pero éstos no eran todos los cometidos del movimiento emancipador de los pueblos contra el fascismo. La Resistencia combatía contra el dominio extranjero y contra sus agentes en el interior, contra "sus" fascistas y colaboracionistas, puntales del "nuevo orden". Estos agentes encarnaban los intereses de los grandes capitalistas y latifundistas, que amasaban en la guerra enormes capitales a costa de la sangre del pueblo.

En consecuencia, al luchar contra los lacayos del fascismo, contra la dictadura fascista local, los combatientes de la Resistencia peleaban también contra las clases explotadoras, contra los regímenes burgués-latifundistas, luchando por una nueva vida, por transformaciones radicales en la estructura política y económica de sus respectivos países.

De tal forma, la Resistencia tuvo un carácter no sólo de liberación nacional, es decir, que no se dirigía

exclusivamente contra los invasores sino que al mismo tiempo era una lucha social, revolucionaria, de clases, contra los explotadores.

¿Quién participaba en esta lucha, qué clases formaban la base del movimiento de liberación nacional?

En primer lugar, la clase obrera, la clase más avanzada de la sociedad humana. Los campesinos desempeñaban igualmente un papel decisivo en este movimiento, ya que se encontraban sometidos a los latifundistas propios y extranjeros. La pequeña y una parte de la burguesía media, cuyos intereses estaban amenazados por el gran capital foráneo, participaban asimismo en la Resistencia. De ese modo se constituyó la extensa plataforma antifascista que unió a capas considerables de la población.

La clase obrera, encabezada por los comunistas, los más abnegados patriotas, desempeñó el papel dirigente en el movimiento de la Resistencia. Miles, centenares de miles de comunistas inmolaron sus vidas en aras de la lucha contra los agresores fascistas. No existe ni un país, ni un pueblo, que no se enorgullezca de las hazañas de los patriotas comunistas, los que hicieron siempre derroche de valor en la lucha por la libertad. El nombre de Gabriel Peri, héroe nacional de Francia, uno de los organizadores de la Resistencia, vivirá por los siglos en los corazones de los patriotas franceses. Julius Fucik, luchador aguerrido contra el fascismo en Checoslovaquia, dedicó toda su vida a pelear por el futuro luminoso de la humanidad, por la paz y la amistad.

La victoria de las tropas soviéticas en Stalingrado despertó el movimiento de liberación nacional en los países sometidos al fascismo y amplió el ámbito de solidaridad con la Unión Soviética en los Estados

Unidos, Inglaterra y otras naciones integrantes de la coalición antihitleriana.

La organización de diferentes exposiciones dedicadas a la URSS y la constitución de nuevos comités de amistad, señalaban el incremento de las simpatías de las masas hacia aquel país. A inicitiva del Frente Nacional Antifascista de Cuba, del 4 al 19 de diciembre de 1943 tuvo lugar en La Habana la exposición "La Unión Soviética en la paz y en la guerra". Durante dos semanas la visitaron más de 66,000 personas que contribuyeron a la colecta con destino a la noble causa de la libertad. Las películas y las conferencias pronunciadas sirvieron para ilustrar correctamente acerca de la vida en la URSS. Muchos cubanos reconocieron que aquella exposición fue para ellos una verdadera revolución en sus concepciones sobre aquel Estado.

Más o menos en estas fechas, en Colombia se constituyó la "Sociedad de la Cruz Roja de la URSS", y el "Instituto Soviético-Colombiano de Relaciones Culturales". Los obreros de muchas empresas de Estados Unidos e Inglaterra montaban la guardia de trabajo con el fin de aumentar la producción de guerra que debía ser enviada a la Unión Soviética.

La opinión pública mundial consideraba que la derrota de los hitlerianos propiciaba condiciones favorables para abrir el segundo frente. Los trabajadores ingleses, en muchos mítines adoptaban resoluciones exigiendo que Churchill abandonara sus vacilaciones y comenzara la ofensiva de Occidente.

Las gentes sencillas de los EE. UU., Inglaterra y otros países, estaban persuadidas de que el triunfo de Stalingrado lo obtuvo el pueblo soviético a costa de enormes sacrificios. Por ello, en 1943, diferentes organizaciones desplegaron gran actividad en la re-

caudación de dinero para el fondo de reconstrucción de aquella ciudad. Los trabajadores entregaban sus modestas aportaciones para cooperar con los soviéticos a cicatrizar las graves heridas sufridas en la guerra. La recaudación de fondos testimoniaba admirablemente el internacionalismo de los trabajadores y la creciente unidad de los pueblos.

¿Qué posición adoptaron ante tan notable acontecimiento los estadistas de las potencias capitalistas de la coalición antihitleriana?

En 1943, la situación para el desembarco en Europa era tan propicia que los propios caudillos nazis esperaban una invasión en cualquier momento. El mariscal alemán Rundstedt, después de la guerra, en conversación con un historiador militar inglés, dijo: "Esperaba la irrupción en ese momento... Para mí era claro que ustedes aprovecharían que las tropas alemanas en Occidente se encontraban dispersas en un frente muy amplio". En marzo, Goebbels, jefe de la propaganda nazifascista, después de cambiar impresiones con su compinche Goering, jefe de la aviación alemana, escribió: "El (Goering) también está intranquilo por hasta qué punto tuvimos la necesidad de quitar fuerzas de Occidente para estabilizar el frente oriental. Es terrible imaginarse lo que puede acaecer si los ingleses y americanos emprenden inopinadamente la irrupción". Pero los gobernantes ingleses y norteamericanos no lo hicieron.

El mando anglo-norteamericano, lejos de iniciar el ataque, lejos de abrir un nuevo teatro de operaciones, redujo o cesó las operaciones que había comenzado. Así, en Africa Septentrional, luego de las exitosas acciones en la zona de Marruecos y Argelia, los aliados frenaron bruscamente su ofensiva en Túnez y bien pronto la suspendieron por completo. Em-

pezó una prolongada tregua operativa. ¿Cómo se podía calificar esta pausa que respondía al sólo deseo de alargar la guerra?

Los equipos gobernantes de los EE. UU. e Inglaterra, para justificar de alguna manera ante la opinión pública mundial su pasividad, convocaron a principios de 1943 una Conferencia en Casablanca que, como se anunció, se proponía elaborar planes para atacar al enemigo por tierra, aire y mar. La entrevista de Roosevelt y Churchill, en Casablanca, del 14 al 23 de enero de 1943, patentizó, sin embargo, que los medios gobernantes estadounidenses y británicos aplazaban nuevamente la organización de operaciones que habrían de asestar el golpe de gracia al bloque fascista. La Conferencia dejó sin resolver el problema de la invasión aliada en Europa por la Mancha en 1943, y adoptó el denominado "Plan Husky", de invasión a Sicilia. Muchos de los participantes de la Conferencia consideraban a Sicilia como cabeza de puente para el salto en dirección Este, hacia los Balcanes.

Roosevelt y Churchill no se atrevieron a consignar que el segundo frente no se abriría en 1943. Mas aún, durante medio año, el Gobierno soviético desconoció completamente esta decisión. Los líderes ingleses y norteamericanos, en su correspondencia con Stalin, pretendían hacer creer que el frente sería abierto ese año, lo cual era una flagrante mentira.

Al clausurarse la Conferencia de Casablanca, se publicó la declaración anglo-norteamericana que constataba la decisión irrevocable de los aliados en brindar ayuda a la URSS. A pesar de que transcurría el tiempo, en Europa no se vislumbraban grandes acciones de guerra. Sólo a mediados de mayo de 1943, las tropas norteamericanas e inglesas remataron, al fin, los combates en el Africa Septentrional.

Las unidades estadounidenses y británicas, al terminar las operaciones de limpieza en el Norte de África contra las tropas germano-italianas, en la forma prescripta por la Conferencia de Casablanca, desembarcaron en Sicilia el 10 de julio. Muchos peritos militares reconocen que el objetivo escogido para la nueva operación de los aliados, bajo el punto de vista militar resultaba erróneo. Efectivamente, bastaría con echar un vistazo al mapa para haber elegido con mejor sentido a Cerdeña como punto de partida para las operaciones de desembarco, pues poseía buenos aeródromos y base naval. A su vez, en el continente hubiera sido estratégica la región de Italia Central. No obstante, los anglo-norteamericanos desembarcaron en Sicilia. La guarnición de la isla no ofreció resistencia seria y en su mayor parte fue hecha prisionera. Las dos divisiones alemanas, acuarteladas en la isla, no sufrieron casi bajas y pudieron evacuar sin dificultad. La operación de Sicilia duró 38 días.

Durante esa ofensiva, los aliados no entablaron ni un solo combate de importancia. Un corresponsal británico, testigo de las operaciones en Sicilia, las describe así. "Nuestra táctica de persecución parecía semejarse al intento de matar a una lagartija muy ágil con un enorme martillo, que desaparece apenas lo levantamos. Las pérdidas de los alemanes en esta guerra eran insignificantes".

El 18 de agosto, Sicilia era definitivamente limpiada de tropas fascistas. El Mando aliado se dispuso entonces para el desembarco en la península de los Apeninos (Italia).

Pero, no eran los acontecimientos en ese teatro de operaciones los que atraían la atención del mundo, sino las nuevas y encarnizadas batallas que volvían a entablarse en los campos de combate de la Unión

Soviética. En aquel verano de 1943, los hitlerianos, pese a la derrota y a las enormes pérdidas sufridas en la campaña de invierno, decidieron iniciar otra ofensiva, esta vez en la región de Kursk (Rusia Central), donde se había formado durante la ofensiva soviética de invierno un saliente, en el que se encontraba gran número de tropas. Los nazis pensaban encerrarlas en un bolsón para luego liquidarlas, desquitándose así la derrota de Stalingrado.

El Mando alemán se preparaba minuciosamente para esta ofensiva que, según su opinión, debería cambiar el curso de la guerra a su favor. "Esta ofensiva tiene la importancia —indicaba Hitler en una orden, el 15 de abril de 1943— de que nos debe dar la iniciativa para la primavera y el verano. Por esta razón, todos los preparativos deben realizarse con gran cuidado y energía. En las zonas de ataque principal deben ser empleadas grandes unidades selectas, el mejor armamento, oficialidad escogida y la mayor cantidad de municiones. Todo jefe, todo soldado, debe compenetrarse con el alcance trascendental de esta ofensiva".

El 5 de julio, al amancer, comenzó la nueva ofensiva de verano de los nazis. Pero a diferencia de las operaciones de los años 1941 y 1942, el Mando hitleriano empezó su ataque en un estrecho sector del frente, desde el mar de Barentz hasta el mar Negro. En la anterior ocasión la embestida se desarrolló en dirección Sur, en un frente de 600 kilómetros. Ahora, los alemanes la emprendían en un frente de unas cuantas decenas de kilómetros y en dos direcciones: desde el Sur de Orel se atacó a Kursk, por el Norte, y desde la región de Belgorod, se avanzó también hacia Kursk, al Sur.

Al lanzarse contra las defensas soviéticas, las tropas germanas chocaron con la firmeza inquebran-

table de aquellas tropas. En el saliente de Kursk se entablaron tremendas batallas de tanques, desconocidas aún en la historia de las guerras. Miles de tanques tomaron parte en estos combates. Todos los esfuerzos por romper la defensa soviética y organizar un "Stalingrado alemán" fracasaron ruidosamente.

El 12 de julio, una semana después de iniciarse la ofensiva, el Ejército soviético, habiendo desgastado al enemigo en los combates defensivos, pasó resueltamente a la contraofensiva que bien pronto rompió la resistencia del enemigo. El 5 de agosto los ejércitos soviéticos liberaron a Orel y a Belgorod, ciudades importantes de la Rusia Central, y el 23 fue reconsquistada Jarkov, centro vital de Ucrania.

En las grandiosas batallas de Kursk y Orel, el Ejército Soviético aniquiló cerca de 30 divisiones alemanas. A consecuencia de las bajas sufridas por los hitlerianos, la correlación de fuerzas en este frente cambió aún más a favor de la Unión Soviética, lo que posibilitó a sus Fuerzas Armadas desenvolver una ofensiva general en muchos sectores. En la batalla de Kursk se demostró una vez más la superioridad estratégica soviética en comparación con la nazi.

Si la batalla de Stalingrado auguró el ocaso del ejército nazifascista y marcó el principio del viraje radical, la batalla de Kursk colocó al ejército hitleriano al borde de la catástrofe. En esa batalla se malogró el último intento del enemigo por llevar a cabo una gran ofensiva con el propósito de compensar lo perdido. El mando hitleriano, a causa de la nueva gran derrota en el frente soviético, se vio obligado a renunciar para siempre a la táctica ofensiva y pasar a la defensiva.

Ya los hitlerianos no pensaban culminar la guerra con nuevas operaciones ofensivas, se limitaban a

soñar con retener algo de lo que habían conquistado en los primeros años de la guerra.

En los libros de la Alemania Occidental y norteamericanos dedicados a la segunda guerra mundial, los generales hitlerianos y los escritores burgueses pretenden "demostrar" que el ejército alemán pudo haber derrotado a las tropas soviéticas en Kursk, si no hubiera sido por la terquedad de Hitler, por su ignorancia en materia de estrategia militar; que la principal causa de la derrota estriba en que Hitler no dio su consentimiento para sacar las necesarias tropas de Occidente que debieron emprender la ofensiva en el frente soviético a comienzos de la primavera de 1943. Nadie, desde luego, tratará de poner en duda la ignorancia de Hitler en la esfera de la estrategia militar, pero a los generales nazistas se les puede recordar su servilismo en los años de la guerra y en los panegíricos que con tanto agrado entonaban a su Jefe Supremo.

Afirmar que la batalla de Kursk pudo haber llevado a la victoria a los hitlerianos en el caso de que hubieran logrado trasladar tropas de Occidente, es completamente falso, pues resulta que sólo de enero a agosto de 1943 los alemanes llevaron al frente germano-soviético 30 divisiones nuevas, sin que ese refuerzo les sirviera de nada. Por lo visto ahí no estaba tampoco el quid de la cuestión.

El ejército alemán estaba tan desgastado por aquella época que, inclusive, de trasladar intensivamente las divisiones de Occidente no hubiera podido lograr superioridad. El Ejército soviético y su pericia combativa crecieron de tal forma, que el Mando pudo concentrar en el saliente de Kursk grandes reservas estratégicas sin peligro, ya que no había nada que pudiera impedir la decisiva derrota del enemigo.

Las Fuerzas Armadas de la URSS avanzaron victoriosamente tras haber obtenido rotundos triunfos en Kursk, Orel y Belgorod. Y en la campaña de verano y otoño de 1943, hizo retroceder a los nazis de 300 a 600 kilómetros al Oeste, liberando de la esclavitud a millones de soviéticos. En un frente de 1,200 kilómetros, desde la desembocadura del río Beresina hasta el mar Negro, el enemigo fue arrojado más allá del Dnieper, en cuya orilla derecha se estableció una extensa cabeza de puente.



"En el saliente de Kursk". Tanques soviéticos entablan combate. 1943.

La formidable ofensiva soviética de aquel verano de 1943 empeoró bruscamente la situación militar y política, económica e internacional del bloque fascista. La tan cacareada alianza entre Alemania e Italia, el llamado "bloque férreo", a la postre resultó debilitado, abriéndose en el mismo una profunda grieta.

A pesar de todos los esfuerzos de los nazis por retener a Italia unida al carro fascista, nada ya podía frenar los acontecimientos que se avecinaban. El 24

de julio de 1943, la sesión del Consejo Fascista Extraordinario emitió el voto de desconfianza contra el dictador Mussolini. Al día siguiente, el rey le propuso presentar su renuncia, comunicándole que el mariscal Badoglio le sucedería como jefe de gobierno. Hasta el propio rey, que durante más de 20 años había apoyado a Mussolini, se vio obligado a decirle: "Hoy día es usted la persona más aborrecida de Italia". La noticia de su dimisión hizo el efecto de un rayo. Después de la audiencia real, Mussolini fue encarcelado. Así llegó a su fin el régimen fascista del verdugo del pueblo italiano.

¿Cuáles fueron las causas que provocaron estos acontecimientos? ¿Se deben, acaso, a la iniciativa de algunos políticos italianos descontentos con el gobierno de Mussolini, o a motivos más profundos? El derrocamiento de la dictadura de Mussolini se explica por un proceso mucho más complicado y no es el resultado de una simple resolución palaciega.

Fue el pueblo italiano quien desempeñó el papel determinante en los acontecimientos y quien derrocó la dictadura de Mussolini.

Al comenzar la guerra, hubo en Italia manifestaciones antifascistas, antibélicas, aisladas, que se intensificaron en los años 1942 y 1943. El pueblo exigía cada vez con mayor insistencia la salida de Italia de la guerra. En octubre y noviembre de 1942, en la ciudad de Turín, gracias a la actividad del Partido Comunista y de otras fuerzas democráticas, se creó el Comité del Frente Nacional, formado por representantes de los partidos antifascistas. En todo el país comenzó entonces un amplio movimiento huelguístico que llegó al máximo en marzo de 1943. El descontento contra el régimen de Mussolini era general.

En la primera mitad de ese año toda Italia estaba en efervescencia. En los refugios, en las casas, en los

vagones de ferrocarril, en todas partes se hablaba de que la guerra estaba perdida; por doquier los italianos maldecían a los que la habían tramado. El movimiento de Resistencia adquiría nuevas formas y engrosaba sus filas con nuevos combatientes. Todo esto agudizó el clima político, siendo el movimiento antifascista el factor más considerable que predeterminó el desplome del régimen de Mussolini.

La situación económica empeoró en la primavera de 1943. La industria italiana no podía asegurar ya la continuación de la guerra, puesto que no disponía de base de materias primas necesarias ni carbón, dependiendo para ello íntegramente de Alemania. Los precios subían incesantemente, las reservas de víveres disminuían catastróficamente.

El ejército italiano atravesaba una seria crisis. En el curso de tres años de la participación de Italia en la segunda guerra mundial, sus tropas emprendieron operaciones punitivas en diferentes países de Europa y Africa. Lo injusto y agresivo de la guerra por parte de Italia y su débil preparación económica, fueron los motivos por los cuales las tropas italianas sufrían derrotas y más derrotas. En los primeros años de la contienda Italia perdió todos sus dominios de Africa. En el frente soviético-germano fue aplastado todo un ejército italiano integrado por 10 divisiones. La situación militar y política se agravó también con el desembarco de las tropas anglo-norteamericanas en Sicilia.

La Alemania hitleriana, cuyas fuerzas estaban luchando en Oriente, no tenía posibilidad de ofrecer su ayuda eficaz a los gobernantes de Italia. Esto salió a relucir en una de las entrevistas de los dos caudillos fascistas, Hitler y Mussolini, en el verano de 1943, cuando el führer alemán le echó en cara a su colega la derrota de las tropas italianas. Con la ca-

beza gacha, Mussolini oía en silencio los reproches de Hitler. A pesar de que éste se negó rotundamente a prestar ayuda a las tropas italianas, Mussolini continuó aferrándose a la alianza con Alemania, como el náufrago a una tabla.

El factor determinante que llevó al derrumbe del régimen fascista en Italia y a la salida de este país del bloque, fue la ofensiva de las Fuerzas Armadas soviéticas en el verano de 1943. Para toda persona que entienda un poco de política, está claro que los golpes de las tropas soviéticas eran asestados al pecho, a la cabeza, al propio corazón y al cerebro del monstruo fascista. Si en el verano de 1943 la mano izquierda estaba paralizada, esto significaba que la cabeza estaba herida. Porque Hitler fue vencido en el teatro de operaciones soviético, porque las tropas soviéticas desbarataron los planes del Mando hitleriano, fue que la suerte del régimen fascista italiano quedó predeterminada.

¿Qué ocurrió en Italia después de la caída del régimen de Mussolini? El nuevo gobierno de Badoglio no rompió enseguida con Alemania ni salió de la guerra. Durante cierto tiempo negoció secretamente con los representantes del Mando anglo-norteamericano, tratando de llegar a un armisticio en condiciones favorables. El 3 de septiembre de 1943, un representante de Badoglio firmó el armisticio y el 13 de octubre, el gobierno italiano, al fin, declaró la guerra a Alemania. Simultáneamente se publicó una declaración en la que la URSS, Estados Unidos e Inglaterra, aceptaban la colaboración de Italia en calidad de cobeligerante.

El mismo día de la firma del armisticio, o sea el 3 de septiembre, comenzó el desembarco de las tropas aliadas en Calabria, Italia Meridional. A despe-

cho de que las tropas anglo-norteamericanas se enfrentaron solamente con 10 divisiones alemanas, avanzaban en dirección Norte muy lentamente. Los obstáculos más mínimos detenían a los aliados semanas y a veces meses enteros. Empleaban la artillería, que disponía de gran cantidad de proyectiles, haciendo fuego por ráfaga y con mala puntería horas seguidas sobre poblados y colinas, y no cesando de tirar aún cuando los campesinos llegados de la zona batida aseguraban que el enemigo había evacuado esos lugares.

¿Cómo explicar esta modalidad de combate por parte del Mando anglo-norteamericano? ¿Acaso los soldados aliados que desembarcaron en Italia eran cobardes, tenían miedo? Claro que no. Esa modalidad de lucha se explica, en parte, por los errores de táctica cometidos muy frecuentemente por el Estado Mayor aliado en Italia. Pero la causa fundamental residía en la línea política que los medios gobernantes ingleses y estadounidenses procuraban mantener en Italia. ¿De qué línea política se trataba? La misión principal de la política de Inglaterra y de Estados Unidos en Italia, consistía en conservar la monarquía, el régimen capitalista, sostener el aparato político y social que existía durante el fascismo y aplastar el movimiento de liberación nacional. Partiendo de estos cometidos esenciales, la propaganda inglesa y norteamericana tendía a hacer recaer la responsabilidad por la catástrofe militar italiana sobre una sola persona: Mussolini. Churchill proponía, inclusive, lanzar sobre el país hojas volantes donde se afirmase que "sólo una persona, Mussolini, es el culpable de vuestros sufrimientos". Pero, ¿realmente era así? ¿Sólo Mussolini fue el responsable de que Italia se encontrara en un callejón sin salida? ¿Quizá Mussolini no se apoyaba en la oligarquía gober-

nante italiana, en los banqueros, capitalistas, latifundistas y aristócratas? ¿Tal vez el régimen fascista italiano no fue respaldado por el imperialismo internacional? ¿Es que no era hechura del régimen capitalista?

De la catástrofe que experimentó el Estado italiano en los años de la segunda guerra mundial era culpable no solamente Mussolini, sino también todos los que habían propiciado su dictadura fascista. Lo mejor del pueblo italiano —sus patriotas—, que con las armas en la mano luchaban contra los ocupantes y contra los fascistas internos, sabía muy bien quiénes eran los responsables. Luchaban por el establecimiento de un régimen verdaderamente democrático y libre de las cadenas del fascismo, por el Estado de los trabajadores italianos, sin imperialistas alemanes ni monopolios yanquis e ingleses. Y esto es lo que más pavor infundía a los círculos gobernantes ingleses y estadounidenses que, desde luego, querían que de Italia se marchasen los imperialistas alemanes para ocupar ellos su lugar. No es casual que en los organismos administrativos aliados de ocupación se encontraran muchos agentes de los monopolios yanquis e ingleses, que alargaban sus tentáculos al corazón de la economía italiana; que pretendían enredarla con nuevos lazos de dependencia, pero esta vez a los Estados Unidos e Inglaterra.

En Sicilia, el responsable de la sección de finanzas del cuerpo administrativo de ocupación era un coronel inglés que antes de la guerra desempeñaba en un banco el cargo de experto en asuntos de finanzas europeas. Otro cargo no menos importante lo ocupaba el ex director del "Lloyd Bank" y director de la firma comercial "Marx Spencer". El teniente coronel Harris, empleado del mismo cuerpo administrativo, era ex director en jefe de la compañía

de ferrocarriles "Great Southern and Western Railways". El coronel americano Poletti, funcionario de alta categoría de la administración aliada, trataba de supeditar la economía italiana a la exportación norteamericana de materias primas para la industria metalúrgica, química y textil y proponía, para lucro de los monopolios yanquis, aprovecharse de la falta de carbón de piedra en el país.

Desde los primeros días de la ocupación anglo-norteamericana, se organizó una exportación sistemática de materias primas italianas escasas, de maquinaria costosa, requisando las empresas cuya producción podría en el futuro competir con la yanqui o la inglesa. Además, practicaban ampliamente la compra, a precios muy bajos, por intermedio de testaferros, de acciones de las empresas de mayor interés para el capital estadounidense e inglés. Las autoridades anglo-norteamericanas prestaban gran atención al abastecimiento de víveres como un medio de impresionar y ejercer su influencia sobre las grandes masas de trabajadores de Italia. El Secretario de Agricultura de los EE. UU. lo declaró abiertamente en 1944, al proponer el suministro de víveres para contrarrestar el peligro de conmociones revolucionarias en Europa.

A despecho de que los EE. UU. e Inglaterra ejercían conjuntamente sus funciones de autoridades de ocupación, entre ellas surgía la rivalidad por ver cuál se apoderaría de la economía italiana; cuál establecería su predominio. La lucha continuaba todavía contra los hitlerianos, pero así y todo en el problema del petróleo chocaron los intereses de los trusts yanquis "Standard Oil of New Jersey", "Soconi Vacuum", "Caltex Oil Company", por un lado, y el trust inglés "Shell", por otro. En aquella época, los dos grupos aprovechaban la situación embarazosa

de las compañías anónimas italianas y por medio de sus testaferros compraban sus acciones. La naturaleza rapaz del imperialismo se revelaba una vez más. Mientras que los soldados de los ejércitos aliados inmolaban su vida en aras de la salvación de la humanidad, por la liberación de Italia, los monopolistas procuraban saquear el Estado italiano, enriquecerse a costa de las desgracias y sufrimientos de aquel pueblo.

La política de los aliados no respondía a los intereses del pueblo italiano como se ha visto, estaba encaminada, por el contrario, a convertir a Italia en un país dependiente, de segundo orden. Como quiera que esto lo podían impedir los patriotas italianos, las autoridades anglo-norteamericanas desarrollaron la estrategia militar de combatirlos. Las tropas aliadas no se apresuraban a desalojar a los invasores alemanes de aquel territorio, con el fin de que éstos reprimieran las manifestaciones revolucionarias, sumamente activas en las regiones industriales del Norte. Las esferas anglo-norteamericanas aspiraban a que la matanza de los patriotas italianos fuera obra de los nazis. No en balde, Churchill, en una de sus cartas al Presidente Roosevelt, escribía que él contaba con el gobierno de Badoglio como fuerza capaz de impedir la "bolchevización" de Italia. En otra carta se expresaba su intranquilidad por el incremento de la lucha nacional liberadora en el país. "En un día —constataba muy afligido— literalmente Italia se transformó en roja. En Turín y Milán se llevaron a cabo manifestaciones comunistas que hubo que aplastar por la fuerza armada".

A pesar de ser derrocada la dictadura de Mussolini, el poder en Italia no pasó a manos del pueblo, pero su salida del bloque fascista tuvo un significado positivo ya que abría una nueva página en la histo-

ria del pueblo y del Estado italianos. Al fascismo se le asestó un golpe mortal. Era una formidable conquista del pueblo italiano, amante de la paz, que con las armas en la mano bregaba contra los fascistas y contra los invasores alemanes.

La derrota sufrida por la Alemania nazifascista y sus satélites durante el período del viraje radical en la segunda guerra mundial, colocó a todo el bloque al margen de una catástrofe inevitable. En estas circunstancias surgía la necesidad de un programa claro y concreto de la organización del mundo de la postguerra. El Gobierno soviético presentó tal programa en el otoño de 1943. ¿Qué es lo que estipulaba el programa soviético de organización del mundo de la postguerra? Postulaba: liberación de los pueblos de Europa de los invasores fascistas; coadyuvar a la restauración de sus Estados nacionales; conceder a los pueblos redimidos el pleno derecho y la libertad de resolver por sí solos el problema de su organización estatal; castigar severamente a los delincuentes de guerra; crear las condiciones indispensables para eliminar amenazas de una nueva agresión por parte de Alemania; asegurar una colaboración duradera económica, política y cultural de los pueblos de Europa.

Este programa respondía íntegramente a los intereses de los pueblos y fue aceptado con satisfacción en todos los países. La Unión Soviética se convertía, no sólo en la fuerza decisiva de la lucha contra la Alemania hitleriana, sino que su voz sonaba cada vez más resueltamente al decidir los problemas de la organización del mundo de la postguerra. Esto era natural, porque justamente los soviéticos, los combatientes soviéticos, hicieron el mayor aporte en la causa común de la lucha contra el fascismo mundial.

No es casual que en 1943, a consecuencia de las grandiosas batallas en el frente soviético-germano, tuviera lugar el viraje radical en la segunda guerra y que se convocara una serie de conferencias internacionales, en las que la URSS participó en forma muy activa.

Hay que señalar que los Estados de la coalición antihitleriana, antes de 1943, celebraron bastantes conferencias y conversaciones de diferentes tipos. Hubo muchas entrevistas entre los representantes de Inglaterra y los EE. UU., mas los soviéticos no eran frecuentemente invitados a estas conferencias bipartitas. Los gobernantes ingleses y estadounidenses suponían, por lo visto, que la URSS, a causa de las enormes pérdidas sufridas al terminar la guerra, estaría tan debilitada que no sería menester tomarla en cuenta. Empero, los éxitos soviéticos elevaron hasta tal punto su autoridad, que los gobernantes de aquellos países vieron a las claras que no se podía discutir, ni mucho menos decidir los importantes problemas de la vida internacional, sin participación de la Unión Soviética. Por eso, en 1943, todas las conferencias de la coalición antihitleriana eran tripartitas.

En el otoño de ese año tuvo lugar la Conferencia de Moscú de Ministros de Relaciones Exteriores de la URSS, Estados Unidos e Inglaterra, que discutió importantes asuntos relacionados con el curso de la guerra y con el período de la postguerra. A instancia de la Unión Soviética se planteó el problema de reducir el término de la guerra. A la delegación soviética le interesaba saber cuándo, por fin, abrirían los aliados el segundo frente en Europa. Pero las potencias occidentales no dieron tampoco esta vez ninguna respuesta concreta.

Los representantes de las potencias occidentales mostraban un interés particular por el futuro de los países de Europa Oriental e imponían a la Conferencia diversos planes sobre la institución de diferentes federaciones y confederaciones en esta zona. ¿A qué se debía este particular interés en los círculos gobernantes ingleses y estadounidenses por los países de Europa Oriental? ¿Tal vez a su preocupación por el destino de los pueblos de estos países? Desde luego que no. Es lo que menos les preocupaba. Es sabido que en vísperas de la segunda guerra mundial, cuando Alemania en alianza con Italia conducía en Europa Central y Oriental un acto de agresión tras otro, cuando los fascistas alemanes e italianos liquidaron la soberanía y la independencia de países europeos, como: Austria, Checoslovaquia, etc., los gobiernos de Inglaterra, Francia y EE. UU. nada hicieron por impedirlo. Más aún, alentaban a la agresión hitleriana, a despecho de que ésta amenazaba la propia existencia nacional de muchos pueblos y naciones de ese continente.

El particular interés que esos gobiernos manifestaban por los problemas de la Europa Oriental en los años del viraje radical, estaba en su intento de establecer en la parte Este un "cordón sanitario" contra la Unión Soviética, es decir, restablecer un sistema de alianzas políticas entre los pequeños Estados de Europa Oriental, que en caso apropiado les sirviera nuevamente contra la URSS. Es natural que la instauración de tal sistema hubiera sido posible únicamente en el caso de que en los países de la Europa del Este se mantuviera el régimen burgués-latifundista existente en la anteguerra, si gobernaran en ellos figuras políticas que sirvieran, no a los intereses del pueblo, sino a los intereses de los monopolios ingleses y yanquis. En la Conferencia de Moscú, el Gobierno soviético se declaró terminante-

mente contra semejantes planes, encaminados tanto contra los pueblos de Europa Oriental, como contra la Unión Soviética.

La Conferencia de Moscú dio a conocer una serie de importantes disposiciones. En la declaración sobre el problema de la seguridad fueron anunciados los principios fundamentales de la futura Organización de las Naciones Unidas. En el amplio sistema de colaboración y de seguridad mundiales, propuesto por la Conferencia de Moscú, deberían tomar parte todos los países amantes de la paz, grandes y pequeños.

La Conferencia de los tres Ministros publicó también la "Declaración sobre Italia", en la que se señalaba la necesidad de extirpar el fascismo y establecer un régimen democrático. Se indicaba que la declaración "no limitaba los derechos del pueblo italiano a elegir posteriormente su propia forma de gobierno". Luego, la Conferencia adoptó la "Declaración sobre Austria", en la que se afirmó solemnemente que se anulaba la anexión hecha por Alemania de ese territorio en 1938.

Fue también dada a conocer la declaración de los jefes de los tres Estados, "sobre la responsabilidad de los hitlerianos de las atrocidades cometidas", indicándose que los culpables y delincuentes de guerra deberían sufrir un castigo severo, que no escaparían a su responsabilidad, incluso si intentaran huir al fin del mundo. Esta declaración fue adoptada debido a que los fascistas habían cometido, y, continuaban haciéndolo, monstruosos crímenes en territorios ocupados, lo que provocaba la indignación y la ira de todos los pueblos amantes de la libertad. No obstante, los imperialistas yanquis e ingleses no deseaban cerrarse el camino para un arreglo con los hitlerianos, lo cual les representaba beneficios. Al-

gunos monopolistas yanquis supieron convertir las monstruosidades cometidas por los nazis en un "business". Las instalaciones para las cámaras de gas de las "fábricas de muerte" fascistas eran vendidas por las firmas alemanas ligadas estrechamente con los monopolios yanquis, con las que repartían el lucro. Los "carros de muerte" se fabricaban en las fábricas alemanas pertenecientes a Ford y a la "General Motors". El "Bank of Internacional Settlements" de Basilea, cuyo director era el banquero neoyorquino Tomás Mackitrik, compraba al Reich Bank alemán el oro robado por los hitlerianos y, además, los dientes de oro de las personas asesinadas en los campos de concentración.

Todos estos hechos testimonian que los monopolistas norteamericanos e ingleses también tienen sus manos empapadas en la sangre de las personas martirizadas por los nazifascistas.

La Conferencia de Moscú preparó las condiciones para la primera entrevista de los tres grandes, —de la URSS, Inglaterra y de los EE. UU.— celebrada en Teherán del 28 de noviembre al 1 de diciembre de 1943, en la que Stalin, Roosevelt y Churchill participaron como jefes de sus respectivas delegaciones. En la Conferencia de Teherán se prestó singular atención a los problemas de la guerra y se aprobó la importantísima decisión de abrir el segundo frente en Europa Occidental, en mayo de 1944. A instancia de la URSS se denegó el plan inglés de irrupción en los Balkanes, que perseguía el fin de establecer en los países de la Europa Sureste regímenes burgueses-latifundistas, capaces de poner en práctica una política antisoviética. Los gobiernos de los Estados Unidos e Inglaterra se comprometieron en Teherán a que el efectivo de las tropas de desembarco anglo-norteamericanas destinadas para la in-

vasión de Europa Occidental, fuera de un millón de hombres.

En la Declaración públicada después de la Conferencia de Teherán, los dirigentes de las tres potencias anunciaron que se había elaborado el plan de destrucción del poder militar germano y que "se había llegado a un completo acuerdo en lo que se refiere a la escala y plazos de las operaciones, que serían emprendidas en dirección Este, Oeste y Sur".

En dicha Conferencia se discutieron, asimismo, los problemas de la colaboración de postguerra y el afianzamiento de una paz duradera. En la declaración se acentuaba la necesidad de conservar unidad de acción. Los gobiernos de los tres países declararon que reconocían la alta responsabilidad que recaía sobre ellos y sobre todas las Naciones Unidas por la realización de la paz, con la aprobación de la aplastante mayoría de los pueblos de la tierra, encaminada a suprimir los horrores de la guerra.

Hubo intercambio de opiniones sobre el porvenir de Alemania. Era el problema más importante de la organización del mundo de postguerra. ¿Qué hacer con Alemania para que no se repitiera más su agresión contra la humanidad? Fueron expresados dos puntos de vista: los gobiernos de Estados Unidos e Inglaterra proponían el desmembramiento de Alemania en una serie de pequeños Estados, es decir, volver a la categoría en que se hallaba ese país hace 100 años. El punto de vista soviético consideraba necesario conservar la integridad del Estado alemán. Más de una vez, el Gobierno soviético, en el curso de la guerra, opinó que había que liquidar resueltamente la máquina militar hitleriana y el "nuevo orden nazifascista", pero conservar la unidad de la nación alemana. Ese mismo punto de vista fue expuesto en Teherán.

Mucho tiempo se discutió el problema polaco, sobre todo en lo que afectaba a las futuras fronteras. El gobierno soviético insistía en que las fronteras debían corresponder al principio etnográfico, es decir, que el territorio habitado por polacos entrara a formar parte del Estado polaco, y en el caso de las otras nacionalidades, a saber, ucranianos, bielorusos y lituanos, que constituyeran parte de los Estados vecinos correspondientes. Además, el Gobierno soviético estimaba que a Polonia se le debía devolver las áreas occidentales anexionadas por los invasores alemanes hacía centenares de años. A pesar de que la Conferencia de Teherán no tomó decisiones concretas en lo relativo al problema alemán y polaco, el intercambio de opiniones sobre éstas y otras cuestiones de política internacional jugaron sin duda alguna un papel positivo. El significado esencial de la Conferencia citada reside en que estableció la posibilidad de una colaboración ulterior entre los miembros de la coalición antihitleriana, y demostró que las esperanzas que cifraba la diplomacia fascista en la escisión de los aliados eran infundadas.

Tanto al ir como al regresar de Teherán, Churchill y Roosevelt sostuvieron conversaciones en El Cairo. La primera conferencia trató principalmente de las perspectivas de la campaña militar en el teatro de operaciones del Pacífico. ¿Qué situación había allí a fines de 1943? La derrota de los alemanes en Stalingrado significaba, no sólo el fracaso de los planes de Hitler, sino que era también un golpe aplastante a los cálculos de los medios gobernantes del Japón. La victoria del Ejército Soviético enterró todas las ilusiones de los guerreristas nipones de aprovechar la situación favorable en el frente soviético-germano para agredir a la URSS, conquistar sus territorios y luego, conjuntamente con Alemania, ata-

car a los EE. UU. e Inglaterra. Al perder la iniciativa estratégica en la ofensiva del Pacífico a consecuencia de que la mayor cantidad de tropas niponas estaban concentradas en el Noreste de China, el Japón se vio obligado a pasar a la defensiva en la dirección Sur. Desde fines de 1942, los nipones ya no desarrollaban operaciones ofensivas.

A partir de agosto de 1942 y hasta febrero del año siguiente, entre los nipones y los norteamericanos se entablaron combates por la posesión de Guadalcanal, una de las islas Salomón (Océano Pacífico). En febrero de 1943, los nipones, después de sufrir grandes bajas, evacuaron los restos de su guarnición allí. Operaciones de menor cuantía tenían lugar entonces en la isla de Nueva Guinea, donde en septiembre de 1943 los norteamericanos tomaron la ofensiva. La liberación de Nueva Guinea y las Salomón, se prolongó hasta septiembre de 1944. En el otoño de 1943, los EE. UU. comenzaron la ofensiva en la parte central del Océano Pacífico, habiendo desembarcado en noviembre en las Gilbert.

A pesar de la débil actividad de las tropas aliadas y chiangkaichistas, los nipones, ya en noviembre de 1943 comenzaron a convencerse del fracaso de sus planes estratégicos. Los éxitos occidentales en la primera etapa de la guerra no acercaron la victoria final, no transformaron la situación mundial. Como resultado de las victorias logradas, en primer término, por las tropas soviéticas, tuvo lugar el viraje que trajo por consecuencia que las fuerzas de la coalición antifascistas pasaran de la defensa a la ofensiva.

Mucha saliva se gastó en la Conferencia de El Cairo para discutir las perspectivas de las operaciones contra los nipones. Pero sus resultados fueron nulos. Esto se explica en parte, porque Chiang Kaishek no deseaba combatir contra los japoneses, ya

que quería emplear sus tropas contra los comunistas chinos, y por las contradicciones anglo-norteamericanas en lo que se refiere a la estrategia militar en el teatro de operaciones del Pacífico.

Lo único digno de mención de la Conferencia de El Cairo es la cláusula de la Declaración que subraya que los fines de la guerra antijaponesa "residen en privar al Japón de todas las islas del Pacífico, que fueron conquistadas u ocupadas hasta el comienzo de la primera guerra mundial del año 1914, y que todos los territorios anexionados, a saber: Manchuria, Formosa y las islas Pescadores, fueran devueltos a la República China". De tal forma, la isla de Taiwan (Formosa) fue reconocida como parte integrante de China. La Declaración preveía, igualmente, la independencia de Corea y la obligación de los tres Estados de "continuar emprendiendo operaciones serias y prolongadas, necesarias para asegurar la capitulación incondicional del Japón". Como lo demostraron los acontecimientos posteriores, los EE. UU. e Inglaterra aceptaron la declaración de El Cairo confiando en que Chiang Kai-shek sería el dictador de China en el período de la postguerra. Pero el heroico pueblo chino derribó la dictadura reaccionaria de aquél y el 1 de octubre de 1949 proclamaba en Pekín la República Popular de China. Por lo visto, tal viraje de los acontecimientos no ha sido del gusto de los gobernantes de los Estados Unidos, y por esto impiden por todos los medios que se restablezcan los derechos de la República Popular de China en la isla de Taiwan.

El año 1943, año del viraje en la segunda guerra mundial, tocaba a su fin. La coalición antifascista de los pueblos amantes de la paz logró magníficos éxitos: las históricas victorias del Ejército Soviético en Stalingrado, Kursk y Orel; la ofensiva de verano y

otoño de las tropas soviéticas; el triunfo de los aliados en el Africa septentrional, en Sicilia, Italia, todo lo cual inclinó decididamente el fiel de la balanza del lado de la coalición antihitleriana. El bloque nazifascista no pudo rehacerse de aquellos fracasos. Italia, uno de los integrantes principales del Eje, salió del mismo para adherirse a las Naciones Unidas. La colaboración combativa entre los pueblos de la coalición antifascista continuaba creciendo y fortaleciéndose. Ya se vislumbraba la victoria completa sobre los invasores.

V

DERROTA DEL FASCISMO EN EUROPA

LAS Naciones Unidas, habiendo arrancado de las manos del bloque fascista la iniciativa, preparaban a fines de 1943 y comienzos de 1944 nuevas y considerables operaciones ofensivas.

Al igual que antes, las Fuerzas Armadas soviéticas actuaban poderosamente. A pesar de que el Ejército Soviético infligió en 1943 grandes derrotas a los hitlerianos, éstos continuaban ocupando parte considerable de aquel territorio. Por eso, el cometido esencial a cumplir en 1944 consistía en depurar todo el territorio de la URSS de ocupantes nazifascistas y redimir de la esclavitud a todos los soviéticos. Al mismo tiempo, ese Ejército debía liberar a otros pueblos de Europa del yugo nazi, pasando las operaciones al territorio de Alemania y sus satélites hasta la derrota del enemigo. Esta era una misión noble que únicamente podía cumplir un ejército popular, el ejército del Estado de los trabajadores, cuyos intereses coincidían en todo con los de los obreros, campesinos y el pueblo laborioso de todos los demás países.

Los hitlerianos, no obstante las enormes bajas sufridas en el frente soviético, buscaban a toda costa estabilizar el frente oriental, para prolongar así la guerra contra la URSS. Por ello, lo mismo que antes, fijaban su mayor atención en ese frente. De un total de 315 divisiones y 10 brigadas enemigas, se encontraban allí a comienzos de 1944, 198 divisiones y 6 brigadas. En los países de Europa Occidental

y del Noreste (Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega) estaban diseminadas solamente 64 divisiones y 1 brigada, con la misión de rechazar una posible irrupción de las tropas anglo-norteamericanas. En Italia, 19 divisiones y 1 brigada se enfrentaban a las tropas aliadas. En Yugoslavia, 9 divisiones combatían contra el Ejército Popular de Liberación. En Albania y Grecia, 10 divisiones y 1 brigada prestaban el servicio de ocupación. Como se ve, el grueso



"La batalla del Dnieper" en la región de Pereyaslav-Jmelnitsty. Fragmento del diagrama de los pintores A. Gorpenko, P. Shiguimonto y N. Andriyaka.

de las fuerzas armadas del bloque fascista estaba concentrado en el frente soviético.

La nueva ofensiva del Ejército de la URSS comenzada en el invierno de 1944, disipó las ilusiones del Mando hitleriano de que la guerra en el frente oriental adquiría un carácter prolongado, defensivo. Ni el bien enclavado sistema de fortificaciones alemanas en los alrededores de Leningrado, ni la así llamada "Muralla Oriental", del río Dnieper, ni el

traslado de considerable número de tropas de uno a otro sector del frente, ayudaron a los nazis a realizar su plan de estabilización de aquel frente de guerra. Durante la ofensiva, los alemanes fueron desalojados al Oeste de Leningrado de 150 a 300 kilómetros en el ala Sur, y en el curso de 3 meses y medio progresó de 600 a 700 kilómetros hasta llegar a la frontera soviética en una extensión de unos 400 kilómetros.

En el verano de 1944 los combates soviéticos se desarrollaban con fuerza inusitada. Los alemanes no pensaban ya en operaciones ofensivas. Ataques potentes se desencadenaban en uno y otro sector del frente: en Karelia, en el sector Central del frente y en los Balcanes, en el Báltico y en el Círculo Polar Artico.

Fue así como se ganaron muchas famosas batallas, cada una de las cuales ha sido escrita con letras de oro en los anales de la segunda guerra mundial. Estas batallas eran de gran envergadura y como ejemplo se podrían mencionar las del verano de 1944, en el sector Sur del frente, que tenían enorme trascendencia ya que de su resultado dependía la suerte de muchos países de Europa Sureste, ocupados por los invasores fascistas.

Intentando impedir que las tropas soviéticas llegaran a los Balcanes, el Mando hitleriano concentró contra los ejércitos soviéticos atacantes un fuerte grupo, "Ucrania Meridional", compuesto de cerca de 50 divisiones, de las cuales 25 eran alemanas. El grueso de las fuerzas del grupo "Ucrania Meridional", se encontraba cerca de Jassy y Kichinev, (URSS Meridional). El 20 de agosto de 1944, las tropas soviéticas pasaron a la ofensiva, rompieron las líneas enemigas bien fortificadas y, después de cinco días de en-

carnizados combates, el 25 de agosto cercaron por completo al grupo de Jassy-Kichinev. Unicamente durante esta operación fueron copadas 22 divisiones alemanas y algunas rumanas. Las tropas soviéticas capturaron gran número de prisioneros y equipo. Ese mismo año se ganaron otras batallas de no menor importancia.

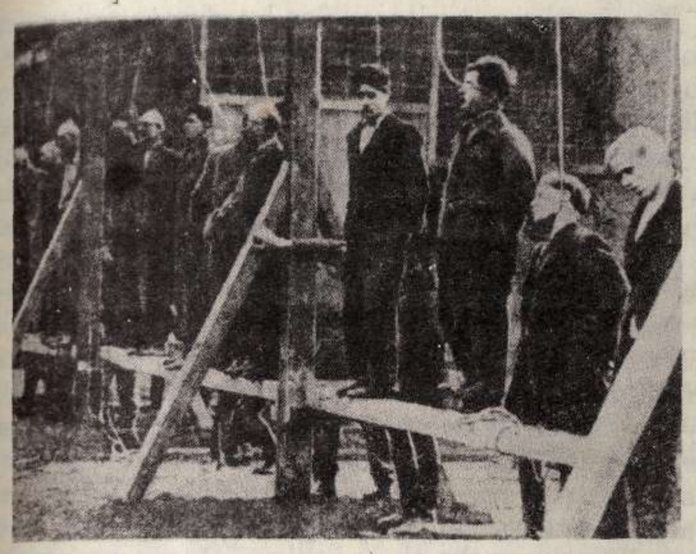
¿Cuál fue el resultado de la ofensiva de 1944? El principal: la liberación de todo el territorio soviético de los germano-fascistas. La frontera estatal, violada pérfidamente por la Alemania hitleriana y sus aliados en junio de 1941, fue restablecida casi en toda su extensión y liberados los soviéticos que se encontraban bajo el yugo de los invasores. Podían volver a la vida libre de su Patria Socialista.

Otro resultado no menos notable de dicha ofensiva que tuvo significado internacional, lo constituyó la liberación de muchos pueblos de Europa Oriental. El triunfo de las tropas soviéticas facilitó a estos pueblos su lucha contra los ocupantes alemanes y contra los dictadores fascistas nacionales. No es casual que con el avance de las Fuerzas Armadas soviéticas la lucha emancipadora de los países de Europa Oriental comenzara a incrementarse con mayor ímpetu.

En el verano de 1944, en Eslovaquia, Polonia, Bulgaria y otros países de Europa Oriental, estalló la sublevación armada popular contra los fascistas. En Bulgaria, la insurrección culminó con el hundimiento del gobierno pronazi y la formación de un nuevo gobierno democrático, que encarnaba los intereses del pueblo búlgaro. En otros países de Europa Oriental, los trabajadores, aprovechando los éxitos de las Fuerzas Armadas soviéticas y las circunstancias favorables para derrocar la dictadura fascista y liquidar el régimen burgués-latifundista, antipopular,

instauraron un nuevo poder: el poder del pueblo trabajador.

Algunos escritorzuelos burgueses de Occidente afirman que el nuevo poder en los países de Europa Oriental fue establecido por el Ejército Soviético. Otros difamadores se esfuerzan en demostrar que la



Ahorcamientos en masa de obreros extranjeros por los hitlerianos en Colonia-Erenfeld. 1944.

URSS "exportó" la revolución a los países de Europa Oriental y que se inmiscuyó en los asuntos internos de estos países. No hay en tales afirmaciones un ápice de verdad.

Lenin, creador del Estado soviético, al desenmascarar en su tiempo la falsedad de tales invenciones, subrayaba que la derrota del capitalismo mundial, la derrota del régimen burgués-latifundista y la sustitución de este régimen por el socialismo, son

cosas inevitables. Pero esto se realizará, no como consecuencia de la "exportación" de la revolución de los países socialistas a los capitalistas, sino como resultado de las leyes objetivas del propio capitalismo, que provocan el recrudecimiento de las contradicciones de clase, irreconciliables entre el proletariado y la burguesía.

Esos mismos escritorzuelos burgueses pretenden demostrar que el derrocamiento de la dictadura de la burguesía, la liquidación de la dependencia imperialista y el establecimiento del régimen popular democrático, socialista, está estrechamente ligado con la presencia del Ejército Soviético en uno u otro país. Pero esto tampoco corresponde a la realidad histórica. El régimen democrático popular triunfó en muchos países en los que el Ejército Soviético no se encontraba en los años de la guerra, como Albania en Europa, o Vietnam en Asia. Sin mencionar el triunfo de las revoluciones nacionales que liquidaron el yugo imperialista en Africa, Asia y América Latina, después de la segunda guerra mundial. ¿Acaso no se sabe, por otro lado, que el carácter del régimen de algunos países en los que provisionalmente, en el curso de la segunda guerra mundial, se encontraba el Ejército Soviético (Austria, Noruega e Irán) no cambió? No se trataba de si se encontraba o no el Ejército Soviético en uno u otro país. El régimen popular democrático es obra de los propios pueblos, que solamente aprovecharon los éxitos de la URSS para coronar victcriosamente la prolongada lucha que conducían contra las clases explotadoras durante decenas o centenares de años.

Hay que referirse asimismo a una consecuencia internacional no menos considerable de la ofensiva de las Fuerzas Armadas soviéticas en 1944. Y

es que la Alemania fascista, con todos sus aliados, exceptuando Italia, que como se sabe rompió en 1943 con el bloque hitleriano, continuaba en guerra con las Naciones Unidas. Es verdad que ya a comienzos de ese año el bloque fascista era un edificio tambaleante con muchas grietas profundas, pero aún era un bloque. Mas, en el curso de 1944, Alemania perdió a todos sus aliados europeos.

De aquel bloque salieron consecutivamente Rumania, Bulgaria, Finlandia y Hungría. Con estos países se concertaron armisticios elaborados por los Estados principales de la coalición antihitleriana: URSS, Estados Unidos e Inglaterra. A la Unión Soviética le correspondió un rol decisivo en la preparación de dichos documentos. Esto es absolutamente comprensible, ya que Rumania, Hungría y Finlandia, en realidad, luchaban sólo contra la URSS y aunque se encontraban formalmente en guerra con otros países de la coalición antifascista, no conducían contra ellos ninguna hostilidad. Estas circunstancias determinaron el especial interés de la Unión Soviética para un arreglo pacífico con los ex satélites de la Alemania nazi.

El 12 de septiembre se firmó el armisticio con Rumania, el 19 del mismo mes con Finlandia, el 28 de octubre de 1944 con Bulgaria y, finalmente, el 20 de enero de 1945, con Hungría. Estos convenios sobre el armisticio determinaban la forma de salida de los países arriba mencionados del bloque fascista, resolvían diferentes problemas territoriales, económicos y de otro tipo. Es de particular interés señalar que estos fundamentales documentos diplomáticos contenían una serie de cláusulas que facilitaban el desarrollo democrático de los países de la Europa Oriental.

Poco a poco empezaron a revivir los países redimidos del fascismo. Los pueblos iniciaron la restauración de su economía saqueada y en ruinas, la depuración del edificio estatal de lacayos fascistas, la construcción de una nueva vida, basada en los principios de la libertad y de la democracia.

Las nuevas victorias de la Unión Soviética en 1944, le dieron aún mayor autoridad internacional, ampliaron sus lazos diplomáticos. El movimiento de solidaridad con el pueblo soviético se extendía por doquier. Los trabajadores de América Latina demostraron también su ardiente simpatía por la URSS. En la Misión Soviética de La Habana se recibía enorme cantidad de saludos de los trabajadores de Cuba al pueblo y al Ejército soviético, enviados por los sindicatos del azúcar, por la Confederación de Trabajadores de Cuba, la organización de los republicanos españoles refugiados y otros. Cuando fue liberada la ciudad de Smolensk y otras de la Rusia Central, la Asamblea General reunida en la Casa de la Cultura de La Habana envió a Moscú un mensaje en el que, entre otras cosas, se decía: "¡Viva la gran Unión Soviética, que muy pronto verá libre su tierra y emancipará a los pueblos sojuzgados por las hordas fascistas!".

En el verano de 1944, en La Habana se inauguró una exposición de fotografías de las obras de arte de pintores soviéticos creadas durante la guerra, que gozó de enorme popularidad. Los trabajadores de Cuba, para demostrar su cariño y respeto al pueblo soviético, organizaron una colecta de regalos para los combatientes de la URSS.

Semejantes manifestaciones en las que los trabajadores expresaban su sentimiento de admiración, tuvieron lugar también en otros países latinoamericanos. En el otoño de 1944 llegaron a Moscú, del Co-

mité Mexicano de ayuda a Rusia en la guerra, numerosos paquetes con frazadas, cigarrillos, harina de plátano, compotas, etc.

Algunos Parlamentos latinoamericanos adoptaron resoluciones especiales en las que apreciaba el enorme papel de la Unión Soviética en la segunda guerra mundial, como el de la Asamblea Constitucional Nacional del Ecuador, adoptada el 7 de noviembre de 1944, que decía: "El pueblo del Ecuador expresa su admiración por la heroica lucha del pueblo y de las Fuerzas Armadas de la URSS".

La creciente autoridad de este país imprimía un nuevo impulso en el desarrollo de las relaciones diplomáticas. Si a principios de la guerra mantenía relaciones diplomáticas con sólo 26 Estados, a finales de la misma estas relaciones se duplicaron. Particularmente se ampliaban las relaciones diplomáticas y comerciales con países de América Latina y entre 1942 y 1944 se establecieron o restablecieron esas relaciones con Cuba, Uruguay, Costa Rica, Chile y Nicaragua.

En los anales del año 1944 se inscribió otro significativo acontecimiento de índole militar. Después de prolongadas postergaciones, el 6 de junio el Mando anglo-norteamericano desembarcó fuerzas al Norte de Francia. Por fin se abría el tan esperado segundo frente.

¿Cómo pudo ocurrir que los dirigentes ingleses y estadounidenses, que habían dejado pasar tantos plazos para la apertura del segundo frente, al fin desembarcaran sus tropas al Norte de Francia en el verano de 1944? ¿Qué factores tuvieron aquí trascendencia tan decisiva? La situación internacional se desenvolvía de tal modo, que cualquier demora en la apertura de ese frente podía significar que la

URSS, con sus propias fuerzas, librara a todos los países de Europa del yugo nazi. Esto lo testimoniaban, ante todo, las rotundas victorias de las Fuerzas Armadas soviéticas obtenidas a principios de año.

Muchos malhadados estrategas ingleses y norteamericanos, en el curso de la guerra, se comportaban de acuerdo al proverbio: "Piano, piano, si va lontano". Es decir, tendrían que demorar lo más posible la apertura del segundo frente y conducir lo más lentamente que pudieran las operaciones contra los fascistas, para más tarde arremeter impetuosamente, una vez desgastadas la Alemania hitleriana y la Unión Soviética. La historia demostró que los cálculos de estos malvados se esfumaron como burbujas de jabón. El potencial militar de la URSS crecía año tras año y era evidente que podía liberar a toda Europa sin la ayuda militar de los aliados. Por eso fue que las Potencias Occidentales (Inglaterra y Estados Unidos), se apresuraron a abrir el segundo frente.

Durante la guerra mucho se habló de la demora en iniciar esas operaciones, atribuyéndose ese hecho a que los dirigentes de las Potencias Occidentales deseaban resguardar al personal de las fuerzas armadas inglesas y estadounidenses, conservándoles la vida. Pero, mientras los gobernantes de Londres y Washington saboteaban la apertura del segundo frente, en otros teatros de operaciones la sangre corría a raudales y perecían centenares de miles de personas indefensas, en territorio ocupado. La demora en la apertura del segundo frente acarreó, además, la prolongación general de la guerra, lo que implicó penurias y más víctimas para todos los pueblos, incluso para el norteamericano y el inglés. Hoy día esto es un hecho por todos admitido. Hasta muchos investigadores ingleses y estadounidenses se ven

obligados a reconocer que la demora produjo daño a los propios EE. UU. e Inglaterra. La obra del historiador norteamericano T. Higgins: "Winston Churchill y el Segundo Frente", demuestra con cifras cuán poco fundamentados eran los argumentos del Primer Ministro inglés al aplazar aquella acción militar.

El 6 de junio, como se ha dicho, así como en los días subsiguientes, en Normandía, en la costa Noroeste de Francia, desembarcó gran número de tropas inglesas, norteamericanas y canadienses, las que fueron contrarrestadas por fuerzas nazis limitadas, ya que las divisiones selectas se encontraban en el frente soviético. En Normandía se encontraban en esos mamentos 9 divisiones de infantería y 1 de tanques, y en el sitio de ruptura sólo unas 6 divisiones germanas. El Estado Mayor alemán conocía aproximadamente el sitio de desembarco, pero los hitlerianos no podían dejar de tener en cuenta la posibilidad del enemigo de efectuar desembarcos en otras partes, a lo largo de la costa desde Amberes al golfo de Vizcaya, así como también en la costa francesa del Mediterráneo, razón por la cual se vio obligado a diseminar sus fuerzas en un frente de más de 2,000 kilómetros de extensión. Los alemanes tampoco disponían allí de material bélico eficiente. Su marina de guerra no podía ayudar a las tropas terrestres a rechazar el desembarco, ya que en el Atlántico carecían de suficientes unidades. La colocación de minas en las zonas marítimas, pese a que fue prevista, no se realizó. De tal manera "la potente muralla defensiva" resultó ser pura fanfarronada.

Al cabo de unos días, después del desembarco de las tropas anglo-norteamericanas, los alemanes lograron concentrar algunas tropas, entablándose en los campos de Normandía sangrientos combates.

Desde el 6 de junio hasta el 24 de julio, las unidades anglo-norteamericanas pudieron aferrarse a la cabeza de puente de unos 100 kilómetros de frente y de 30 a 35 kilómetros de profundidad, dos veces menor de la prevista según el plan de desembarco. Pero, teniendo el dominio aéreo absoluto, la cabeza de puente ocupada permitió a los aliados acumular gran cantidad de fuerzas y material. Al Mando aliado se le presentó la oportunidad de preparar y llevar a cabo grandes operaciones ofensivas en el Noroeste de Francia.

A pesar de que el avance de las tropas aliadas era bastante lento, el desembarco en Normandía representaba un serio ataque contra todo el bloque fascista. La apertura del segundo frente, a mediados de 1944, no podía, claro está, ejercer la influencia que hubiera tenido en el curso de la guerra de haberse efectuado en 1942 o 1943. Sin embargo, el desembarco en el territorio de Francia Occidental ocupado por los alemanes, tuvo un gran alcance. Antes del desembarco, la ventaja de la Alemania fascista consistía en que ésta combatía en realidad solamente en el frente soviético. Ahora se ponía fin a tal situación. Alemania estaba apretada por tenazas de hierro por el Este y el Oeste. Los estadistas y los estrategas alemanes tenían horror a esta perspectiva. Bismarck, uno de los eminentes políticos de Alemania del siglo XIX, toda su vida temía "la pesadilla de la coalición". Es sabido que el triunfo de los aliados sobre el Kaiser, en la primera contienda mundial, fue alcanzado justamente gracias a que Alemania se vio obligada a combatir en dos frentes.

Después del desembarco en Francia, las Fuerzas armadas de Inglaterra y los EE. UU. comenzaron a obtener grandes victorias sobre el ejército hitleriano, por razón de circunstancias muy favorables:

concentración del grueso de las tropas nazifascistas en el Este, superioridad de los aliados en aviación, tanques y artillería. Pero, sería erróneo suponer que las victorias de las fuerzas armadas de los EE. UU. e Inglaterra fueron únicamente el resultado de condiciones sumamente favorables. Un factor importante del triunfo anglo-norteamericano fue la habilidad de su Estado Mayor en asegurar y planificar minuciosamente la operación, de adoptar en forma rápida las decisiones necesarias para el combate, cuyas fases cambiaban rápidamente. Tuvo también trascendencia la buena organización de acciones conjuntas —problema bastante complicado— de todas las fuerzas aliadas.

Sin embargo, el factor más esencial que cooperó al éxito de aquellas operaciones lo constituyó el hecho de que los soldados y oficiales comprendían que su guerra era una guerra justa, guerra en pro de la humanidad, contra el enemigo más enconado de la civilización mundial, el fascismo. La conciencia de lo justo de su causa y la fe en el triunfo alentaban a los combatientes ingleses y estadounidenses, infundiéndoles espíritu combativo, heroísmo y valor.

Las operaciones ofensivas de las tropas soviéticas en el Este y el desembarco de los aliados en el Norte de Francia contribuyeron a intensificar el movimiento nacional-liberador antifascista en Europa Occidental. Los patriotas franceses —los francotiradores— liberaron una amplia zona del país. En el verano de 1944, la Resistencia francesa redimió departamentos (provincias) enteros. Sublevaciones masivas ocurrieron de Bretaña a los Alpes y de los Pirineos al Jura. A mediados de junio, la radioemisora "France" transmitió la noticia de la gran ofensiva de los guerrilleros franceses que en número de 100,000 actuaban contra las tropas hitlerianas en los

departamentos de Indre, Ardéche y Corréze. A mediados de agosto estalló en París la sublevación armada. El 18, el Comité de Liberación exhortó a la población a empuñar las armas: "Todo francés y francesa —se decía en el llamamiento— apto para manejar las armas debe considerarse movilizado e ingresar inmediatamente en los destacamentos de combate de las FFI (Fuerzas Francesas Interiores) en las barricadas de la Milicia Patriótica de su barriada o de las fábricas". En alemán se publicó también un manifiesto que decía: "Cada alemán que hoy se dispone a morir en la lucha contra la liberación del pueblo francés comete doble crimen: contra el pueblo francés y contra el alemán. Los cinco años de guerra demuestran que París no se doblegará".

Durante dos días, el 19 y el 20 de agosto, casi todos los distritos y alrededores de París se sublevaron contra los nazifascistas. Los invasores, cercados por el pueblo amotinado, cayeron en situación desesperada. La heroica lucha de los parisienses infligió serias pérdidas a la guarnición alemana. Al fin llegaba a las calles, ciudades y pueblos franceses la tan esperada fiesta de la victoria.

No sólo en Francia se avivó el movimiento antifascista. Los patriotas de Bélgica, Noruega, Holanda y otros países de Europa Occidental aumentaban sus actos de sabotaje contra los alemanes. Aquí los pueblos contribuyeron también a la victoria sobre el fascismo y demostraron su firme aspiración de restablecer la independencia y la soberanía, de lograr la verdadera libertad, es decir, la libertad para el pueblo. Era esto a lo que más temían los imperialistas, razón por la cual intentaban por todos los medios instaurar en los países liberados el viejo orden, detener el movimiento popular liberador, desarmar a los comunistas, los luchadores más abnegados y

firmes que peleaban por los intereses del pueblo. Por este motivo, los gobernantes ingleses y norteamericanos trataban de imponer a los países liberados del fascismo, el régimen de ocupación; no deseaban que los dirigentes del movimiento nacional-liberador participaran en el gobierno de sus respectivos Estados. Inclusive el Comité Nacional de Liberación de Francia, encabezado por el general De Gaulle, que en el verano de 1944 fue convertido en Gobierno Provisional de la República francesa, en realidad fue apartado y no se le permitió intervenir en la preparación del desembarco en el Norte de Francia, así como tampoco en las decisiones importantes del Mando aliado en territorio francés.

Las victorias del Ejército soviético en 1944 y la apertura del segundo frente, causaron el aislamiento político exterior de la Alemania nazifascista y sacudieron su retaguardia. El espíritu combativo del ejército fascista estaba minado.

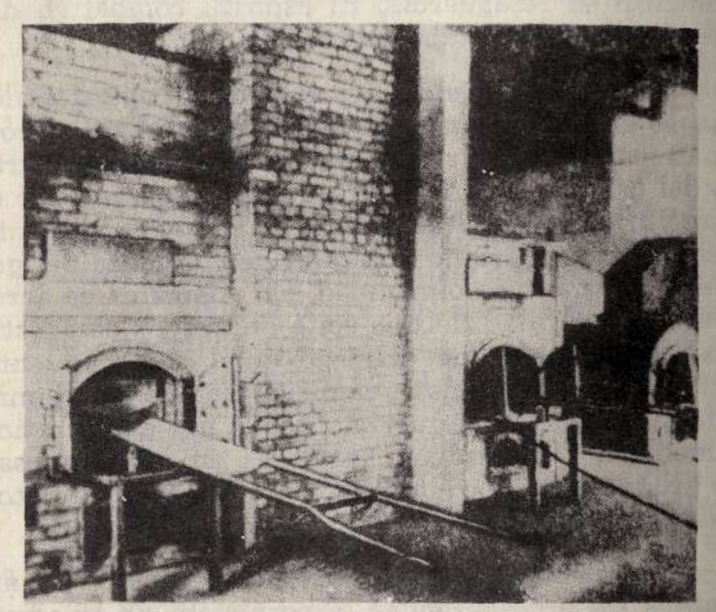
Con más frecuencia, los soldados y oficiales alemanes en grandes grupos se entregaban prisioneros, no deseando continuar la guerra. Un mensaje secreto del partido nazi del 4 de agosto, capturado por el Ejército soviético, atestiguaba el serio relajamiento del ejército hitleriano y la falta de confianza del gobierno hasta en la oficialidad. En Alemania se acrecentó la actividad de una serie de grupos clandestinos comunistas, que exhortaban al derrocamiento del régimen nazifascista, al mismo tiempo que se manifestaban contra la guerra y por la paz democrática inmediata. Organizaban sabotajes en las empresas de producción de armamentos y difundían panfletos antifascistas y antimilitares.

Esferas cada día más amplias del pueblo alemán empezaban a comprender lo pernicioso de la aven-

tura hitleriana. Hasta cierta parte de los industriales, banqueros y oficiales, se percataron de la falta de perspectiva de la guerra.

En Alemania existía ya un grupo de oposición a Hitler, al que en una u otra forma se adhirieron muchos renombrados jefes militares nazis que veían todo lo inútil de la resistencia. Se tramó incluso un complot contra Hitler, en el que participaban Herdeler, ex burgomaestre de Leipzig; Beck, ex jefe del Estado Mayor Central; Stauffenberg, segundo jefe del Estado Mayor del Ejército de Reserva; los mariscales Wizleben y Falkenhausen y los embajadores Hassel, Schulenburg y otros.

Los conspiradores se proponían liquidar a Hitler, formar un nuevo gobierno, cesar la resistencia



Hornos para incinerar a las víctimas torturadas y asesinadas en el campo de exterminio fascista en Ravensbrück.

en el frente occidental, concertar un armisticio con las Potencias Occidentales, y trasladar todas las tropas al frente oriental para continuar la guerra contra la Unión Soviética. Durante algunos años los conjurados planearon varios atentados infructuosos contra Hitler, llevándose a cabo la última de esas tentativas el 20 de julio de 1944.

En el verano de aquel año, Hitler se hallaba en su cuartel general "Wolfschanze" en Prusia Oriental, situado en un bosque cerca de la ciudad de Rastenburg. No abandonaba casi nunca su refugio, resguardado por campos de minas y alambradas. Cuando partía de su cuartel general, se declaraba alarma aérea y el movimiento en los caminos cercanos cesaba. Stauffenberg recibió el 20 de julio la orden de presentarse en el cuartel general para informar sobre la organización de nuevas divisiones. Llegó a la reunión con un portafolio que contenía una bomba de acción retardada. Al entrar en la sala de sesiones colocó el portafolio en el suelo, cerca del sillón de Hitler. Antes de comenzar su informe, Stauffenberg pidió permiso para salir a recoger un documento que, según dijo, había olvidado en el automóvil, oportunidad que aprovechó para conectar el detonador de la bomba que debía explotar a los cien segundos. Una vez hecho lo anterior, se dirigió a su coche tras abandonar la terraza de verano donde tenían lugar aquellas reuniones, y alejándose a unos pasos del castillo escuchó la explosión. Del edificio salían llamas y humo.

Stauffenberg estaba seguro del éxito del atentado terrorista. Llegó al aeródromo y en avión se trasladó a Berlín. Más tarde se supo que cuatro generales que se encontraban en el cuartel general perecieron, otras personas sufrieron heridas graves, pero Hitler salió casi ileso, con heridas leves. Los cons-

piradores, al conocer el fracaso de su acción se desconcertaron, perdieron tiempo valioso y pronto fueron detenidos. Ellos no estaban ligados con el pueblo y perseguían fines ajenos al mismo. Cifraban sus esperanzas para la realización de sus planes, en los círculos antisoviéticos de las Potencias Occidentales. Todas estas razones predeterminaron el fracaso del plan que terminó con la ejecución de los complotados.

El bajo estado moral de la retaguardia de la propia Alemania obligó a los hitlerianos en el verano de 1944 a organizar en la prensa una campaña contra los "quejosos y escépticos". Los acontecimientos evidenciaban la seria corrupción de la retaguardia y la aproximación de la hora final de la dictadura nazi.

Hasta noviembre de 1944 las operaciones de los aliados en Occidente se desenvolvía en general con éxito. Las tropas anglo-norteamericanas consiguieron lograr una serie de victorias sobre el enemigo y ocupar el territorio de Francia, Bélgica y Holanda. Para otoño, las tropas aliadas se acercaron a la frontera Occidental de Alemania, a la llamada "Línea Sigfrid". Los intentos de los aliados de franquear por asalto esta línea defensiva fortificada se frustraron, viéndose obligados a ocupar posiciones defensivas.

El Mando hitleriano, aprovechando esa situación, emprendió una recia contraofensiva en las Ardenes para modificar las perspectivas, llegar a un acuerdo por separado sobre la paz con las esferas reaccionarias antisoviéticas de Inglaterra y los EE. UU., y regatear en el acuerdo condiciones favorables. Desde luego, los nazis cifraban esperanzas en la agudización de las contradicciones dentro de la coalición antihitleriana.

El 16 de diciembre comenzó la ofensiva alemana. Las tropas de Hitler, al mando de Rundstedt, rompieron la defensa aliada a lo largo de un frente de 40 kilómetros, ensanchando la brecha hasta unos 100 kilómetros y penetrando al Oeste unos 90, después de una semana de combates. Las tropas anglo-norteamericanas se vieron en situación apremiante, pues los nazis habían conseguido dividir esas fuerzas y se preparaban ya para conquistar Amberes y organizar un segundo Dunquerque (derrota aliada en 1940).

La situación amenazante en el Frente Occidental provocó una gran incertidumbre en el Mando anglo-norteamericano. Los Jefes de Estado de Inglaterra y EE. UU. se dirigieron al Gobierno soviético pidiendo ayuda. Churchill envió varios mensajes especiales a Stalin en ese sentido. El Mando soviético, teniendo en cuenta las duras condiciones climatológicas de aquel invierno, no pensaba emprender grandes operaciones ofensivas contra los hitlerianos. Sin embargo, tomando en consideración las dificultades que confrontaban los aliados como consecuencia de la ruptura del frente en las Ardennes, decidió terminar lo antes posibles la preparación y ejecución de la ofensiva, sin prestar mayor atención al estado del tiempo.

El 12 de enero de 1945 las tropas soviéticas, en avalancha, se lanzaron contra los ejércitos hitlerianos y no cesaron de avanzar contra los nazis hasta la culminación triunfante de la guerra en Europa. Ciento cincuenta divisiones atacaban a los hitlerianos y el Mando alemán se vio obligado a cesar la ofensiva de sus tropas en Occidente debido al avance incontenible de los soviéticos, lo que les impuso la necesidad de transportar urgentemente tropas y tanques del Oeste al Este, intentando en vano oponerse a las



Churchill, Roosevelt y Stalin durante la Conferencia de Yalta en Crimea. 1945.

unidades de la URSS. La decisión del Gobierno soviético de acelerar las operaciones ofensivas para ayudar a las tropas anglo-norteamericanas, es uno de los ejemplos más vivos de auxilio a los aliados y evidencia el cumplimiento riguroso de su deber como aliado.

Las nuevas victorias de los ejércitos soviéticos sobre las tropas hitlerianas, la cooperación desinteresada de la Unión Soviética a los EE. UU. e Inglaterra, creó el clima favorable para la convocatoria de una nueva conferencia de los tres jefes de Estado: Stalin, Roosevelt y Churchill. La Conferencia de Crimea, o como suelen llamarla: de Yalta (febrero de 1945), fue una de las más grandes conferencias convocadas durante la guerra. Transcurrió en momentos propicios para las Naciones Unidas, cuando las fuer-

zas armadas hitlerianas se vieron obligadas a retroceder ante los ataques arrolladores de los aliados, cuando estaba completamente claro que la derrota definitiva y la capitulación incondicional era un hecho no lejano. Alemania estaba a punto de expirar.

En estas circunstancias el problema del futuro de Alemania adquiría una importancia primordial. Como se sabe, esta cuestión fue discutida por los jefes de los tres gobiernos (URSS, EE. UU. e Inglaterra) durante la Conferencia de Teherán en 1943. La Conferencia de Crimea (1945) reveló una vez más cuán diferentes eran los puntos de vista sobre el problema germano. Mientras que Inglaterra y EE. UU. insistían en convertir a Alemania en un conglomerado de zonas desmembradas, el Gobierno soviético era partidario de una Alemania unida. Estaba interesado, en primer término, en extirpar el nazismo y el militarismo germano y convertir Alemania en un Estado pacífico, democrático, y, en segundo lugar, castigar severamente a los criminales de guerra como justa compensación por los daños causados a los pueblos. Los participantes de la Conferencia de Crimea llegaron a un acuerdo sobre algunos problemas ligados al régimen de ocupación de Alemania después de su capitulación incondicional.

En dicha Conferencia se le concedió particular importancia al problema de una nueva organización internacional de seguridad. ¿Qué carácter tendría esa organización? ¿Cuáles serían los principios de su actividad: principios de colaboración de todos sus miembros, en primer lugar de las Grandes Potencias, o la supeditación de un grupo a otro? ¿Qué Estados serían los constituyentes de esta organización? ¿Cuándo, por fin, se convocaría su Primera Conferencia constituyente? Estas eran las cuestiones a las que los partícipes de la Conferencia de Crimea de-

bían de dar su respuesta. Se resolvió que la Conferencia constituyente de la nueva organización tendría lugar en la ciudad de San Francisco, el 25 de abril de 1945, con la participación de todas las Naciones Unidas.

Asimismo se llegó a un acuerdo sobre los principios del funcionamiento de dicha organización. Los jefes de los gobiernos de la URSS, Estados Unidos e Inglaterra, convinieron en que la actividad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), se basaría en la colaboración de todos sus miembros; una esencial importancia se prestaba a la cooperación de las Grandes Potencias. Para asegurar tal colaboración e impedir que la ONU se convirtiera en un instrumento de dominio de un grupo sobre otro, se propuso y fue aceptado el principio de la unanimidad de las Grandes Potencias en el Consejo de Seguridad, según el cual, los problemas de cardinal importancia —los de la paz y los de la seguridad— deberían ser aprobados por las Grandes Potencias, por unanimidad. En caso de que alguna de estas Potencias estuviera en contra de una u otra decisión, tenía el derecho de veto. Los inspiradores de la ONU procuraban que las Grandes Potencias, sobre las que recaía en aquella época toda la responsabilidad en la solución de los problemas internacionales, actuaran en conjunto.

La experiencia histórica ha demostrado que si las principales Potencias mundiales están en condición de resolver sus conflictos por medios pacíficos, por medio de convenios, si entre ellas existe colaboración y comprensión mutua, entonces la paz en todo el mundo está asegurada. Y, viceversa, cuando no existe acuerdo, cuando reina incredulidad y tirantez, estado de "guerra fría", entonces cualquier conflicto, hasta uno local, puede fácilmente conver-

tirse en catástrofe mundial. Por ello, los inspiradores de la Organización de las Naciones Unidas prestaban singular atención a los problemas de la unidad de los Estados principales en la ONU.

Mucho tiempo gastaron también los partícipes de la Conferencia de Crimea al discutir algunos problemas concretos referentes a la Europa Oriental. Fueron adoptadas decisiones de compromiso, que reflejaban los intereses de los participantes de la Conferencia. El Gobierno soviético, en esta misma Conferencia, a petición del gobierno estadounidense, dio su consentimiento para declarar la guerra al Japón, dos o tres meses después de terminados los combates en Europa. En un correspondiente documento secreto, firmado por los jefes de las tres delegaciones, se fijaron las condiciones de la entrada de la URSS en la guerra del Pacífico.

¿Cuál era el significado primordial de la Conferencia de Crimea? Ante todo, se cimentó la base programática de la organización democrática del mundo de la postguerra, se señaló una vez más la posibilidad de la colaboración fructífera entre Estados de diferentes sistemas sociales.

Las decisiones de la Conferencia de Crimea sobre los ataques resueltos contra la Alemania nazifascista dieron en la primavera de 1945 sus resultados positivos. Las tenazas que apretaban a los fascistas íbanse cerrando inevitablemente. Las tropas de la gran coalición avanzaba del Este, Oeste y Sur. Fue una primavera que trajo nuevas victorias a las Fuerzas Armadas de la URSS. En marzo, el Ejército llegó en su arrolladora ofensiva hasta el mar Báltico y entró en la Pomerania Oriental.

A fines de mes, las unidades soviéticas penetraron en Austria y el 13 de abril ocuparon Viena, la ca-

pital. Unos días antes, el 9, se habían apoderado de Koenigsberg, ciudad principal de Prusia Oriental. En cooperación con las tropas polacas, checoslovacas, yugoslavas, búlgaras y rumanas, el Ejército soviético culminaba la expulsión de los expoliadores fascistas.

La terrible ofensiva obligó a los hitlerianos a lanzar todas sus reservas al frente oriental, lo que sin duda alguna favoreció las operaciones ofensivas de los aliados en dirección Sur y Oeste. Teniendo una superioridad aplastante, sobre todo en aviación y tanques, las fuerzas de los aliados estuvieron en condiciones de asestar una derrota decisiva a las tropas enemigas. A mediados de marzo, algunas grandes unidades aliadas se acercaron al Rhin, y en la noche del 23 al 24, las tropas anglo-norteamericanas, después de una prolongada preparación, forzaron en muchos sectores esta importante vía fluvial. A principios de abril, los aliados rodearon una agrupación de tropas nazifascistas en la región industrial del Rhur, compuesta de 21 divisiones, con efectivos de unos 325,000 hombres, que pronto capituló. El frente occidental alemán no tardó en desmoronarse.

El fin se encontraba cerca. Grupos aislados de capitostes fascistas intentaban conjurar la catástrofe que se avecinaba, que debía liquidar no solamente el régimen hitleriano, sino el Estado militarista alemán. Los cabecillas cifraban sus esperanzas en un posible conflicto armado entre la Unión Soviética y las Potencias Occidentales, considerando que Alemania podía y debía convertirse "en aliado natural" de aquellas mismas Potencias en la guerra contra la URSS. Esta idea era, en particular, de Ribbentrop, Goering, el grupo de Himmler y otros. En marzo y abril de 1945 se hicieron muchas tentativas por parte de tales cabecillas hitlerianos para llegar a un

acuerdo con las Potencias Occidentales. Conocida era la actividad del grupo de Himmler, que estaba dispuesto a capitular ante el Comandante Supremo de las tropas norteamericanas, D. Eisenhower, con la condición de que los aliados conservasen las fuerzas armadas alemanas para la lucha contra los ejércitos soviéticos que avanzaban del Este. Pero ya era imposible salvar a Alemania de la derrota completa.



"Llegó el fin". Cuadro de los pintores Kukreniki.

A mediados de abril, el Ejército soviético emprendió el combate por Berlín, última operación contra los hitlerianos. Las fuerzas soviéticas en esta operación brillaron en todo su esplendor combativo. Doce días y doce noches duraron los encarnizados combates entablados por la conquista de aquella ciudad.

El 2 de mayo de 1945, el Ejército soviético, culminando la derrota de los alemanes, ocupó Berlín, cuya caída auguraba el fin de la guerra.

Unos días antes de terminarse la guerra en Europa, en un refugio de la Cancillería del Imperio, en el sitiado Berlín, Adolfo Hitler, completamente desmoralizado y habiendo perdido toda esperanza de salvación, se suicidó. El mariscal Doenitz fue designado por Hitler como sucesor suyo. Se trataba de un nazista hasta la médula de los huesos, de absoluta obediencia a las órdenes de su fhürer, partidario de la guerra hasta el último soldado, que intentó otra vez lograr una paz por separado con las Potencias Occidentales, pero fracasó rotundamente.

El 8 de mayo, en un suburbio de Berlín, ante los representantes de la URSS, Estados Unidos, Inglaterra y Francia, el ex Jefe del Estado Mayor del Mando Supremo de las fuerzas armadas hitlerianas, Keitel, uno de los principales criminales de guerra, firmó la capitulación incondicional de Alemania.

La capitulación de la Alemania hitleriana fue el acontecimiento de mayor trascendencia en la historia de la segunda guerra mundial. Significaba la eliminación del foco más peligroso del fascismo y de agresión, la derrota del participante más fuerte y peligroso del bloque fascista. La rendición de Alemania trajo a los torturados pueblos la paz tan impacientemente esperada. Los pueblos soviéticos, ingleses y norteamericanos, toda la humanidad progresista, celebró con extraordinario regocijo la gran fiesta de la Victoria, en cuya conquista sobre la Alemania hitleriana y sus aliados, el papel más preeminente le había correspondido al pueblo soviético y sus Fuerzas Armadas.

VI

FIN DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LLEGO el fin de la guerra. Se cumplieron las esperanzas y los anhelos de los pueblos amantes de la libertad, unidos en la lucha conjunta contra la Alemania nazifascista. Fue apagado el principal foco mundial de agresión y de fascismo. Pero esto no significaba aún que la segunda guerra mundial había terminado. El segundo foco de guerra —en el Lejano Oriente— ardía todavía. A pesar de que su suerte estaba ya decidida, el Japón imperialista continuaba su absurda lucha contra las Naciones Unidas.

¿Cómo se desenvolvían los acontecimientos en el Frente del Pacífico después del viraje radical en la segunda guerra mundial?

En 1944 y 1945, con la ofensiva en el Pacífico y en Birmania, la iniciativa estratégica la tenían las fuerzas armadas de los aliados. El esfuerzo principal se asestaba contra las tropas niponas en la parte Central y Suroeste del Pacífico, donde se habían concentrado la marina de guerra, las fuerzas aéreas y terrestres aliadas, destinadas a actuar en este teatro de operaciones.

La ofensiva de los aliados comenzó en febrero de 1944, casi simultáneamente en la parte Central y Suroeste del Pacífico. El 1 de febrero de 1944, los americanos desembarcaron en las islas Marshall y en el verano conquistaron las Marianas. Además, los estadounidenses lograron ocupar asimismo otras instalaciones defensivas en la parte Suroeste del Océano Pacífico, en los archipiélagos de Micronesia. El

10 de octubre de 1944, con el desembarco de los aliados en las Filipinas, comienza la segunda etapa de la ofensiva en el Pacífico.

La conquista de las Marianas y la irrupción en las Filipinas, ejecutadas por los norteamericanos cambiaron radicalmente la situación estratégica a favor de los aliados. Las importantes comunicaciones marítimas del mar de la China Meridional con la base Sur de materias primas del Japón, eran controladas por las fuerzas armadas de los EE. UU. En 1944, la marina de guerra y la aviación nipona, sufrieron grandes pérdidas. La economía no podía cubrir, no sólo las crecientes necesidades de la guerra, sino tampoco las pérdidas.

En 1944, el clima político de China era muy complicado, debido a la política antipopular de la camarilla de Chiang Kai-shek y el Kuomingtang, que en lugar de concentrar todos sus esfuerzos para la lucha contra los japoneses —invasores extranjeros— reunía sus contingentes para combatir contra los patriotas chinos, contra los comunistas. Esta política era plenamente respaldada por los EE. UU., que ligaba todos sus planes de sojuzgamiento de China, con Chiang Kai-shek.

También en 1944, a consecuencia de la política antinacional de los cabecillas del Kuomingtang, los japoneses avanzaron victoriosamente por territorio chino. Las bajas de las tropas del Kuomingtan después de la ofensiva nipona, que comenzó en marzo y terminó en diciembre de 1944, eran de 600 a 700,000 soldados; el adversario conquistó un territorio de cerca de 2.000,000 de kilómetros cuadrados, con 60.000,000 de habitantes y cortó las comunicaciones terrestres con las zonas de los mares meridionales. Mas, los japoneses no lograron coronar sus campañas militares del año 1944, emprendidas con el fin

de apoderarse de la China Central y Meridional. De día en día crecía la resistencia del pueblo chino y de sus Ejércitos Populares liberadores, guiados por los comunistas chinos. Además el abastecimiento del ejército nipón en China, cuyos efectivos correspondían a una tercera parte del total de las fuerzas terrestres del Japón, era una carga pesada para su industria y su flota mercante; parte de sus unidades las debía emplear en la defensa de Birmania. A principios de 1944, los aliados, en cooperación con los patriotas nativos, tomaron la iniciativa obligando a los nipones a abandonar Birmania Septentrional, creando una seria amenaza al centro y al Sur del país.

Así, a fines de 1944, para el Japón se creó una situación estratégica difícil que exigía grandes esfuerzos para continuar la guerra, lo que, desde luego, no significaba por el momento, su derrota. La economía nipona, incluyendo la militar, no había sido todavía aplastada. Los japoneses poseían considerables reservas de materias primas estratégicas en Corea, Manchuria y China. Disponían también de un ejército terrestre con un efectivo de 5.000,000 de hombres. Como vemos, tenía todas las posibilidades de conducir una guerra prolongada.

Los EE. UU. e Inglaterra, en 1945, pudieron reforzar sus unidades en el Pacífico, sobre todo las navales, ya que la guerra en Europa llegaba a su término y ellos habían establecido su predominio absoluto en el Atlántico y en el Mediterráneo. El 1 de enero de 1945, la correlación de fuerzas en las islas del Pacífico era a favor de las tropas de tierra anglonorteamericanas, una vez y media; las unidades de aviación casi 5, y las navales más de 5 veces. Esta superioridad ayudó al Mando de los aliados a asegurar y realizar una serie de operaciones contra los japoneses ya en la primera mitad del año 1945. La

premisa esencial para el éxito de estas campañas fue que la URSS dio a los gobiernos de EE. UU. e Inglaterra el consentimiento de ingresar en la guerra contra el Japón, al acabar la contienda en Europa. Todas estas circunstancias favorables fueron aprovechadas por el Estado Mayor anglo-estadounidense para iniciar la ofensiva contra las Filipinas y conquistar importantes posiciones estratégicas en los accesos más próximos a la metrópoli nipona.

En enero de 1945 comenzaron los combates por la conquista completa de las Filipinas. La lucha por Manila, capital de las islas, fue sumamente encarnizada. El 25 de febrero los japoneses dejaron de ofrecer resistencia. Los guerrilleros filipinos cooperaron con las fuerzas armadas norteamericanas en la batalla por la capital. A fines de febrero el Mando estadounidense, después de limpiar la zona de Manila, organizó desembarcos en algunas islas y, a mediados de mayo, de hecho, en las Filipinas se suspendieron las hostilidades.

Entre tanto, la situación en los países del Suroeste asiático era muy tirante para el Japón; aumentó notablemente la lucha antinipona de diversos destacamentos patrióticos creando un ambiente dificultoso para las tropas y las autoridades civiles japonesas. El Ejército Popular de Malaya, luchaba arrojadamente contra los invasores. En Vietnam, a principios de 1945, se enciende la llama de la guerra de guerrillas y los patriotas vietnamitas expulsan a los japoneses de siete provincias septentrionales instaurando en ellas el poder popular. Simultáneamente con el recrudecimiento de la situación en Malaya e Indochina, se agudizó la situación en Birmania. En mayo de 1945, fuertes contingentes de tropas anglo-hindúes, auxiliadas por los heroicos guerrilleros bir-

manos, habían expulsado a los nipones de casi todo ese territorio. Los guerrilleros, al combatir contra los invasores nipones y al ayudar a los aliados en las operaciones del Suroeste asiático, creían que podrían liberarse no solamente del yugo nipón, sino también de cualquier dependencia colonial.

La conquista de las Filipinas, de Birmania y de gran parte de Indonesia por las Fuerzas aliadas, que coincidió con la magna victoria de las tropas soviéticas en Berlín, permitió a los norteamericanos controlar plenamente la parte occidental del Pacífico y comenzar la campaña militar en las islas Iwo Jima y Okinawa, que daban acceso al Japón. En la primavera de 1945, estas operaciones terminaron felizmente. El desembarco del 25 de marzo en la isla de Okinawa fue la última operación realizada por los estadounidenses en el Océano Pacífico. La campaña militar continuó hasta el 21 de junio de ese año. Posteriormente hasta la capitulación, las operaciones de los aliados en este teatro de operaciones se limitaron únicamente a bombardeos de las islas japonesas.

Empero, en el verano de 1945, la atención de la opinión pública del globo no solamente se dirigía al teatro de operaciones del Pacífico. Cuando la humanidad se hallaba en el umbral de la paz, el problema cardinal que intranquilizaba a millones y millones de personas del mundo entero era de cómo se desarrollarían las relaciones entre las Grandes Potencias de la coalición antihitleriana en la postguerra. ¿Podrían la URSS, los EE. UU. e Inglaterra, continuar colaborando e intervenir de común acuerdo en los problemas internacionales más importantes, cuando sonaran los últimos cañonazos de la segunda conflagración mundial? ¿Sería la tan anhelada paz que ya se vislumbraba en el horizonte, sólida y duradera, o sería una breve tregua ante una nueva he-

catombe mundial? Esto era lo que más inquietaba a la opinión pública, ya que había para ello muchas razones. Cuanto más se acercaba la hora final de la más cruenta de las guerras que la humanidad conociera, los enemigos de la paz reanudaban con mayor insistencia sus "presagios sobre una nueva masacre mundial". Algunos personajes políticos y militares de Inglaterra y los EE. UU., como en la preguerra, comenzaron a exhortar por el retorno a la "política dura" con respecto a la URSS, exigían arrasar a sangre y fuego el movimiento liberador democrático de diferentes países. Por esta razón, millones de personas de todos los continentes se persuadieron que era necesario crear garantías efectivas contra una nueva guerra. Una organización internacional podría ser tal garantía.

La guerra demostró palmariamente que si en los años 30 hubiera triunfado la idea de la seguridad colectiva, que tan ardientemente defendía la Unión Soviética, entonces la camarilla hitleriana no hubiera podido desencadenar su agresión. La aplastante mayoría de la opinión pública mundial, gran parte de periódicos de las más diversas tendencias políticas, acogieron calurosamente la idea de la creación de tal organismo, idea aprobada y apoyada también por el movimiento obrero internacional. En febrero de 1945, en Londres, tuvo lugar la Conferencia Mundial de los Sindicatos que manifestó su solidaridad con la decisión de las Grandes Potencias de la coalición antihitleriana de fundar una nueva organización internacional de seguridad, sugiriendo que los representantes sindicales tomaran parte en la elaboración de sus Estatutos.

Por esto, toda la opinión pública mundial prestaba gran atención desde sus primeros días a la Conferencia de San Francisco, convocada de acuerdo

a las decisiones de la de Crimea. La Conferencia se inauguró el 25 de abril de 1945, día en que las tropas soviéticas y norteamericanas se encontraron en el río Elba (Alemania). Algunos comentaristas consideraban que la coincidencia de estos dos notables acontecimientos era el símbolo de firmeza de las Grandes Potencias de asegurar no sólo la victoria final en la guerra, sino también la colaboración durante la paz de postguerra. Los soldados de los gloriosos ejércitos que se encontraron en el Elba, estaban convencidos de que sus países vivirían en paz y amistad. Así pensaban las gentes sencillas de toda la tierra.

Algunas personas influyentes de los medios gobernantes de EE. UU. e Inglaterra eran de opinión completamente opuesta. Fallecido Franklin Delano Roosevelt (13 de abril de 1945), que dejó un grato recuerdo como abnegado luchador por la colaboración internacional, asumió la presidencia de los Estados Unidos de Norteamérica, Harry S. Truman, que con John Foster Dulles, con el senador Wandenberg, el general Forrestall y otros, eran los paladines ardientes de "trato duro" con respecto a la Unión Soviética. En mayo de 1945, el destacado militar americano, general Arnold, declaró que el siguiente adversario de los EE. UU. sería la Unión Soviética. Suponiendo que la URSS no estaba preparada para rechazar las incursiones de la aviación de acción lejana, Arnold proponía preparar inmediatamente el ataque aéreo. Del mismo parecer era J. Grew, Subsecretario de Estado. El gobierno norteamericano, cumpliendo el programa antisoviético adoptado, emprendió el curso de aislamiento y debilitamiento de la URSS. Truman, en vísperas de la apertura de la Conferencia de San Francisco, no ocultó su alegría ante los rumores de que sería posible la ausencia de la delegación soviética. Durante

la Conferencia, el gobierno de Truman realizó un nuevo acto hostil contra la Unión Soviética: el 12 de mayo de 1945, sin previo aviso, y a pesar de que la URSS debía entrar en la guerra contra el Japón, el gobierno norteamericano dio por terminada la vigencia de la ley de préstamo y arriendo (*). Tal actitud de parte de los gobernantes estadounidenses se podía apreciar como la más profunda ingratitud para con el país que había salvado a la humanidad del peligro de sojuzgamiento fascista.

Actitud análoga adoptó el gobierno inglés. Cuando el Ejército soviético remataba los restos de las tropas nazifascistas y asestaba el último golpe mortal al militarismo alemán, creando las premisas para una paz sólida y duradera en Europa, Churchill, según lo reconoce él mismo, envió un telegrama a Montgomery ordenándole "recoger minuciosamente el armamento alemán, y almacenarlo de tal forma que se pueda repartir fácilmente entre los soldados alemanes, con los que tendrían que cooperar si la ofensiva soviética continuara". ¡Telegrama vergonzoso! No en balde, el propio Churchill lo ocultó a la opinión pública mundial, y solamente se supo al cabo de muchos años después de terminada la guerra. Pero también se supo algo más. Resulta que, a fines de mayo de 1945, al cabo de unas semanas del triunfo aunado sobre la Alemania nazifascista, Churchill exhortaba a iniciar la guerra contra la Unión Soviética, y consideraba que se podía discutir, inclusive, distintos planes para la guerra antisoviética. ¡Parece increíble, pero es verdad!

(*) Ley de préstamo y arriendo: llámase a la Ley votada por el Congreso de los EE.UU., el 11 de marzo de 1941, para el préstamo o arriendo de armamento, municiones, materias primas estratégicas, víveres y otros recursos a los países aliados durante la segunda guerra mundial.

Sin embargo, los imperialistas ingleses y norteamericanos no osaron iniciar la guerra contra la Unión Soviética. ¿Cómo explicarlo? ¿Por qué razón? En primer término, porque la potencia bélica de la Unión Soviética creció tanto, que cualquier aventura de los pobres militarotes de Washington y Londres les hubiera llevado a su propia derrota. Hay que señalar que algunos estrategas ingleses y norteamericanos, indicaban la triste perspectiva que esperaba a sus dirigentes políticos en una aventura semejante. Pero había también otro factor que retenía a los círculos antisoviéticos de los EE. UU. e Inglaterra: el juicio y la actitud de la opinión mundial, de las masas de todo el universo y, entre ellas, las de Inglaterra y los EE. UU. No cabía duda que la opinión pública censuraría resueltamente cualquier aventura antisoviética, y obligaría a los gobernantes a renunciar a sus actos hostiles contra la URSS, que había aumentado la simpatía y el afecto de los pueblos en los años de la guerra.

Por ello, el escenario internacional en el que transcurrió la Conferencia de San Francisco era bastante complejo. Al igual que las discrepancias naturales engendradas por las diferencias en intereses de Estados, caracterizadas por las múltiples formas de su estructura estatal, sistemas sociales y políticos, los enemigos de la colaboración internacional, los partidarios del "trato duro" contra la URSS, también creaban gran cantidad de obstáculos en el camino de una favorable solución de las tareas que se planteaba la Conferencia. Pese a todo, la Conferencia de San Francisco, a los dos meses terminó con éxito su labor. Se aprobaron los Estatutos de la Organización de las Naciones Unidas.

Estos Estatutos comienzan con las palabras de que los pueblos de las Naciones están resueltos fir-

mementes a "preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra, que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la humanidad sufrimientos indecibles". En los Estatutos se prevé que los fines principales que persigue la ONU son: garantizar el mantenimiento de la paz y arreglar las controversias internacionales susceptibles de arrojar al mundo a una tercera guerra mundial.

Teniendo en cuenta la enorme importancia que representan los derechos del hombre y las libertades fundamentales para todos, sin hacer distinción por motivos de raza, idioma, sexo o religión, la Primera Conferencia de las Naciones Unidas declaró que los principios fundamentales de su organización son: igualdad de derechos y libre determinación de los pueblos; colaboración internacional y no ingerencia en los asuntos internos de otros Estados; arreglo de las controversias internacionales por medios pacíficos; abstenerse de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza. Hay que prestar atención a otro aspecto de la Carta de la ONU: estos Estatutos reflejaban la correlación de fuerzas en la palestra internacional de aquel entonces, por lo que no fue casual, que en el organismo ejecutivo de la ONU, el Consejo de Seguridad, como miembros permanentes fueron electos la URSS, los EE. UU., Inglaterra y Francia.

Aunque la Conferencia de San Francisco realizó una gran obra, no tenía por misión procurar la solución de problemas derivados del estado de guerra, muchos de los cuales fueron discutidos y resueltos en la nueva entrevista de los Tres Grandes: la URSS, EE. UU. e Inglaterra, en el verano de 1945, en Potsdam, suburbio de Berlín.

La Conferencia de Potsdam, o como también se la llama, Conferencia de Berlín, fue la de mayor duración de todas las que tuvieron lugar entre los

Tres Grandes. Se inauguró el 17 de julio y se clausuró el 2 de agosto de 1945. Stalin encabezaba la delegación soviética; Truman, la americana, y Churchill, la inglesa. En el curso de la Conferencia, Churchill fue reemplazado por Attlee, nuevo Primer Ministro del Gobierno inglés, a consecuencia del triunfo laborista y la derrota de los conservadores en las elecciones.

La Conferencia de Potsdam aprobó una serie de importantes resoluciones. Una de ellas, la de establecer un organismo permanente internacional.—el Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores—, al que se le encomendaba la tarea de preparar los tratados de paz que habrían de formularse a los países ex aliados de Alemania, con la propia Alemania y el Japón.

La Conferencia examinó asimismo los problemas conectados a la situación de los países de Europa Oriental. A los gobernantes estadounidenses e ingleses no les hacían mucha gracia los acontecimientos sobrevenidos por aquella época en los indicados países, que se encontraban firmemente en el camino del desarrollo democrático. Las transformaciones revolucionarias y democráticas en Polonia, Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria, Albania, Hungría y Yugoslavia, que minaban seriamente las posiciones de los latifundistas y capitalistas provocaron el debilitamiento de la influencia del capital extranjero en estos países y suponía el fracaso de los planes imperialistas de restablecer el famoso "cordón sanitario" antisoviético en Europa Oriental. A la par que decaían las posiciones de las Potencias Occidentales, crecían inconmensurablemente en los países de la Europa Oriental, el prestigio y la popularidad de la Unión Soviética. Los pueblos de los referidos países veían en la URSS, no solamente al liberador del

yugo hitleriano, sino al amigo y compañero en su lucha por la democracia. La Unión Soviética siempre está al lado del que lucha contra el sojuzgamiento extranjero, imperialista. Los lazos políticos, económicos y culturales de la URSS, con los países de la Europa Oriental, aumentaban de día en día. A medida que se afianzaba en los países arriba indicados el nuevo régimen económico-social, las relaciones amistosas eran cada vez más sólidas, transformándose en una colaboración sincera y fraternal.

Los procesos revolucionarios en los países de la Europa Oriental y el establecimiento de un nuevo tipo de relaciones internacionales asestaban un recio golpe contra las posiciones del imperialismo mundial. Es esta la razón, por la cual los gobiernos de EE. UU. e Inglaterra procuraban que la Conferencia de Potsdam aprobara resoluciones encaminadas a frenar este proceso. Gracias a la actitud inquebrantable de la URSS, todos los intentos de la diplomacia anglo-norteamericana de detener el desarrollo democrático de los países de Europa Oriental, de crear nuevamente una atmósfera de desconfianza, de conflictos, de tirantez entre vecinos, sufrió un fiasco.

La cuestión alemana fue el problema capital de la Conferencia de Potsdam. Alemania había sido vencida. En las diferentes zonas de ocupación de Alemania —soviética, inglesa, norteamericana y francesa— se estableció el poder de ocupación correspondiente. ¿Cómo se desarrollaría la vida en las diversas partes del territorio alemán? ¿Con qué normas deberían guiarse las autoridades de ocupación? Estos eran los problemas que se planteaban a los partícipes de la Conferencia.

Los jefes de Gobierno de la URSS, los EE. UU. e Inglaterra, para aplicar una política coordinada con

respecto a Alemania, aprobaron una declaración especial titulada: "Principios que deben ser ejercidos por las esferas políticas y económicas con respecto a Alemania en el período inicial de control". Estos principios preveían en primer lugar, el desarme completo de Alemania, la liquidación de las industrias que pudieran servir a los fines bélicos, es decir, la desmilitarización de Alemania. En una de sus resoluciones la Conferencia estableció que: "en toda Alemania se deben permitir y estimular todos los partidos democráticos y políticos concediéndoles el derecho de convocar reuniones y discusiones públicas"... Estas y otras decisiones subrayaban la necesidad de democratizar a Alemania. Otros principios que debían servir de base a la política de las Potencias aliadas en lo tocante a Alemania eran: desnazificación, desmonopolización y, creación de las premisas necesarias para unir a Alemania, etc.

De tal forma, las resoluciones de la Conferencia de Potsdam confirmaron nuevamente los principios cardinales de la política de las Potencias aliadas en lo que respecta a Alemania: democratización y desmilitarización. La Unión Soviética siempre se guiaba justamente por estos principios. Los jefes de las tres Potencias, aparte de las resoluciones sobre las bases políticas y económicas para Alemania, llegaron a un convenio en cuestiones que se referían a las reparaciones, firmando al respecto un acuerdo especial. Gran importancia tuvo la resolución sobre los principales delincuentes de guerra, cuyos crímenes no habían sido efectuados en una zona geográfica dada. Los tres gobiernos confirmaron su intención de "llevarlos ante los tribunales en un breve plazo". Se anunció que la primera lista de acusados sería publicada antes del 1 de septiembre de 1945.

El convenio de Potsdam respecto a Alemania fue un resumen de la experiencia histórica de la lucha de los pueblos por conjurar el peligro de agresión del imperialismo alemán. Todas las cláusulas del acuerdo estaban encaminadas a crear condiciones que excluyeran la posibilidad de una nueva agresión a los Estados pacíficos por parte de Alemania, que ésta abandonara para siempre la política de anexión y emprendiera firmemente la vía del desarrollo pacífico. Los gobiernos de los EE. UU. e Inglaterra se vieron obligados a apoyar este convenio, considerando los cambios radicales operados en la correlación de fuerzas políticas después de la segunda guerra mundial, así como también el movimiento democrático antifascista en el interior de la propia Alemania. Al mismo tiempo, la delegación de los EE. UU. y la de Inglaterra en la Conferencia de Potsdam, intentaban crear las premisas indispensables para subordinar la Alemania Occidental a su política antisoviética, reaccionaria.

Al apreciar el cumplimiento de las decisiones de la Conferencia de Potsdam sobre el problema alemán, hay que tener en cuenta que han transcurrido muchos años, que han tenido lugar muchos cambios, los que no hay que olvidar al arreglar definitivamente la cuestión alemana. Empero, los objetivos principales del convenio de Potsdam —coadyuvar a la creación de una Alemania pacífica democrática— reflejan los intereses de todos los pueblos europeos, inclusive el mismo pueblo alemán, razón por la cual deben servir de guía al regular definitivamente el problema germano.

De tal forma, la Conferencia de Potsdam cimentó las bases de una decisión democrática a muchos problemas de postguerra. La plena aplicación de todas las decisiones de la Conferencia de Potsdam hu-

biera sido posible después de liquidar el último foco de la segunda guerra mundial, en el Pacífico y en el Extremo Oriente.

El Mando anglo-norteamericano planeaba comenzar grandes operaciones contra el Japón en la segunda mitad de 1945. Churchill suponía que la guerra contra el Japón terminaría no antes de 1947. Ya sabemos, que en el verano de 1945, las acciones de combate de las fuerzas aliadas contra el Japón se limitaban a bombardeos de las islas niponas, y por ello, los japoneses conservaban importantísimas bases militares estratégicas en el Pacífico. Los japoneses tenían esperanzas de llegar a un arreglo con los EE. UU. e Inglaterra en condiciones de un nuevo reparto imperialista del continente asiático. En 1945, muchos diplomáticos nipones, comerciantes y militares, con este fin negociaban en secreto con los aliados.

La esperanza de encontrar un acuerdo con los EE. UU. e Inglaterra, la existencia de reservas humanas y el control de las principales bases estratégicas que aún estaban en sus manos, fueron las causas por las cuales el Japón se negó a reconocer la declaración de Potsdam del 26 de julio de 1945, en la que los gobiernos de EE. UU., Inglaterra y China exigían su capitulación incondicional. La Unión Soviética, que por aquel entonces no había declarado la guerra al Japón, no pudo adherirse a esta declaración. La Declaración determinó, asimismo, los principios políticos de los aliados en lo que afectaba al Japón después de su rendición. Las disposiciones esenciales de esta Declaración eran: retirar del Poder a los que obligaron al Japón a ir por la vía de la agresión y conquista del dominio mundial; anular las anexiones realizadas por el imperialismo nipón; condenar severamente a los delincuentes de guerra; realizar la democratización y el progreso económico del

país; desarmar a todas las fuerzas y licenciar el personal del ejército; retirar todas las tropas de ocupación aliadas, después de establecer un gobierno pacífico.

En este clima internacional, cuando la suerte del Japón militarista ya estaba decidida, los aviones norteamericanos, el 6 y el 9 de agosto, lanzaron bombas atómicas sobre las ciudades japonesas, Hiroshima y Nagasaki, respectivamente. Bajo el punto de vista militar este bombardeo atómico resultaba inútil y absurdo. Fue dirigido, no contra objetivos militares, sino contra la población pacífica de esas ciudades japonesas. La incursión aérea citada perseguía en principio, fines políticos. Las esferas reaccionarias de los EE. UU., suponían que la posesión y el secreto de la producción de la bomba atómica, concedería a los yanquis una ventaja que les permitiría dictar su voluntad al mundo entero. Bien pronto, después del bombardeo de Hiroshima y Nagasaki, en el arsenal de la política exterior norteamericana ocupó un lugar sobresaliente la llamada "diplomacia atómica".

El empleo de la bomba atómica era un acto sumamente inhumano por parte del imperialismo estadounidenses. "Estamos marcados con la estigma de las fieras", escribía al respecto un comentarista norteamericano.

En Hiroshima, después del bombardeo quedaron en pie sólo tres edificios. Según datos oficiales publicados al cabo de seis meses, hubo 306,545 víctimas por efecto de la explosión, entre las cuales 78,150 muertos. Es opinión general que dichas cifras son menores que las reales, ya que no se toman en cuenta los 80,000 soldados de la guarnición, cuya mitad por lo menos pereció durante la incursión. De acuerdo

a otras fuentes de información, en Hiroshima murieron 250,000 personas.

Pese a la fuerza destructora del bombardeo atómico y a la consternación que provocó en las esferas gobernantes japonesas, no podía de ninguna manera menguar la importancia que tuvo la entrada de la Unión Soviética en la guerra contra el Japón militarista, como factor importantísimo en la derrota del imperialismo japonés.

El Gobierno soviético ya antes de dar término a la guerra en Europa consciente de la responsabilidad asumida ante los aliados en la Conferencia de Crimea, el 5 de abril de 1945, denunció el tratado de neutralidad concluído en abril de 1941, antes de la agresión hitleriana a la URSS. Desde aquel entonces, la situación cambió radicalmente: Alemania atacó a la Unión Soviética y el Japón, aliado a Alemania, ayudaba en la guerra contra la URSS. "Ante la situación planteada —se decía en la declaración del Gobierno soviético—, el tratado de neutralidad entre el Japón y la URSS ha perdido su sentido y se hace imposible su prolongación".

La nota del Gobierno soviético del mes de abril de 1945 era una advertencia seria al Japón imperialista, era un golpe certero contra los agresores.

Pero la camarilla oligárquica gobernante no sacó las conclusiones necesarias de esta advertencia. El Gobierno soviético, tomando en cuenta lo expuesto, en plena concordancia con la decisión de la Conferencia de Crimea, hizo el 8 de agosto una nueva declaración en la que se indicaba que, seguidamente a la derrota y capitulación de Alemania, el Japón era la única gran potencia que todavía estaba a favor de continuar la guerra. El Gobierno soviético consideró que se debía acelerar la hora de la paz mundial y por

eso, intentando reducir el plazo del fin de la guerra, el número de víctimas y apresurar la llegada de la paz universal, se declaró en estado de guerra contra el Japón el 9 de agosto de 1945. Este día, las tropas soviéticas, apoyadas por la aviación, comenzaron su ofensiva contra el ejército japonés de Kuantung. Simultáneamente, la flota soviética del Pacífico le cortó las comunicaciones con el mar. El Ejército soviético, en un plazo jamás visto, franqueó el Hingán, la mayor cordillera de Manchuria, considerada por los nipones como línea importantísima de defensa contra el Ejército atacante, que en todos los sectores vencieron la resistencia nipona y se acercaron a los centros vitales de Manchuria. La amenaza de una derrota completa se cernió sobre el ejército de Kuantung.

La entrada de la Unión Soviética en la guerra contra el Japón militarista tuvo gran trascendencia, ya que coadyuvó al crecimiento impetuoso del movimiento de liberación nacional en el Lejano Oriente, a las sublevaciones armadas populares en los países del Sureste asiático.

Los líderes del Partido Comunista chino dieron la orden a todas las fuerzas liberadoras populares de pasar a la ofensiva general. El 10 de agosto, el octavo y el cuarto ejércitos liberadores populares y los guerrilleros de China comenzaron la ofensiva.

Hay que señalar, que en la derrota del imperialismo japonés, el pueblo chino desempeñó un papel especial. Durante 14 años condujo una lucha armada ininterrumpida contra los ocupantes nipones. A comienzos de 1945 la China contaba con 19 regiones redimidas, pobladas por 100.000,000 de personas. Las fuerzas regulares de China, dirigidas por el Partido Comunista, tenían un efectivo de 910,000 hombres, las milicias populares contaban 2.200,000 miembros.

Era todo un pueblo armado que defendía la independencia de su Patria. El octavo y el cuarto ejércitos populares liberadores, en ocho años de lucha contra el Japón sostuvo miles de batallas y combates, en las que los nipones perdieron 960,000 hombres y 280,000 fueron capturados. Los citados ejércitos liberaron de los invasores enormes territorios en la China Septentrional y Central y en el momento de la capitulación se encontraban en los accesos a Pekín, Tiensin, alrededores de Shanghai y, por el Sur, avanzaban en dirección a Nanking.

Los birmanos, malayos, coreanos, hindúes, vietnamitas y otros pueblos asiáticos luchaban también heroicamente contra los ocupantes nipones.

A consecuencia de esta lucha, los agresores japoneses fueron desalojados y el régimen colonial por ellos implantado en diferentes países fue liquidado. El 19 de agosto de 1945, Indonesia se proclamó república y el 2 de septiembre del mismo año, el pueblo vietnamita constituyó la República Democrática del Vietnam.

A mediados de agosto de 1945 el gobierno japonés, con motivo del brusco empeoramiento de las condiciones internacionales, declaró que estaba dispuesto a aceptar las condiciones del convenio de Potsdam. En realidad, el Gobierno japonés, que se disponía a rendirse ante EE. UU. e Inglaterra, de ninguna manera pensaba cesar las hostilidades contra el Ejército soviético. Más aún, en algunos sectores las tropas niponas contraatacaban. Por esta razón, el 16 de agosto, el Estado Mayor Central del Ejército soviético, publicó una aclaración en la que se decía que las fuerzas armadas japonesas continuaban resistiendo, que solamente se podría considerar que las tropas niponas hubieran capitulado, cuando

el emperador dictara a sus fuerzas armadas la orden de deponer las armas y cesar las hostilidades y cuando esta orden fuera acatada. Por ello, las Fuerzas Armadas soviéticas en el Lejano Oriente continuarían las operaciones contra el Japón.

El 1 de septiembre de 1945, las unidades del ejército de Kuantung se rindieron ante el avance arrollador del Ejército soviético. Fueron hechos prisioneros más de medio millón de soldados y oficiales.

El 2 de septiembre de 1945, el Gobierno japonés, ante la derrota inevitable de los restos de sus fuerzas armadas, firmó la capitulación incondicional.

La derrota del Japón fue un golpe extraordinario contra el sistema imperialista entero. Llegó la hora de la liberación del yugo japonés de muchos pueblos del Asia y del Pacífico. Con la victoria de las tropas soviéticas sobre el Japón militarista fueron liquidadas las consecuencias de la derrota del ejército ruso en los años 1904 y 1905. De acuerdo al Convenio de Crimea de 1945 sobre las condiciones de entrada de la Unión Soviética en la lucha contra el Japón, a la URSS se le devolvió el Sajalín Meridional y las islas Kuriles.

La derrota del Japón imperialista tuvo una trascendencia histórica sin igual, ya que proporcionó el tan esperado fin de la segunda guerra mundial.

Las fuerzas del progreso vencieron a las de la reacción: los pueblos liquidaron las tiranías nazifascista y nipona, creando las condiciones necesarias para una paz sólida y duradera.

VII

BALANCE DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

LA rotunda victoria de la coalición antihitleriana, encabezada por la Unión Soviética, sobre el fascismo alemán y el militarismo japonés y sus compinches, era el primer resultado inmediato de la segunda guerra mundial. La completa derrota de la Alemania nazifascista y sus aliados resultaba un acontecimiento de gran alcance histórico universal por ser el fascismo el arma de los círculos imperialistas más reaccionarios y agresivos. Soñando con el predominio en el mundo, el fascismo, con su ideología salvaje constituía un peligro de muerte para la soberanía nacional y para la propia existencia de los pueblos amantes de la libertad.

El hundimiento de aquel régimen de terror disipó la amenaza de esclavitud que se cernía sobre la humanidad.

Esto por sí sólo representaba ante la misma humanidad un gran mérito para la Unión Soviética y los pueblos de los países antihitlerianos.

La derrota de la Alemania nazi, del Japón guerrerista y de la Italia fascista, significaba no sólo la derrota del fascismo en estos países, sino también en escala internacional y el fracaso de las más tenebrosas fuerzas imperialistas.

Y a la Unión Soviética, primera Potencia Socialista en el mundo, le correspondió el papel decisivo en esa derrota. Ella encabezó la coalición antihitleriana y soportó el peso principal de la heroica guerra contra el fascismo, lo que implicaba el triunfo de la



"Convirtamos las espadas en arados". Escultura de E. Vuchetich.

ideología socialista, del régimen socialista (social, económico y político) y la victoria histórica de las fuerzas de la democracia sobre las imperialistas reaccionarias. Hablando en sentido figurado, era el triunfo de la luz sobre las tinieblas.

Huelga decir, que antes del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre (noviembre de

1917), Rusia era un país rezagado e industrialmente poco desarrollado. Desde la Revolución de Octubre hasta la alevosa agresión nazi, la Unión Soviética se había convertido en una potencia industrial avanzada, capaz de soportar todo el peso de la lucha contra la Alemania hitleriana y sus aliados.

Así, la propia vida ha demostrado, una vez más, cuánta razón tenía Lenin al afirmar que "la capacidad defensiva del país que ha sacudido el yugo capitalista, que ha entregado la tierra a los campesinos, que ha implantado el control obrero sobre los bancos y fábricas... es **muchísimas veces** mayor que la capacidad de defensa de un país capitalista".

Claro está que no sólo los factores de carácter económico son los que se deben tomar en cuenta. Hay que tener presente también las palabras de Lenin de que "en toda guerra, la victoria depende en resumidas cuentas del estado de ánimo de las masas que vierten su sangre en el campo de batalla. El convencimiento de lo justo de la guerra, la conciencia de la necesidad de inmolar su vida para bien de sus hermanos, levanta el ánimo de los soldados y les obliga a soportar dificultades inauditas".

La heroica y abnegada lucha de los soviéticos y de los patriotas de todos los países donde se luchó contra el fascismo, es un magnífico ejemplo de lo verídico de las palabras de Lenin.

La guerra demostró asimismo la poca sagacidad de la reacción imperialista al fundar sus cálculos en que la Unión Soviética saldría de ese conflicto debilitada y agotada. Al contrario, salió de la guerra, económica y militarmente más fuerte aún. Sus posiciones estratégicas mejoraron considerablemente, las relaciones internacionales se ampliaron y su prestigio entre las masas populares, gracias al papel

decisivo que jugó en la lucha contra el nazifascismo, al hacerse más consciente a todos, aumentó y se consolidó.

El resultado más importante de la segunda contienda mundial fue el desmoronamiento subsiguiente del sistema capitalista. Como se sabe, después de la Gran Revolución Socialista de Octubre, saltó de la cadena imperialista un eslabón importante: Rusia, en la que triunfó el poder soviético, el poder de los trabajadores. Pero, si antes de la segunda guerra mundial la Rusia soviética era el único Estado socialista, después se desgajaron del mundo capitalista una serie de naciones de Europa y Asia. Albania, Bulgaria, Hungría, Polonia, Rumania y Checoslovaquia, se desprendieron de aquel sistema.

La victoria de la revolución popular en China proclamó la República Popular. Surgieron de igual forma la República Democrática Popular de Corea y la República Democrática de Vietnam.

Los pueblos de los referidos países emprendieron con certidumbre la senda de la edificación del Socialismo. Apoyándose en la ayuda fraternal y desinteresada de la Unión Soviética, pudieron en un plazo histórico relativamente corto, alcanzar grandes progresos en todas las esferas de la actividad social. Más de una tercera parte de la población del globo terráqueo empezó a construir exitosamente una nueva vida. Por vez primera en la historia se formó el sistema socialista mundial y dejó de existir la cadena imperialista. La dictadura de la clase obrera rebasó el marco de un país y se convirtió en una potente fuerza internacional.

Como con justicia señala la Declaración de la Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros celebrada en Moscú en noviem-

bre de 1960, el sistema socialista mundial empezó a transformarse en el factor decisivo del desarrollo de la sociedad humana. El contenido fundamental, la dirección principal y las peculiaridades esenciales del desarrollo histórico de la sociedad humana, las determinan actualmente el sistema socialista mundial y las fuerzas que luchan contra el imperialismo, por la organización de la sociedad socialista.

Como consecuencia de la segunda guerra mundial el imperialismo perdió, no sólo los países en los que triunfó el socialismo, sino igualmente sus colonias. Después de aquella conflagración comenzó el desmoronamiento del sistema colonial. En Asia, en Africa y en América Latina, empezó y continúa desarrollándose el movimiento de liberación nacional. Los pueblos se alzan en lucha contra el colonialismo y el imperialismo, por su libertad y su independencia.

La instauración en la postguerra de varios Estados independientes en Asia y Africa, que estaban anteriormente sojuzgados por el colonialismo, es testimonio evidente del desgajamiento del sistema colonial. En lugar de la India, objeto durante largos años de la explotación del imperialismo inglés, surgió la República India independiente, que desempeña hoy día un destacado papel en la palestra de las relaciones internacionales. Siria, Indonesia, Birmania, Ceilán, Cambodia, Laos y otros países alcanzaron su soberanía nacional. En el continente africano: Egipto, Sudán y Túnez; Marruecos y Libia; Ghana, Guinea y otros territorios. El grado de independencia de los mismos es disímil, pues algunos, al obtener su independencia, continúan todavía supeditados económicamente a las grandes Potencias imperialistas, pero el hecho de que hayan conseguido su soberanía es un gran paso para consumar después su completa independencia.

La victoria de la revolución en Cuba, profundamente popular, es un ejemplo brillante para los pueblos de América Latina. En muchos países de este continente se está desplegando un gran movimiento por liberarse del yugo de los monopolios yanquis.

El derrumbe del sistema colonial continúa. Crece el número de pueblos que de día en día se incorporan a la lucha por su libertad, que es invencible, ya que en el mundo no existen fuerzas capaces de frenar este proceso.

El resquebrajamiento completo del sistema colonial es inevitable.

No cabe duda alguna que los éxitos obtenidos por los pueblos de los países coloniales que luchan por su liberación y su soberanía, son posibles en una medida decisiva por la existencia de los Estados Socialistas, del sistema socialista mundial que los respalda.

El comienzo de la edificación del socialismo en algunos países en la postguerra, la conquista de la emancipación por pueblos anteriormente sometidos al colonialismo y el triunfo de la democracia nacional en otros, son circunstancias que ahondan más y más la crisis general del capitalismo.

Un resultado no menos significativo de la segunda guerra mundial es que las masas populares adquirieron conciencia de su fuerza y se incorporaron a la lucha activa contra la agresión, por la paz y la libertad. Si anteriormente, en el curso de esa guerra, las masas populares en su acción resuelta contra el fascismo consiguieron modificar en parte el carácter de la propia guerra, convirtiéndola de imperialista en justa, en antifascista, liberadora, en algunos casos, pese a la posición capitulacionista de sus gobiernos, hoy esa lucha adquiere mayor vigor.

Actualmente, cuando los influyentes círculos imperialistas recrudecen el clima internacional, intensifican la carrera armamentista y tratan de desencadenar una tercera guerra mundial, el papel de las masas populares es aún de mayor trascendencia. Debido a la creación del sistema socialista mundial y del creciente rol de las masas en el presente, ya desaparece la fatal inevitabilidad de las guerras y hay una posibilidad real de impedirlas. La Declaración de la Conferencia de los Representantes de los Partidos Comunistas y Obreros de los países socialistas, celebrada en Moscú del 14 al 16 de noviembre de 1957, señala con razón:

"La paz es defendida por poderosas fuerzas de nuestra época: por el campo invencible de los Estados Socialistas, con la Unión Soviética a la cabeza; por los Estados amantes de la paz de Asia y Africa, que se alzan decididamente contra el imperialismo y con los países socialistas forman una vasta zona de paz; por la clase obrera internacional y en primer término, por su vanguardia, el Partido Comunista; por el movimiento de liberación nacional de los pueblos coloniales y semicoloniales; por el ingente movimiento de los pueblos por la paz; por la resuelta oposición a los planes de desatar una nueva guerra que ofrecen también los pueblos de los países neutrales, los pueblos de América Latina y las masas trabajadoras de los propios países imperialistas. La cohesión de estas poderosas fuerzas puede impedir el estallido de una nueva guerra, y si en caso de que los maníacos guerreristas se atrevieran, pese a todo, a desencadenarla, el imperialismo se condenará a muerte, ya que los pueblos no estarán dispuestos a soportar más a un régimen que les acarrea tan horribles padecimientos y sacrificios".

INDICE

20-10-2012 (03)
8-5-2014 (03)

Boleta de Préstamo Interno BP-15

	14-05	18	Dev (03)
	19-5-2014		(03)
2014/1/14 (3)			
4485	17/10/19		
	07/11/15 (03)		
ESCANEAR	16-11-2017		(NUM)

